



revista
de la

universidad
de méxico



salvador elizondo / gustavo sainz / sergio pitol / margo glantz / alberto dallal

nezahualcóyotl,
por miguel león-portilla

cartas son cartas,
por manuel andújar

nota de carlos fuentes

sumario

Volumen XXI, número 3 / noviembre de 1966



1

Salvador Elizondo:
La fundación
de Roma

3

Gustavo Sainz:
Treinta y nueve
músculos en tensión

7

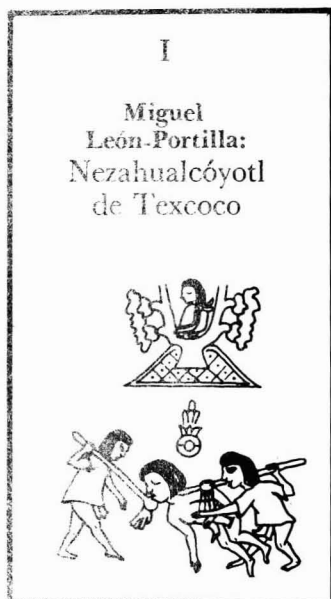
Sergio Pitol:
El regreso

10

Margo Glantz:
Dos textos

13

Alberto Dallal:
Las cartas



17

Manuel Andújar:
Cartas son cartas



24

ARTES PLÁSTICAS
por Jorge Hernández
Campos, Jorge Olvera

26

CINE
por Juan Guerrero

28

LIBROS
por Carlos Fuentes, Octavio
Paz, Rebeca Lozada,
Daniel Cazés

32

Actividades de la
Dirección General de
Difusión Cultural,
noviembre

33

Miguel Prieto
por Juan Rejano

34

JUNTA DE SOMBRAS
Wassili Kandinsky
por Juan García Ponce

PORTADA

por Arnaldo Coen



Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Ingeniero Javier Barros Sierra / Secretario general: Licenciado Fernando Solana

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organo de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Gastón García Cantú / Jefe de redacción: Alberto Dallal

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfonos: 48-65-00, ext. 123 y 124

Franquicia Postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 5.00

Subscripción anual: \$ 50.00 Extranjero: Dls. 7.00

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.

Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.

Financiera Nacional Azucarera, S. A.

Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]

Nacional Financiera, S. A.

Banco de México, S. A.

Salvador Elizondo

La fundación de Roma



LONDRES, Ago. 16 UPI. Un científico inglés piensa que podríamos estar rodeados por otro universo invisible, en el cual retrocede el tiempo... Sugiere que el segundo universo debe llamarse Faustiano.



Sería como realizar el acto amoroso al revés. En ese universo las pasiones serían una urgencia de quietud, una aspiración irrefrenable de dolor, una abominación del placer. El artista sería aquel que pacientemente fuera construyendo lo increado, aniquilando lentamente la obra de arte. Todo nacer sería una disminución del universo y la muerte el comienzo de un viaje. El Universo la Nada y el efecto siempre anterior a la causa. Sería un universo propicio a todas aquellas pasiones que se dirimen al margen del tiempo porque en él la mirada de ella sería el resultado del deseo de él y el placer nos poseería súbitamente, después del alivio, para irse disolviendo en caricias cada vez menos febriles; la inteligencia buscaría cómo deshacer los jaque-mates recíprocos y ganaría la partida quien primero consiguiera colocar las piezas en la posición tradicional a lo largo de las dos primeras hileras de casillas del tablero. Todo iría perdiéndose en sus orígenes. Un mundo crepuscular en el que todas las cosas irían hacia el momento que las antecede en el orden de la existencia. La nostalgia sería la premonición de un gesto y el ensueño la forma suprema del recuerdo —que consistiría en ir borrando las cosas que una evocación súbita y total hubiera acumulado en nuestra mente. Olvidar es vivir, la desaparición de los hombres estaría marcada por un connubio y la vida orgánica sería un proceso de escisiones encami-

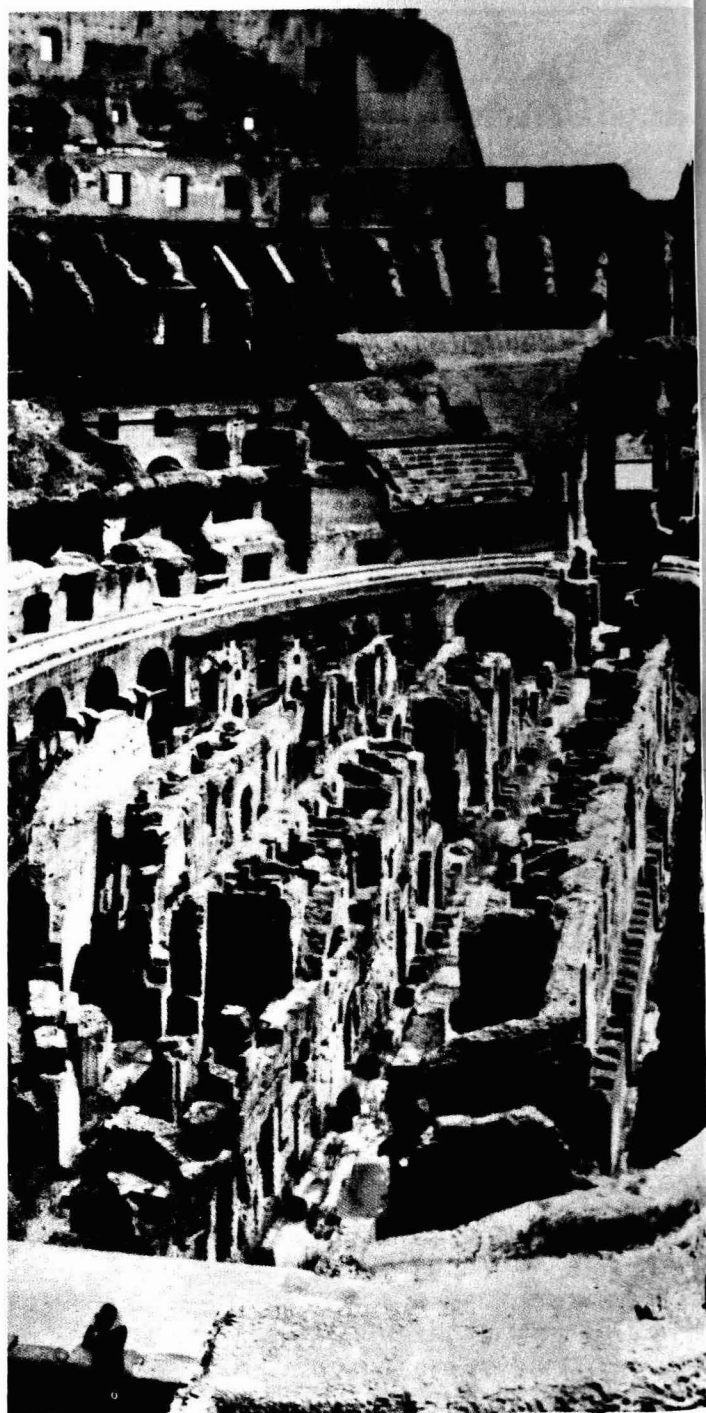
nado siempre hacia esa totalidad única de la materia inerte y en ese estadio, nuevamente, perdido todo ánimo de voluntad, la vida silenciosa de los átomos quedaría regida por un destino matemático que en las eternidades, por el mismo capricho que en el nuestro, rige lo que aquí llamamos progreso y logros, allí, de lo que ya hemos sido, hará o ya hizo las luminosas catástrofes del cielo. En ese tiempo los amantes se jurarían un amor perecedero y los historiadores se desvelarían destruyendo las crónicas del mundo. Toda música era un intento de conseguir silencios armoniosos. Los pintores eran los perseguidores de un enceguecimiento radical y los arquitectos afanosos demoledores de ciudades, cavadores de agujeros cada vez menos profundos. Los poetas enturbiarían, empecinadamente el sentido de las palabras y por esta magnífica disminución de la universalidad del lenguaje, el mundo de las naciones se iría haciendo cada vez más vasto y la historia, como la vida del hombre, avanzaría lenta, pero perseverantemente hacia una individualización extrema, primero de las grandes asociaciones étnicas, luego de los conglomerados continentales, luego de las entidades lingüísticas, más tarde de las comunidades políticas y después, de las sociedades económico-nacionales. Éstas se convertirían en entidades urbanas que a su vez estarían compuestas de barrios característicos dentro de los que cada familia medraría como un vegetal extraño y único. Sus arquitecturas estarían hechas con la fascinación del caos y un día las últimas células de la solidaridad social, los padres y los hijos primero, el hombre y la mujer después, descubrirían el odio y se entregarían a él febrilmente. Los verdugos y los policías llenarían de olvidos apasionados el mediodía y sus proferimientos mientras más viscosos, más herirían a quienes, en busca del supremo goce del habla acudieran a escuchar esas palabras cuya excelencia por siempre era una prefiguración del fin del lenguaje. Los héroes serían siempre aquellos que contribuyeran con la prolongación de su vida a la consecución de la muerte. El ideal inherente a la naturaleza humana, el ideal a cuya preservación tenderían todos los atavismos que normaran secretamente la conducta de los individuos sería la Regresión. Los progresistas serían condenados a los más



sublimes placeres de la prolongación de la vida en las bibliotecas más ricas, en los burdeles más promiscuos, en las academias más sabias y en las tesorerías más espléndidas. En la persecución desaforada de su ideal, las mujeres irían haciéndose gordas, sucias y generosas y los hombres sabios, fuertes y humildes. A lo largo de los milenios de esa degeneración perseverante la humanidad, compuesta ya tan sólo de individuos, habría acumulado tantas virtudes que el beneplácito del Diabolo no tardaría en abatirse sobre ella. Pero de acuerdo con los recuerdos de los Memoriosos, que son los profetas de ese universo, vino en la superficie de los milenios consumidos un dios inquietante que, cuando el hombre estaba a punto de perdurar eternamente, le hizo entrega de un talismán que le aseguró su salvación: era nada más una superficie pulida.

El hombre la miró fijamente y descubrió, huidiza, una mirada que lo miraba fijamente, que lo iba descubriendo lentamente. Y el hombre que fiel al atavismo de la especie nunca había transgredido el imperativo del olvido, percibió fugazmente, en la mirada que lo miraba, un rostro reconocido. Cayó en la tentación del recuerdo. Se convirtió en un esclavo de la memoria y no contento con ello construyó nuevas superficies que lo reflejaban convertido en estrella, en número, en palabra. Y se entregó al gozo de su invento que consistía en mirarse reflejado en su propia mirada.

Pero en el pecado de esa infinita soberbia tenía la penitencia: un día construyó una superficie que lo reflejaba con forma de mujer y la mirada de esa mujer que era su reflejo, reflejaba su propia mirada hacia un infinito que hasta entonces había sido de ida pero que en ese momento se hizo de venida. Llamó a la superficie "espejo" y a su invención "amor". El amor era el inmemorial y súbito reconocimiento de dos cuerpos que dolorosamente para siempre, se fueron separando y todo lo que aquí será encuentro, allá fue despedida. Para conmemorar su ingenio fundó una ciudad a la que dio un nombre que era como el nombre de su invento reflejado en el espejo. Pero desde entonces el tiempo le volvió la espalda que es infinitamente futura porque el espejo es el instante en que el curso del tiempo se trastoca y el pasado se vuelve porvenir.



Gustavo Sainz

Treinta y nueve músculos en tensión



Al principio, algunos párrafos de onda informativa: Me despiertan, empujan inopinadamente al agua fría de la regadera y son las doce, gritan Dona y Trusita/ Por la ventana veo a varios esquiadores agarrados a hinchados papalotes: vuelan, tumescentes, por encima de la bahía con gestos indescifrables, aéreos, seguramente angustiados, brillantes, con poses circenses. Pienso en Sarro, según la descripción de Yinyin. En el manso y corrupto gordo Sarro abordando en La Habana, a las once de la noche y en compañía de otros mercenarios, un DC-3. En un bimotor visto desde el suelo abundante en grillos y alacranes de Isla Mujeres o Campeche, tímidamente iluminado y ruidoso. En un comandante glabro que despertó a Sarro entre cuatro y cinco de la mañana, en los pujidos de Sarro al incorporarse y en su salto al mugiente vacío, similar a mi entrada en la sorpresiva y agradable agua de regadera. Pienso también en el mudo dios de los reaccionarios hundido en el mar para provocar la marea y deteniendo al avión de la colita plateada y soplándole como a un chicoria, a un diente de león, y en veinte o más paracaidistas cayendo despacio en el abismo, meciéndose con suavidad, girando, como las semillas de esa planta... Y en el apagado impacto de su caída y llegada a una tierra ocre, llena de cavidades, y en sus movimientos guiñolescos al enredar y sepultar la tela blanca de los paracaídas/ Apúrate, me dice Trusa, queremos ir al Revolucionero, y nudillea en la puerta del baño. Entra, pienso, cínica, o digo, te mueres de ganas, pero cierro las llaves de ¿y si me espía?, bien, la compla/ Pero toda prisa es inútil: Yin tarda arreglándose y cuando salimos son más de la una y los mil doscientos escalones, las dos. Estoy rosado. Y Donají carga mi libro de Lecturas históricas mexicanas.

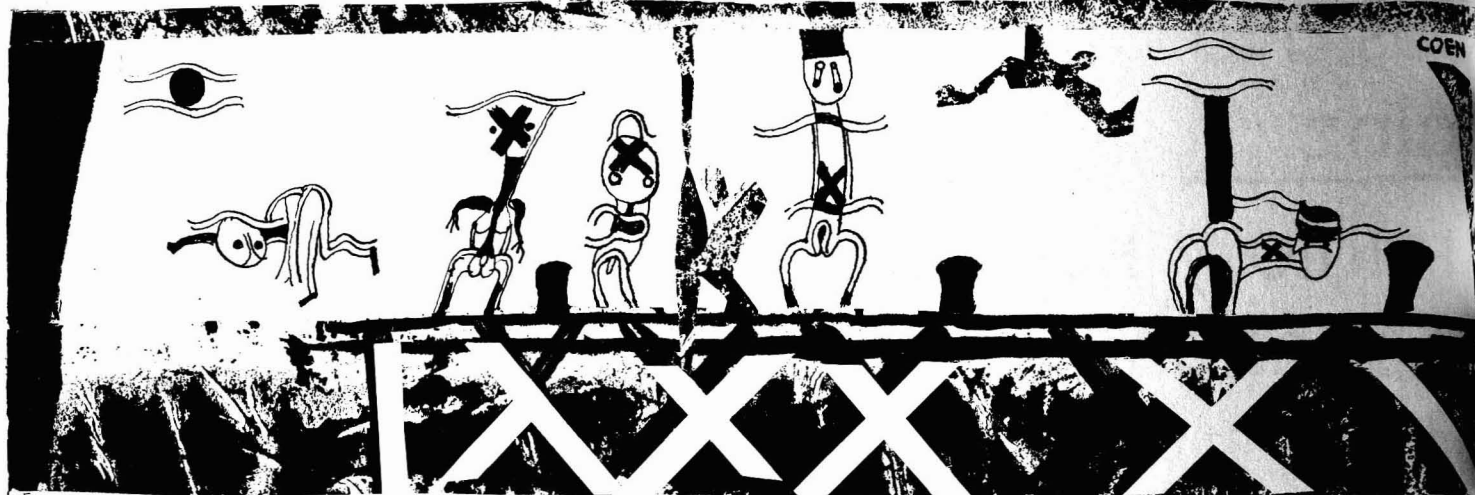
Luego

¿Cuántos años tienes? Veintidós, dice Yin. Pues te portas como una chamaquita de dieciséis. Y se portó como una chamaquita de dieciséis. Durante la comida habló y habló de hazañas de Sarro y cuando llegamos a la carne, yo a la tampiqueña, Dona: puntas de filete, Trusa: filete sol, ella: gambas con gabardina, sus cuerdas vocales, su lengua, su faringe, organizaron que a los guerrilleros comunistas les abrieran el vientre, con habilidad, sin maltratarlos, generalmente los maniataban a un árbol abiertos de pies y manos, filmaban la acción, por gusto y la grababan para probar la autenticidad de las confesiones, y luego les extirpaban una punta del intestino y jalaban y jalaban hasta desenredarlo y lo tiraban por allí. Basta, dijo Dona, cállate, no cuentes eso, y susurró era el amo.

Cuando le dieron las fotos y logró descifrar la clave que las acompañaba se puso muy contento. Comenzó a silbar Berimbau mientras limpiaba la pistola underhammer de diez pulgadas, y se vestía con una ropa que no era suya: traje de burócrata pobre, arrugado por el olvido. Se persinó en nombre de una colt 1900, una beretta y una colt new "apex" poseídas en otro tiempo. Seguía con Berimbau cuando llegó a esa calle minuciosamente descrita en un sobre que en apariencia contenía propa-

ganda de una revista norteamericana, y se apostó frente a un tendajón mixto: El triunfo de Maximiliano. El archiduque y la emperatriz, pensó, México en una nuez, la equis en la frente, e incorporó estos elementos a la letra que murmuraba sin cesar: Berimbau me acompañau, Maximiliano nau, nuez tu-ri-ri-ran. En los primeros veinte minutos bebió cuatro cocacolas y luego tuvo tantas ganas de orinar que movía los pies y bailaba. Yin le hubiera dicho por millonésima vez cocacola can cause tooth decay, headaches, acne, nephritis, nausea, delirium, heart disease, emotional disturbances, constipation, insomnia, indigestion, diarrhea and mutated offspring. ¿No hay baño aquí? No. ¿Hay alguna cantina cerca? No. Hablaba despacio para que el acento no lo traicionara. Salió del tendajón y fue hasta el edificio amarillo, rebosante de balcones, plantas y jaulas con pájaros prisioneros. Le apretaban los zapatos. El sudor de la papada le había mojado el cuello de la camisa. Niños semidesnudos en las escaleras, un perrito, ropa tendida entre barandal y barandal, macetas: Lewis: Antropología de la pobreza. Por fin llegó frente a una puerta determinada. Se detuvo, jadeando, bamboleándose y tocó. Abrió una mujer despeinada y sucia, sin pintar. Entre resoplido y resoplido él preguntó por el marido que sabía ausente. ¿Puedo esperarlo? Sí, pase, por favor, póngase cómodo, invitó la mujer, sobándose las manos en un delantal. ¿Una copita? Le dieron ron del más corriente. Había un revistero con varios ejemplares de un mismo periódico. Tomó uno. Cuatro niños insistían en ver televisión y la madre terminó pegándoles y enviándolos al patio. Él no cesaba de comprobar el sudor de su cara. ¿Puedo entrar en su baño?, preguntó a la mujer vestida de novia en un retrato, junto a su marido. Sí, como no, pero dispense, perdone, es que todo está tan tirado... No se preocupe, y retiró la vista del retrato, soy de confianza. Leyó íntegramente el panfleto leninista, según decía al pie de las páginas, y cuando salió del baño lo arrojó sobre el revistero: Castro lo veía desde allí con ojos beisboleros, plano, discursando con gestos de afectada sinceridad, la mano izquierda sobre una baranda donde se pavoneaban muchas palomas; seguramente de plástico, pensó. Eran las seis de la tarde y pidió otro vaso de ron, si no es mucha molestia. Sorbía muy despacio, lúbrico, seguro de sí mismo. Hacía tanto tiempo que no tomaba que le empezó a agarrar gusto a ese líquido fraudulento. A las siete llegó el marido, preocupado sin razón aparente. Adentro está un señor que te espera desde hace mucho. ¿Pugibet? No, a Pugibet lo conozco bien. Éste es un gordo conchudo... Tengo hambre, mi vida, prepáranos la cena, ¿sí? Okey, dijo la mujer. Entraron en la sala cuando Sarro sacaba tranquilamente la pistola de entre sus ropas. Petrificáronse cuando disparó, sin ruido alguno, ocho tiros sobre la cara y el cuerpo del hombre. La mujer quedó así, atenta al revólver extraño, peligroso y mudo como ese grito que parecía escapar de su garganta pero que no salía. Sarro guardó la pistola, serio, con la primera de sus dos expresiones: RIP, los ojos muertos, contemplando extasiados algo que no estaba allí; salió, esquivó





con tranquilidad niños y trastes sucios desperdigados por la oscurísima escalera, Berimbau en la mente; creyó ver a un hombre viejo con intenciones de atraparlo pero arrepentido apenas a tiempo, en cuanto la mano redonda e hinchada palpó el bolsillo con la pistola: lo vio derretirse pegado a una pared, miedoso. Afuera, caminó dos o tres cuerdas alerta a sus perseguidores. Terminó por tomar un taxi. Iba a darse una buena comida, después de quitarse el bigote cómico, despintar y recortar sus cabellos y quemar el traje de olores fermentados, aderezada al principio con chatêau la louvière, después con chablis calvet, finalmente con champagne vve. laurent perrier vintage brut magnum 1959. Me sentía, confesó después, feliz de trabajar con Papá la Oca, contento por entrar con pie derecho en un país hostil, de serpientes pisoteadas, fuentes luminosas y jardines floridos, ambiguos y absurdos.

Y no tenemos más remedio que llegar a su casa, amenazó Yin. ¿A ti no te da miedo? No, dijo Dona, ¿y a ti? No. Pero eso no es todo, desde que salimos de la playa se instaló sin desfallecimientos en mi neuroticabeza una maldita y ciento once veces maldecida neuralgia que no me abandonó sino hasta muy noche. Llegamos al hotel y Donita y Trusa corrieron al muelle. Densos, malhumorados, Yin y yo bajamos hasta el bungalow, cerramos puertas y ventanas, como para preparar la siesta y como por descuido quedé en el centro del insuperable desorden de la recámara. Ella no intentó desvestirse. La asalté, luchamos en silencio, atentos a las pisadas de Dona o Trusa, allá abajo, en el muelle, envilecidas por la posibilidad de sorprendernos. Total, Yin cedió y apenas comenzamos terminé. Le impedí ver campos de trigo, banquetes, cangrejos en cópula, pestillos, cuadros de Magritte o cinetismos de Vasarely que siempre ve cuando llega al final. Quise continuar pero ella me apartó, desencantada. Es lo de menos, dijo, hoy en la noche o mañana a más tardar estaremos con Sarro. Entró en el baño y se entregó al agua, bajo la regadera. La neuralgia me emborronó el paisaje. Más tarde intuí que Dona sabía del fracaso de la aventura. Nos bañábamos y esperé todo el tiempo sus reproches, preparando una contraofensiva, pero no dijo nada y entre chiste y chiste, ella forzándome como para confirmar sus sospechas, empezamos, todavía mojados, ¿saben? La cámara sube y uno comienza a ver árboles y árboles y cielo hasta una disolvencia que da paso a otra imagen: Terencio escribiendo, despidiéndose por hoy, parece, de la perversa neuralgia, temeroso de las sospechas de Dona, planeando cómo decir Yin me hubieras visto, menos de una hora después, ¿no has oído hablar de Cesare Pavese?, pero siempre tímido, mal mecanógrafo y con treinta y nueve amigos atentos a todos sus pasos.

Por la noche fuimos al cine: Bésame tonto; sólo para adultos, 14 rollos, con Kim Novak y Dean Martin, dirección y producción de Billy Wilder. Allí estaba Leticia, con los cabellos color zanahoria. Era muy difícil no toparme con ella. Leticia Leteo, aleteo. Terrancio rancio, me dijo, medio borracha, se me hace que ya no soplas. Se acercó Donají. Está bien, está

bien, te dejo en paz a tu Henry Miller, dijo Leticia y fue a tirarse por el balcón, al mar y su ruidoso obsesivo, doce o trece pisos abajo. Mar por doquiera, nos viene a altura de hombre, urgiendo, alzando el enjambre apretado de las olas jóvenes como mil cabezas de desposadas, como dijo Perse. Bueno, con esa expresión. ¿Quién es?, preguntó Donají. Tuve que contarle todo, aunque con leves modificaciones. Me gustaría conversar con ella, subrayó, al final de mi disertación. Y creo que también conoce al gordo Sarro, dije.

A eso de las cuatro de la mañana regresamos. Ya en el hotel, a media escalera, una deidad azteca o a lo peor católica nos movió el piso y Dona se abrazó a mí con desesperación, Yin gritó y Trusina casi se rompió algo al rodar por los escalones. Ladridos de perros alrededor de la bahía, nuevas luces encendidas y ruido, matraquitas, zumbadores, chillidos, insectos inclasificables y alborotados por todas partes. Una lagartija semitransparente, nerviosa, casi cuija, apoyada en las paredes del cuarto verde oscuro, corre unos centímetros y otea, camina y camina alrededor de nuestra habitación buscando una salida y no puedo apagar la luz, no quiero dejar de verla por temor a sentir su contacto, de pronto arriba de la cama, fría a pesar de su desesperación, estúpidamente extraviada. Me estremeczo bañado en sudor y casi contra mis deseos incurro poco a poco en el sueño, entro con ritmo trémulo en el santuario-regazo de almohadas y la embriaguez de sábanas y pesadillitas.

Ahora es mediodía y desayunamos pan con jamón entre reconfortantes tragos de yolis. En el departamento vecino hablan sin cesar del temblor. Yin no termina de arreglarse. Dona y yo nos eclipsamos durante un momento. Trusa juguetea por allí. Pienso en su cara al descubrirnos, en su rubor o en la expresión de complicidad que haría. Yo arriba: gano. Luego invertimos y pronto Dona iguala puntuación. Antes: besos en ojos, frente, mejillas, cuello, pecho, senos, labios, interior de la boca, junturas de las piernas, brazos, axilas y ombligo; mordiditas en la espalda y el vientre; rasguños, marcándole las uñas alrededor de los pezones.

Tenemos que empacar, dijo Yin, apresurándonos. Para mí Acapulco, juzgó Trusa, es como una competencia. Se trata de saber quién tiene mejor cuerpo quién nada mejor quién esquía mejor quién baila mejor quién liga mejor quién luce mejor un bikini... Sin competencia, Acapulco no sería nada. Empacamos. Indolentes como estuvimos durante el día resultan un poco explicables las exigencias de Yin respecto al tiempo, exorbitantes, como si alguien nos persiguiera o el bungalow estuviera por desplomarse. Luego las escaleras. Nos habíamos olvidado de ellas. Comenzamos a subir como a las cuatro y media. Voy a contar los escalones, dice Trusita. No te canses, advierto. Llevo dos maletitas. Dona carga sus libros y las toallas. Por allá arriba, en la cima, vemos a un mozo que desciende a moderada velocidad en nuestra ayuda. La maleta de Yin es gigantesca, no puede con ella y prefiere sentarse a esperar auxilio. Cuarenta, dice Trusa, y se detiene a recobrar aliento. Vamos a la





mitad del trayecto y comienzo a murmurar frases derretidoras, casi lloro, a envolverme en palabras. Cuando vi a Leticia Leteo en la puerta del cine apenas y pude contenerme. ¿Por qué me complace tanto hablar de cosas sexuales? Aunque dicho esto, cualquiera puede comprender que descubrir a una exesposa, de pronto, después de cuatro años de no verla, vinculada a una película cómica y cruel a un tiempo, sobre adulterios, evitó la posibilidad de un diálogo. Del millón de preguntas que pienso hacerle, que planeo y afino todos los días, no atiné a formular ninguna. Ciento veinte, dice Trusa, desbordante de asombro.

Cuando llegamos arriba tenemos que esperar a Yin que avanza muchos escalones abajo. Leticia, con sus maneras de ave de pésimo agüero, le dijo a Donají. ¿Quién? La mujer que me encontré parecido con Henry Miller. No me acuerdo cómo es. Yin emerge y Trusa la deslumbra. ¿Sabes cuántos escalones subsiste? No espera la respuesta, grita cuatrocientos doce. No, dice Yin. Cuatrocientos doce escalones, repite Trusa.

Por fin, a las cinco de la tarde salimos del hotel. A pesar de estar en la sombra el camión arde, anaranjado como es, absolutamente asfixiante. Trusa abre todas las ventanillas. Subo al final. Donita moja las toallas y las pasa por los asientos, refrescándolos. Hay un peso de plata soldado al primer escalón. Lo sé desde hace mucho, sin embargo, cada vez que subo, intento levantarlo. Acelero el camión lo más posible. Corremos por la avenida Costera. Cafre, grita alguien. Necesito que se ventile, explico, para Yin, Dona y Trusita. En el mercado compramos

dulces de coco y tamarindos, caminamos un rato. A las seis en punto salimos hacia México. La carretera y el cielo son del mismo color, gris batman. Tengo vista cansada, ojos secos y Trusa, sentada junto a mí, anuncia la presencia de vacas o caballos que puedan estrellarse contra nosotros. Al fondo del camión, que traquetea como si fuera desarmándose, Yin y Dona cuchichean. Quiero oír pero al mismo tiempo tengo que atender el camino y me fatigo muchísimo. ¿Después de México a dónde iremos? Siempre en continua huida, dice Yin. Mientras tengamos el camión no importa y la pasamos bien, dice Dona. Luego Yin recuerda que habló con Sarro por teléfono y que nos espera. Es una excelente persona, dice. Ahora ríe como ratón de Walt Disney.

En Chilpancingo bebemos café y compro varios chiles que tengo que mascar para mantenerme despierto. Trusa duerme. Yin y Dona se acercan a mí, se acomodan en el primer asiento. Recordamos que a Vicente Leñero le arrojaron piedras en esta carretera, rocas, troncos. Si uno se detiene a ver las abolladuras, si el carro no se vuelca, salen detrás de alguna loma veinte calzonudos y te desvalijan. Vicente no se detuvo, no le pasó nada. Y lo de Sarro, dice Yin. Siempre sale con su ametralladora. A veces la esconde en la cajuela, a veces bajo el asiento. Una vez le prestaron un rímbler, lo mandaron a hacer un trabajito y salió rumbo a Guerrero. Venía por esta misma carretera y al doblar una curva se topó con un camión de indios mariguanos: una treintena zarandeaba un volkswagen, otros, estaban aún en el camión de redilas. Sarro apenas tuvo tiempo de frenar: quiso poner reversa pero vio que el volkswagen comenzaba a requiebrarse con dos mujeres dentro. Sacó la ametralladora y disparó sobre las cabezas de los indios que ya dejaban el coche y corrían hacia él. Disparaba y le decía cosas a la ametralladora, asústalos mamacita. Fue un desperdigadero de guerrerenses memorable y sin muerte alguna. Con su colt new "apex", con balas de trece diferentes calibres, hubiera acabado exactamente con trece asaltantes, de balazos aquí. El tercer ojo, murmuró Dona. Pero los demás, lo acabarían, en cambio, con la ame/ En el volkswagen/ Ibas con una amiga, interrumpí. ¿Ya les habías contado eso?, pregunta Yin. Sí, dice Dona. Ocho millones nueve mil cuatrocientas veces, agregó, punto doce.

Finalmente,

en Cuernavaca llueve. Media hora más y conocen a Sarro. Yin aplaude. El taomasei de que tanto hablas, vas a maravillarte. Es genial. Reduzco la velocidad. Jugamos cosas de memoria. Donají siempre gana. Propongo nombres de cines y comienza Yin: Alameda. Sigue Dona: Alameda, Naúr. Sigo: Alameda, Naúr, Continental, como dijo Proust. Yin: Alameda, Naúr, Continental, Insurgentes. Dona: Alameda, Naúr, Continental, Insurgentes, Chapultepec. Yo: Alameda, Naúr, Continental, Insurgentes, Chapultepec y Diana, como dijo Pieyre de Mandiargues. Es difícil ver la carretera delante de los limpiadores, al frente del cofre anaranjado, lavado implacablemente.



Por Tres Marías, Dona puede repetir una lista de treinta y nueve nombres. Reduzco aún más la velocidad. Dona me reta a numerar formas de besos. El beso de retrasado mental: sobre los labios cerrados. El cachondo: con la cabeza inclinada y la boca entreabierta. El beso Papá la Oca: se toma el labio entre dos dedos para poder lamerlo y luego se presiona fuertemente con un labio. Uno y uno, dice Dona y comienza. Beso de nínfula: el hombre besa el labio superior de la niña en tanto que ella besa el labio inferior. Dije: En el ombligo, repasando con la lengua todos los canalitos. Dona silabeó: El beso con chapoteo y batalla de lenguas, que como su nombre lo indica/ Frené bruscamente y di a cada una un pequeño beso heterosexual. El beso que despierta, dije, y me incliné sobre Trusa dormida y la asusté. Recordé a Leticia. Dije: El beso platicado. Se encuentra en poemas y canciones. Vámonos, quiso Yin. Estoy cansado, dije, pero me senté frente al volante. Sarro nos espera, amenazaron ellas, como un trío de brujas.

A lo lejos, el presuntuoso manto de luces de la ciudad nos anunciaba el fin de la autopista. Me sentía completamente sordo y sin fuerzas. Me separaban de Sarro unos cuantos kilómetros y la marea baja del odio. Es la primera lluvia del año, dijo Yin, cuando pasamos frente a la Ciudad Universitaria, y estamos en mayo, pavoneándose por su veracidad, todavía es primavera, orgullosa. ¿Y la del 2 de enero?, dijo Dona, ¿y la del 7 de enero, y la del 11 de febrero, por la noche, y la del 18 de marzo? Réimos sin ganas. Durante el trayecto por la avenida Insurgentes guardamos silencio.

Tiene esta ciudad muchas plazas donde hay continuos mercados/ Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas, comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos/ Hay calle de caza, donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, doraes, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas de estas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabeza y pico y uñas/ Hay calle de herbolarios/ Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes/

Me sentía alegre pero al mismo tiempo miedoso

Sarro

inútil, cansado, sucio de remordimientos, insatisfecho por estar en la ciudad vieja, sinuosa, inopinada, voraz, conminatoria, llena de mugre y polvo y luces y fantasmas ruido y soledad y miedo y sociedades secretas/

Podemos decir que hasta descender del camión y encontrar a Sarro comienza la historia, y que esto es más o menos así como un prólogo. Un prefacio, un epígrafe.



El regreso



Lo que más habría de sorprenderle después, cuando recordara este día, sería su extraordinaria duración. Si a algo podía compararse era a los jornadas infantiles en que el niño, al deambular por entre la desorganización del mundo, siente y conoce una verdadera plenitud de tiempo, libre aún de la angustia de que éste lo atrape y lo comprima. Este sábado constituirá en sí un universo. Él, que detesta las anécdotas, se ve colmado de ellas, prisionero. Le parece ideal, tanto en la vida como en la literatura, que los hechos puedan ensamblarse, fundirse a tal grado que se neutralicen, que se diluyan en una especie de fluido vital en que ninguna de las partes pueda valer por sí misma sino por el todo, el que a la postre no debe ser sino un clima, una determinada atmósfera.

En la última semana no ha nevado. La temperatura ha oscilado entre los seis y siete grados, fenómeno extraordinario a comienzos de febrero y disuelve los cúmulos de nieve de las aceras y los tejados. El deshielo convierte a las calles en arrollos; a la entrada del hotel había grandes charcos. Las alfombras, como esponjas, resuman humedad. Para colmo en los dos días anteriores no había cesado de caer una menuda llovizna y él tuvo que moverse con su precaria salud, su patológica propensión a los resfriados, bronquitis y gripas, de un extremo al otro de Varsovia en busca de un lugar donde vivir. Después de las tres semanas pasadas en la cama aquellas salidas se encargaron de destruir el mínimo equilibrio obtenido con tanto esfuerzo. Son casi las dos, la pequeña ventana cuadrangular ataja la neblina sombría y opaca que ciñe a la ciudad. Le duelen la cabeza, la garganta y terriblemente las articulaciones. El decaimiento es total. No tiene gana alguna de levantarse. Habla por teléfono con Janina para cancelar la invitación a un almuerzo, le explica cómo se siente. No, aún no sabe si tiene fiebre, se acaba de poner el termómetro, pero lo más probable es que sí; lo advierte por el ardor de los ojos, por el calor del cuerpo. De ninguna manera, se lo agradece mucho pero no es necesario que se moleste, ya la camarera ha ido a ordenarle la cama; es sólo cuestión de esperar un poco, dice dos o tres frases más para tranquilizarla y vuelve a meterse a la cama. Ese día los objetos mismos le parecen diferentes. Los mismos, sabe, pero animados por una intención que desconoce. Son sombras, aquella deprimente luz de plomo que se filtra por la ventana los deforma, les confiere una apariencia espectral, horrible. Sombras con poder. Suda a mares. Enciende la lámpara. Mira como hipnotizado la barra de mercurio en el termómetro: treinta y ocho grados con siete décimas. Una sombra, el ropero; otra, el escritorio. El desorden habitual, mas acentuado por las dos semanas de encierro y enfermedad, tufo a sudor, a vodka, a tequila, a residuos de tamales y chiles, restos de las provisiones que le envió la Embajada a comienzos de la enfermedad. Contempla largamente los objetos, la ropa desparramada en todas partes, las corbatas mal colocadas, libros y revistas aquí y allá, papeles en desorden; lo mira todo pensativamente, como tratando de encontrar en los objetos la pista que pueda conducirlo al sueño de la noche superior. Despertó herido y anonadado

por la violencia de aquel sueño, la frente sudorosa y un abominable sentimiento de culpa. Debió haber sido en la madrugada. Luego su mirada recae con renovado estupor en el termómetro. La fiebre persiste igual que al comienzo de la enfermedad. En dos semanas no han logrado sino debilitarlo a base de antibióticos. Los síntomas de la gripe desaparecieron casi inmediatamente; el primer día la fiebre se elevó hasta treinta y nueve y medio; al siguiente, por la noche, gracias a las aplicaciones de penicilina disminuyó de golpe a treinta y seis, y un día más tarde bajó aún otro grado, dejándolo en un estado de debilidad y lasitud en que le fue casi imposible caminar los pocos metros que lo separaban del baño. Pero después la temperatura fue en aumento y los médicos no lograron explicarse el fracaso de antibióticos y salicilatos; la barra de mercurio osciló día tras día entre los treinta y siete y los treinta y ocho grados, haciéndole saber que por fuerza algo intensamente dañado se albergaba en su interior, algo que se descomponía con tal celeridad que los medicamentos no lograban detener. Radiografías del pulmón, de los bronquios; todo en perfectas condiciones: análisis de sangre, de orina; aún se esperaban algunos de los resultados.

Se le ocurre que tal vez han descubierto en él algo incurable, por eso el hermetismo del doctor Adamowski, la cara compasiva de la embajadora cuando le llevó con el chofer las cajas de alimentos y bebidas, el aire de misterio que asumen sus amigos, quienes debían estar en el secreto; se arropa; comienza a sentir escalofríos.

Para colmo, días atrás, cuando empezaba a sentirse mejor, le dieron la noticia de que debía abandonar el hotel. Le hizo el efecto de un rayo. Se trataba de un rumor que corría desde hacía varios meses, se había negado a darle crédito. Para cerciorarse preguntó en el Ministerio y en aquella ocasión le respondieron que era absurdo, que ni siquiera debía escuchar a personas que se entretenían en crear situaciones difíciles, le aseguraron que si el Bristol no quisiera ya alojar a los becarios tal negativa se referiría a los que estaban por llegar y no a los pocos que restaban de los años anteriores, quienes tenían ya, por así decirlo, derechos adquiridos. Sin embargo tenía que marcharse, le informaron que habían conseguido algunas habitaciones en casas de familias entre las que podía elegir la que le resultara más conveniente. Apenas logró responder, murmuró que estaba enfermo, pidió algunos días para restablecerse. Ese mismo día llamó a todos sus amigos para pedirles que intervinieran ante el Ministerio. Los resultados fueron nulos. No se podían hacer excepciones. Los otros becarios protestarían. A los tres días volvió a escuchar la misma voz que le instaba a salir a ver las habitaciones disponibles.

—Corre usted el riesgo —le dijo— de perder las que están en mejores condiciones y, a la postre, terminará por ir a meterse en algún sitio no del todo apropiado. Por eso se había levantado, había recorrido los cuatro extremos de Varsovia, deambulando en un horror al otro, conocido los caprichos de una patrona, los malos humores de otra, el paternalismo irritante de algún anciano que se proponía victimarlo como si fuera su hijo





y para colmo cobrarle renta. Al final accedió ir a vivir en una casa del barrio de Mokotów, pero de ninguna manera se resignaba a perder el Bristol, su cubil, su refugio, su torre de vigía en los últimos años: tiempo espléndido colmado de gente, ideas, aventuras, amigos, sinsabores, lecturas, sus cuentos, noches de absoluta magia, amaneceres plateados, mañanas desastrosas a base de aspirina, encuentros furtivos, días de aridez intolerable, revelaciones, sorpresas, tardes enteras dedicadas a traducir mientras a través de la ventana contemplaba con envidia la frescura del jardín vecino, el ondular de cuerpos bajo el sol. ¡El Bristol! La clausura de esa etapa le dolía más que ninguna otra. ¡Y en semejantes condiciones!

Alguien toca a la puerta. Un mozo del restaurante con la comida. A su lado, Marek. Se había encontrado con la camarera cuando entraba en el restaurante, ella le informó que estaba enfermo y decidió subir a hacerle compañía. Comerían juntos. El mesero lleva también su orden. Cuando está enfermo apenas puede tolerar la presencia de Marek. Le irrita su vitalidad, le hace sentir aún más disminuido. Ese día iba a despedirse; saldrá por la noche a pasar una temporada en Zakopane acompañando a una actriz sueca. Se encuentra de mucho menos buen humor que de costumbre; a momentos, casi sombrío. Le confiesa que está enamorado, le dice de quién. Otra sorpresa, Marek enamorado, taciturno y celoso cuando durante todo el tiempo que lleva de tratarlo se ha desenvuelto en una constante práctica sexual que no tiene mayor importancia que el de un buen partido de tennis o una mañana de natación en la piscina. No ha habido turista más o menos interesante que se le haya escapado. Con indistinta alegría ha fornicado con escandinavas, alemanas, húngaras y latinoamericanas. En Zakopane va a sentirse seguramente mejor; quiere rehuir un poco la vida de bares y parrandas y dedicarse por algún tiempo al deporte; al esquí y al alpinismo. La sueca es una deportista magnífica, una tiradora de primer orden. La semana pasada había cazado dos espléndidos jabalíes...

El trozo de carne que en ese momento se lleva a la boca permanece allí por un breve lapso, antes de ser trabajosamente deglutido.

Ve un jabalí corriendo. Tiene en ese momento la impresión de recordar el sueño, pero no está seguro; quizás no ha sido el sueño sino simplemente el recuerdo de un hecho real, sí, el día que mataron a la tlacuacha. Circundados por el humor contempla a un grupo de rapaces de unos ocho o nueve años armados con piedras, garrotes, ladrillos. Son por lo menos cinco. Gritan y alborotan. Tienen los rostros sucios, enrojecidos y bañados de sudor. Cerca de ellos la fisura de un tubo arroja una nube de humo. El calor que se desprende del lugar parece no importarles, antes por el contrario acrecienta sus bríos, su excitación. Se mueven a lo largo de una tubería. Cierran con tablas la boca del tubo, por la otra arrojan piedras. Después, uno de ellos enciende una fogata, introducen los leños ardientes. La humareda hará salir al animal y, efectivamente, a los pocos

minutos surge la tlacuacha entre el humo y las llamas; gritan como locos, felices, sienten la excitación del cazador en el cuello, en las manos, sus esfuerzos de varias horas han sido premiados. La golpean con ladrillos, con palos, con los mismos leños ardientes. La tlacuacha se tambalea, ha perdido, cae, sangra, emite un hedor repulsivo. Pero de su seno, como pequeñas larvas salen seis, siete bestezuelas, caminan a ciegas, apenas avanzan; la operación es ahora más fácil, aquellas mínimas porque-rías no oponen ninguna resistencia, les echan encima las brazas; allí quedan. Los chicos se alejan del lugar con los brazos enlazados al cuello, como en una ronda, cantan alegremente, saben que ya no volverán a desaparecer las gallinas y los pollos que aquel repulsivo carnívoro venía secuestrando, han realizado su buena acción del día, pero esa noche, cuando en su casa le sirven la cena, tiene que levantarse de prisa y correr al baño a vomitar. Ahora mismo, muchos años después, el recuerdo imprevisto le impide seguir comiendo el trozo de lengua, lo hace a un lado con el tenedor y se lleva a la boca un poco de arroz. Trata de interesarse en la conversación de Marek, mira por la ventana: es imposible, la escena vislumbrada por un segundo en todos sus detalles le ha sumido, en medio de la repugnancia, en la duda sobre si los tlacuaches son o no marsupiales; no sabe si aquella hembra llevaba a los hijos en un saco o si, preñada, paría a efectos de la golpiza, del humo y de las quemaduras. Bebe el café a grandes sorbos, le pide a Marek, sólo por cortesía, que se quede un poco más, oírán algo de música. Es imposible, debe arreglar aun una serie de asuntos referentes al viaje. Se queda solo, se tiende, apoya la cabeza sobre un brazo, siente en el oído el golpetear de su circulación, activada por la fiebre, trata de pensar en algo. No quiere irse del hotel, pero lo cierto es también que no desea quedarse, lo único que en ese momento le apetece es no existir; el flujo de sangre que intuye a través del oído lo pone al borde de la náusea como le ocurre con todo proceso orgánico, con toda confrontación en la anatomía, máxime cuando, como en ese día, es tan consciente de que su organismo alberga y encubre la putrefacción. Cambia de posición. No por ello disminuye el malestar. Desfilan por su imaginación, se atropellan y confunden una serie de escenas desagradables, todas tendientes a demostrarle el gran absurdo que es vivir, el sinsentido de su fatigoso tránsito. No quiere ir a ningún lado, los objetos parecen recubrirse de una gris luminosidad viscosa, los perfiles, las superficies pierden su tersura, su forma definida; enciende la luz, furioso, y eso parece restablecer nuevamente la normalidad de la materia. Piensa en llamar a Mercedes o a Jetta para no estar solo en los momentos de postración que se avecinan, se dirige al teléfono, cuando está por llamar, la simple idea de tener a otra persona en la habitación le resulta intolerable. Toma una segunda aspirina y vuelve a la cama. La conversación con Marek lo ha irritado, se quedó con la sensación de haber recibido una puñalada a traición. Recuerda que un día, no hace mucho, en un restaurante de la Ciudad Vieja aquél le había dicho que las



personas que hacían del amor un altar le resultaban ridículas, grotescas. Habían citado ejemplos, se habían reído a carcajadas y ahora, en cambio, ha consumido casi todo el tiempo del almuerzo en lamentarse por un amor desgraciado. En esos instantes siente una envidia de perro, ¡si pudiera él también sentirse ligado a alguien!, pero con los años ha venido a sufrir una especie de acidez emocional que todo lo corroe; sus mismas amistades le producen una tensión muy superficial, de ninguna manera le crean exigencias internas. Ve a través de la ventana la lluvia. Y él tendrá que estar allí encerrado en ese cuarto maloliente durante los siguientes días, envuelto en su sudor, fastidiado, sin ganas de trabajar ni de leer; la sola idea le produce un escalofrío de horror. Otras semanas como las recién pasadas y el dinero que no llega de México y la gente del Ministerio jodiéndolo para que abandone la habitación y se vaya a vivir a casa de una de aquellas harpías que ha visitado, y tener que comenzar una vida de casa de huéspedes, a la que siempre se ha resistido. Le desespera la postración en que la fiebre lo sumerge, le duelen los ojos, no puede leer, le irrita oír música, le repugna la idea de recibir visitas mientras no pueda asearse debidamente y no pueda airear la habitación. Todo se le hace cuesta arriba; sin saber cómo vuelve a él la vieja idea que lo ha entretenido en otras ocasiones: desaparecer. Su muerte sería un misterio. El hecho de morir no le asusta, pero le horrorizan los posibles comentarios sobre su suicidio. Era un gusto que no iba a darle a ciertos parientes y amigos que afirmarían haber predicho siempre ese fin, que un camino como el suyo ineludiblemente conducía a esa meta, por eso era genial el método proyectado. Internarse en un bosque, tenderse en algún sitio, dejar que la nieve acabara con él, nunca se sabría qué había estado haciendo allí. Imposible hablar de suicidio. Suena el teléfono, lo deja llamar, una, dos, tres cuatro largos timbrazos, sin levantar el auricular, tiene la certeza de que es la señora del Ministerio pidiéndole que abandone el hotel. Se quita el pijama, se viste con bastante descuido, con lentitud. Los movimientos no le resultan fáciles; mete, por hábito, algunos libros en el portafolio y sale. En el hall no saluda a nadie, entrega la llave y se marcha como si alguien lo apremiara, como si lo persiguieran, llega a la calle y pide a un taxi que lo conduzca a la estación central. Siente como si fuera a estallarle la cabeza; desea apresurar los acontecimientos, que acabe todo de una buena vez; imposible tolerar por más tiempo el dolor, el sentimiento de opresión, la inflamación en la garganta que apenas le permite ya tragar saliva. Camina por la sala central, en medio de gente que se sacude la nieve, se agita, de grupos que se despiden. Camina como sonámbulo hasta una ventanilla, se forma en la cola, cuando le llega el turno pide un billete a la frontera alemana. Se bajará en un pueblo cerca de la frontera y se internará en un bosque; en el estado de postración en que se encuentra el frío no tardará en acabar con él; al día siguiente hallarán su cuerpo. Le entregan el billete, pregunta por el próximo tren; saldrá dentro de seis horas. Sale tambaleándose

a la calle, no se explica cómo ha podido caer en aquel plan puerilmente macabro. Piensa aterrado que si algún tren hubiera estado a punto de partir habría subido a él y luego posiblemente se hubiera dejado llevar por el ritmo de los acontecimientos: le castañetean los dientes, apenas puede dominar el temblor en las rodillas. Tiene que esperar por largo rato a la intemperie la llegada de un taxi, cuando arriba al Bristol le parece que quien entra es un espectro, el fantasma de sí mismo. En el hall mientras pide la llave alguien se le acerca, es Janina, va acompañada de otra persona, indudablemente un médico: le explica que cuando hablaron por teléfono se quedó muy preocupada, hace una hora volvió a llamar y nadie le respondió, telefonó a la Administración y le dijeron que estaba en su habitación, por lo que se imaginó que si no respondía era por sentirse muy mal. Había llevado al doctor. ¡Cómo diablos había salido con ese tiempo! ¡Sólo a un loco se le ocurrían esas cosas! Se excusa, dice que ha ido únicamente a la farmacia de enfrente. Suben, el doctor le examina, habla con Janina, luego le explican que está muy mal, que es necesario internarlo esa misma noche en un hospital. Oye que su amiga comienza a hacer los trámites a través del teléfono. Está ardiendo en fiebre, —Ya está todo arreglado, hijito. Desgraciadamente no podré acompañarte todo el tiempo. Tengo un asunto importante en casa de mi hermana. Va a ir nuestro abogado. Te dejaré en el hospital. Allí entregarás estos papeles.

Vuelven a bajar. Apenas puede ver, mantenerse consciente. Se descubre sentado en un banco de madera en el cuarto cubierto con azulejos blancos donde lo ha dejado Janina. Sale una enfermera, recoge los papeles, le dice que vuelva a sentarse. Una mujer a su lado se retuerce las manos. Adentro los gritos son terribles. Verdaderos alaridos de desesperación, de locura. Sabe que si continúan también él comenzará a aullar.

—Es mi hermana —le explica la mujer sentada a su lado. Le dan ataques.

Se pregunta por qué no llegan por él y lo atienden. ¿Por qué lo han dejado allí, en esa espera sin sentido?

—Estudí siete años inglés y no sé decir una sola palabra —continúa la mujer—. Es que así soy yo...

Comienza a reír. Ve una especie de hilos de piedra, de cóagulos de roca que se trenzan, se esfuerza por saber qué es eso, esas rocas entretejidas que se contraen y se dilatan y que de alguna manera le indican que está allí y entonces, que hay un ahora y un aquí, que aún vive. Advierte de pronto que no ríe como creía, sino que está llorando. Siente que las mil teorías con que se ha complacido durante los últimos años, explicaciones, justificaciones, presuntuosas interpretaciones, se derrumban y quedan como hojarasca a sus pies, se oye gritar que quiere volver a su patria, a su casa, a su infancia, que lo dejen en paz, quiere estar en su país, morir allá, perderse allá. Ve a la enfermera que se afana a su lado, siente en la vena la aguja que lo restituirá a la calma.

Varsovia, 12 de febrero de 1966



Margo Glantz

Dos textos



La voz

Cuando la tensión de los caballos que tiran de mi carro revienta las cuerdas delirantes, surge la voz. Enigma fugitivo tiende su lazo y me lleva, cautelosa, por una senda mil veces iniciada, para florecer o envilecer mi boca.

1. Caballo negro

Las notas sonaban en mí, caracoleando su pena. Notas arrastradas, despiertas al eco de los cascos tajantes, sonoros. Ritmo que disparaba su plomo entre cadencias netas, y maniacas, disfrazando su estertor en la amplia boca de la trompeta.

Voz y notas reptan y se quiebran en salmodia, voz y cuerdas musitan su elegía; voz y notas me traspasan con su salpicadura sangrienta. Sonido dulce y tenaz que me acompaña galopando por mis vísceras; sonido encabritado que se extiende hasta ocuparme, ramificándose por mis arterias y venas, dibujando mi contorno.

Soy un sonido voluminoso que se transforma en grito, soy un murmullo recitado, una voz quebrada, un salmo envilecido. Mi carne líquida se derrama en un hueco metálico y pasa por una garganta estrecha y sincopada.

2. La cisterna

Mi palabra golpea como el salto que perfora la roca, horadándose en profundas rupturas geológicas. Gotas brillantes de sonido se encajonan superponiéndose en los árboles que arriman sus ramas secas para susurrarme en eco desvaído mis propias palabras destiladas.

Cisterna del sonido que amplifica sus galerías subterráneas, llenándolas de agua que se deseca en el desierto. Desierto encima, cisterna abajo, palabras duras que se humedecen en cuanto traspasan la ancha muralla que las ciñe.

Proferiré lamentos y de los lamentos manará el llanto como el pan que cayó del cielo, y la cisterna que en mí se ramifica subirá y se vertirá fertilizando mi morada, suavizando las grietas deslavadas que en ella se han gestado, milenaria y pasivamente inermes, soportando el duro hachazo de la palabra que me cincela, escindiéndome en roca y rama, en pozo y en desierto.

3. Pintura de un sonido

Empezó la melodía. El sonido sale de una flauta dulce y primitiva. Sonido desdoblado y agudo, de quena y flauta dulce unificadas. Sonaba interminable y se perdía monótono a lo lejos, como sirena de barco que se pierde en un atardecer nublado, entre las brumas de un río antiguo y europeo. Sonido compulsivo, también contaminado. Sonido agudo que el tiempo se tragaba.

Volvía a sonar, a repetirse: mecanismo constante, ejecutado con sonriente desparpajo. Trataba de apresarlos y hundirlos en mis oídos, guardarlo en paquetes suaves y lustrosos como los que brillan en el fondo de los armarios, entre los jabones que exhalan su pesado y melancólico olor, entre las medias de antigua "cocotte" y nueva ola, entre los prendedores de plata y turquesas, entre los collares de cuentas varias y coloreadas. Extendía las medias negras y miraba con deleite sus grecas y los encajes, pero el sonido se escabullía deslizándose en doble surco, parecido a un santo, a un santo que ha perdido su aureola.

Repetía la salmodia; cuidaba de que mis oídos apresasen las notas trémulas y desdobladitas, las cadencias agudas y dulces, los tonos melancólicos, la pretendida alegría cirquera. Mis oídos se abrían en vaga desmesura, en amplia sinrazón, queriendo ser receptáculos sagrados para conservar aquel sonido que se repetía a intervalos iguales y constantes y que en truco malabar nunca me ofrecía su sello y me devolvía, engrandecida, la lacra abierta.

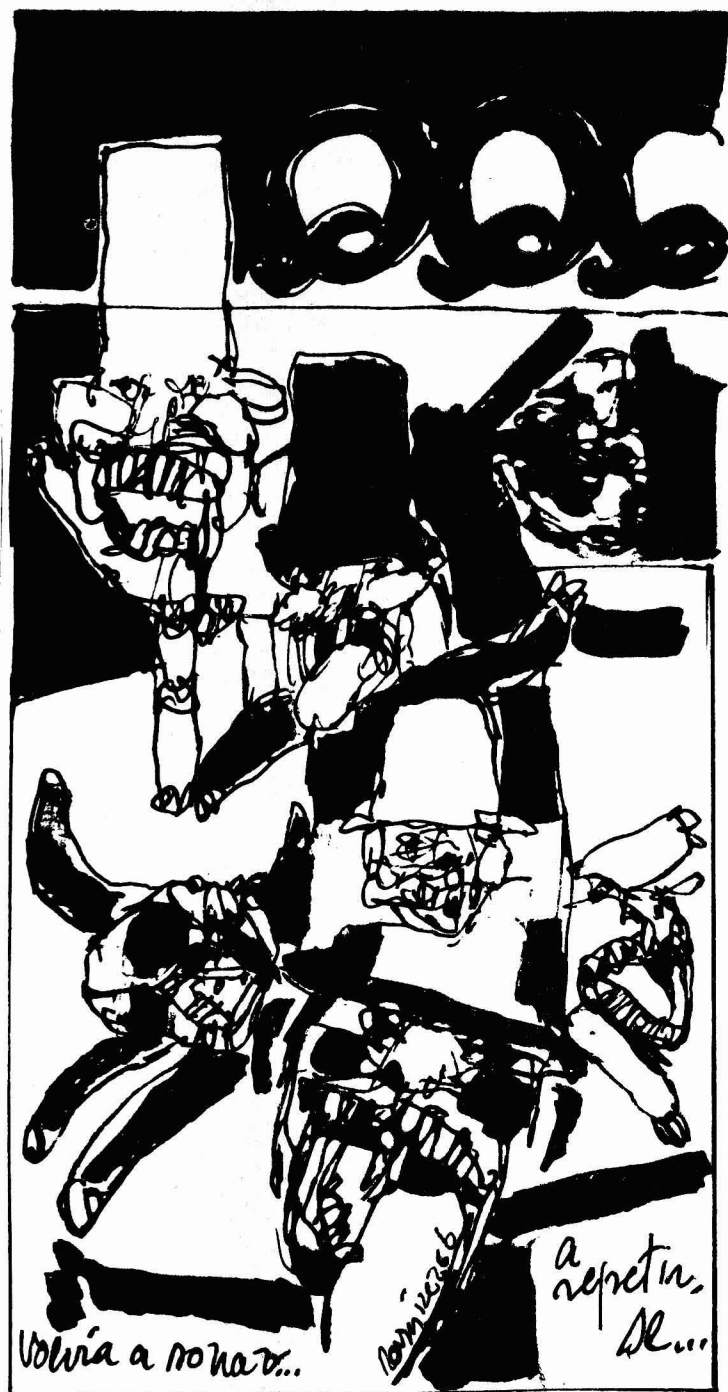
Viva, escuchando y olvidando el triste sonido devorado, conformando mi vida a su fugaz encuentro auricular, amontonando y yuxtaponiendo sus momentos sonoros, como fotografías de un viejo álbum descolorido y fantástico. Álbum descolorido porque nos entrega una imagen plana, estereotipo impávido de un constante fluir y un quieto permanecer que gotea entre las páginas, entre las figuras redondas, entre las líneas negras impresas con fuerza en el desdoro que pretende resumir nuestra imagen y exaltar nuestro recuerdo.

4. Los receptáculos

Yo sentada. Alrededor las cosas, limpias. La vida sale de la aguja fina que repasa los surcos del disco. Sonidos que salen inflamados de una trompeta. Trompeta de metal dorado, trompeta que se inserta en la boca carnosa de un negro maniaco y me llena de calor. Calor que me da el metal dorado de una trompeta que se hincha en los labios de alguien que no veo y que avanza sobre mí en oleadas vertiginosas.

Luces apagadas, cuadros, flores gigantes, reflejos de una vegetación exuberante, pero reflejos ficticios, reflejos de papel crepé, lujuria cercenada. La luz y el teléfono debajo, el teléfono que calla. El recuerdo regresa, se asienta y resucita. Sonidos vibrantes que avivan mi tristeza y el recuerdo.





Sigo sentada, mirando, moviendo los ojos en mi cara inerte, ojos de mariposa siguiendo el sonido, ojos que aquilatan los objetos y recrean el pasado al oír un sonido.

La trompeta calla. Empieza el piano, convulso, repicando en las notas que dedos morenos aprietan. La boca carnosa, soplando con fuerza, me saluda desde el surco negro y cansado. Saboreo su sonido tierno; su realidad me penetra y vuelvo la vista, sin mover los párpados, derrotando los ojos que se fijan en otro receptáculo de sonido ahora mudo. Sigue el piano, sigue la trompeta; veo sucesión de labios, manos, dedos, gargantas que se abren sonoros. Me miro, sigo sentada entre las cosas. Entre las lámparas apagadas mis dedos sienten la suavidad de la alfombra manchada; mis palmas, la rugosidad del sillón desteñido; mis ojos, la confusión de los cuadros y la inutilidad del recuerdo que vacía mis manos y desorbita el sonido.

Voces, el constante raspar de la aguja sobre el surco y el silencio continuo. Sola entre las cosas sin vida, sola con la voz aguda. Sigo allí, palpable, llena de contornos y de cosas que callan. Siluetas que recuerdan el perfil de una mano. Mano que borra el recuerdo y desdibuja el contorno, para instalarlo, oscilante, en la aguja que taladra lentamente mi silencio hasta volverme estatua.

5. La profecía

Llegó ya el tiempo de contar los años de rencor, de recoger el viento que nos molió la cara y deshizo nuestros huesos, de beber la hiel que salió de las entrañas, de segar la oscuridad que hemos creado.

¡Ay de los que prescriben tiranía y esperan gloria! ¡Ay de la aflicción mayor que la oscuridad en que vivimos! Así habló el profeta y nosotros callamos deslumbrados.

Estremeciéndose el corazón, corrió el llanto y el viento hizo presa de nosotros para apartar el juicio, para encender la liviandad y despojarnos. Aunque nunca sea la oscuridad más grande ni la visión más ciega que cuando habitemos solos en medio de la tierra.

Yo me visitaré y encerraré el rencor en mi morada como las aguas inestables se esconden en los ríos; la maldición y la discordia se aposentarán y todo será ilusorio, porque lo amargo derramado nunca se recoge y porque los discursos profetizarán mentira, porque el fruto del rencor yo me lo como y el fruto de la vida se me escapa.

Porque el lecho de marfil es frío y blanco; porque las casas ya no nos albergan; porque la silla de la iniquidad nos sirve de consuelo; porque los días malos con sus vacas flacas se acercaron sin remedio; porque el vino será amargo; porque el viento levantará la arena que entrará en los ojos; y porque solos quedaremos en la mansión que construimos, solos con los granos finos, solos con el sol, solos, solos, solos, como granizo que se escurre entre la hierba.



Las metamorfosis de Don Juan

1. La mina

Soy roca de mármol o cantera; o tezontle que carcome la araña de la piedra, siempre firme y siempre informe, fina y rugosa, tersa y aguda.

No te aprendiste las formas de mi forma, no recorriste el vasto encanto ni cincelaste con cuidado los recodos y las ondas que en mí se encuentran dispersadas. Preferiste intentar el goce de texturas en una misma figura que se expande y que todas las noches se te ofrece en mudo sacrificio.

Buscaste lo ausente y te hundiste en la carne, sin alcanzar la mina ilimitada que se estrecha y se hunde en las entrañas del perfil estático, del universo móvil.

No supiste, no. Y la lacra pensada se desflora en impulso repetido que reinicia misterioso su candente marca para apagarse en un breve intento de suplicio.

2. Palimpsesto

Circundado por una existencia venérea que te aflora superficial, te perfilas como figura ilustre. Figura ilustre, porque te repites hace ya largo tiempo en grabados, pinturas y viejas tapicerías medievales, en libros amarillentos y en historias que se cuentan a escondidas, entre murmullos y miradas equívocas.

Escindido por un desfiladero de palabras que expresan un sentimiento mutilado y haces de ti mismo un mito. Mito que forjas cuidadosamente y que te repite en ecos diarios e inalterados que te van poseyendo implacablemente. Eres ya la imagen que tú mismo te has dado, pero a ella se añaden las imágenes anteriores que se superponen y te desfiguran. Esbelto, ágil, y simultáneamente, viejo palimpsesto sobre el que se amontonan escrituras diversas y trazos desgastados.

En ti residen todas las naturalezas y ninguna. Sugieres el delirio y te inclinas por la ascesis. Sigues todos los puntos y nunca los encuentras para susurrar un nombre que solo florece cuando te pierdes en una forma múltiple, buscada siempre y repetida en un contorno semejante que jamás retienes.

Profieres en la oscuridad palabras amatorias que devoran su sentido. Sentido hermético que se encierra cuidadosamente en ti, pero que se desborda sobre la forma erecta de tu cuerpo ensimismado.

3. Olor a santidad

Repugnante olor promiscuo, olor que sintetiza el devenir de ingles que se juntan, apresuradas y violentas. Olor que se matiza con el violeta de genciana que apaga y mitiga la pena del olfato. Olor intenso y matizado que cubre las gamas olfativas, los perfumes orientales y franceses, disueltos en sudores, emanaciones, rostros perlados y jadeos.

Olores, olores; olores trastornados, milagrosos apéndices de vidas impolutas, que ahogan la violencia destañada en el manejo diario. Promiscuidad dolorosa que descuella, entreabriendo su corola carcomida que me persigue sin que yo pueda, horro- rizada detenerla. Vista de lejos, desdeñada, se acerca y me envuelve para restregar su contacto servil. Replegada, me escondo en el ovillo revuelto de mi carne, pero el olor se acerca, imperturbable y penetra con breve rasguño escarlata, su lepra disfrazada.

Olor, llaga lazarienta que resucita disolviendo la pústula y dignificando la herida. Así, tocada levemente, concentra en su contorno el olor que se transforma en plástico elemento lineal, ondulante ante mis ojos y mi nariz dilatada.



Alberto Dallal

Las cartas



I

—¿Tú crees que Elena es hermosa? —me preguntó Nadia una noche, mientras esperábamos en mi habitación a que mi madre nos llamara para bajar a cenar. Me limité a mirarla, sin sonreír, aunque su pregunta me había llenado de gozo. Nadia siguió hojeando la revista que tenía entre las manos; yo la contemplaba desde un lugar cercano a la ventana. Sentada al borde de la cama, con la revista sobre las piernas, parecía desear que mi respuesta surgiera del fondo de las letras impresas.

Al percibir mi silencio, volteó a verme. Desde un mes atrás me buscaba con febril constancia, sorprendiéndome, a veces, su interés desmedido por estar a mi lado. Yo sabía cuál era la causa de su nueva actitud, pero fingía no darme cuenta: me sentía dichosa.

—Elena no te comprende. Me habla mal de ti. No es la única, pero jamás esperé eso de ella.

—¡Oh, no me importa!

Mi amiga me siguió mirando emocionada. Después bajó la vista para ocultar su admiración. Era fácil adivinar en qué pensaba. Mis ojos buscaron la calle, su monotonía, los detalles íntimos que se repetían en cada uno de los edificios. No hubiera sabido cómo negarme a dejarla leer las cartas de Sebastián, lo cual ya me había pedido anteriormente. La curiosidad por conocer mi mundo, desde que había notado la preferencia que el doctor Kerr mostraba por mí, parecía llenarle la cabeza. Y esto, aunque me halagaba, me hacía dudar. De pronto era yo una persona importante; en mí se concentraba la atención de muchos estudiantes. Experimentaba la sensación del asesino, quien de la noche a la mañana, cuando su retrato aparece en los periódicos, se convierte en un pretexto para que la gente no piense en sus propios problemas.

—¿Te han dicho lo que suele hacer Elena?

—No sé si deba decírtelo. Es increíble.

—No —contesté. Lo que dijo después no me produjo ninguna sorpresa.

Lo que hiciera Elena, me tenía sin cuidado. Además cuando se trataba de acaparar la atención de los muchachos, Nadia era una hermana para Elena, aunque la mayoría de las veces su alianza terminara en el escándalo; ninguna de las dos, sin querer prescindir de su malévolo exhibicionismo, lograba permanecer fiel a la otra.

—Antes yo creía que Elena era maravillosa porque trataba bien a los demás sin exigirles demasiado. Me hice su amiga casi inmediatamente después de conocerla. Cuando comenzamos a andar juntas, Elena no sabía vestirse correctamente. Yo fui quien le explicó la forma en que debía combinar las piezas y los colores, quien le dijo cómo llevar el sombrero y cómo caminar. Captó tan bien mis enseñanzas, que a las tres semanas Mauricio comenzó a fijarse en ella y al mes se hicieron novios. Tú conoces los problemas que vinieron después. Todos los miembros de la familia de Mauricio hicieron lo posible por molestar

a Elena y ella no pudo hacer nada para defenderse. Yo ya la había prevenido. El círculo de los judíos es demasiado estrecho. Mauricio y Elena aún se vieron varias veces en mi casa y te puedo asegurar que la pobre se sintió muy desdichada cuando él decidió obedecer las órdenes de sus padres. Dos semanas me dediqué a consolarla y explicarle que aquí estas cosas suceden muy a menudo, sobre todo porque los judíos no han abierto su propio instituto. Pues bien: a los pocos días, Elena se sintió repuesta del susto, tanto que fue con sus padres y les explicó lo que había sucedido. Luego comenzó a cambiar de actitud conmigo, como si yo hubiera sido la culpable de todo. Sentí una gran tristeza cuando vino a avisarme que jamás me dirigiría la palabra y que su madre le había dicho que se cuidara de mí. Me conoces, Ana; sabes cómo llego a querer a las buenas amigas. Tal vez no soy tan inteligente como tú, que no te importa nada cuando decides hacer algo. Pero yo... soy menos firme. Soy una sentimental. Como si siempre me hiciera falta una amiga y no pudiera vivir sin aconsejarla y decirle lo que tiene que hacer.

Sonreí para que se diera cuenta que la comprendía plenamente y de que aquellas explicaciones salían sobrando. Sus ojos brillaron agradecidos y extendió la mano para hacerme sentar junto a ella. Sin soltarme, prosiguió la perorata:

—A la pobre le fue mal. No quiero pensar que por no haber permanecido a mi lado. Tú la conoces también. Es feliz si alguno la mira y le dice unas cuantas palabras de cariño. En el fondo, la agobia la soledad, pues ni sus padres se acercan a ella como debieran. Amigas no tiene. Vi cómo se iba perdiendo en aquel camino que sus desmedidas ansias le señalaban. Tú y yo sabemos que ese camino es el equivocado.

Se quedó callada porque acababa de hacer un descubrimiento. Miré sus atractivos ojos desiguales; me daba gusto no tener que decir nada para que comprendiera. Pensé si la complicidad del silencio llegaría a interesarle tanto como a mí o si me vería obligada a decirle todo, a pedirle todo para que fuera sincera. Temí que soltara mi mano o que en aquel mismo instante nos llamara mi madre.

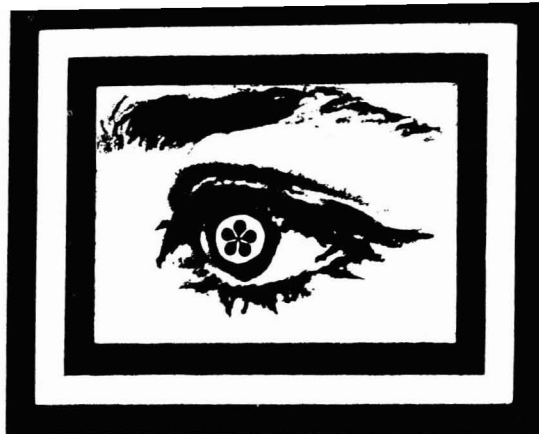
—Pero Elena es diferente: ha entregado demasiado de su tiempo a los aspectos más estúpidos de la existencia. Se pasa las tardes enteras tratando de hacerse atractiva. Va de un lugar a otro. Coquettea. Acepta invitaciones, creyendo que todos los muchachos valen la pena. Quisiera decirle que si conoces a una persona que te comprende, te vuelves atractiva en seguida. Mucho podemos hacer cuando estamos solas: es necesario estar preparada; pero todos los planes se vienen abajo si no sabes cambiar de táctica.

Se levantó intempestivamente para ilustrar lo que decía. Inquietada, miró hacia el suelo, recorriendo con la vista el vestido azul que llevaba puesto.

—Hay algunos que ni siquiera se fijan en la forma como vas vestida. ¿De qué sirve perder el tiempo en eso cuando vas a salir con alguien que solamente se interesa por las comidas?

Después extendió el brazo, blanco y delgadísimo, y dijo:





—A veces le he pedido sus joyas a mi madre. Para una cena con Jorge, por ejemplo. Llevaba tres pulseras de oro y él ni siquiera las vio. Nos pasamos la noche hablando de la gente.

Se acercó a mí, como si las palabras hubieran podido adquirir más valor acompañadas de su aliento y dijo mirándome fijamente:

—Elena no comprendería todo esto que te digo. Para ella es igual Mauricio que Jorge. No tiene una personalidad propia. Cree que domina la situación, pero se cohibe en cuanto alguien le hace una pregunta inesperada.

Se alejó otra vez. Creí que se olvidaba de mí.

—Oh, yo sé que no siempre puede una tener la respuesta para todo, que hay personas que son más listas que las demás. Pero no puedo imaginarme a Elena sosteniendo una conversación en la que no se adivinen sus pensamientos más íntimos. Así es como se aprovechan de ella. No permanece ni un minuto a solas. Teme sacar sus propias conclusiones. Ayer, en el instituto, la vi cuando se acercó a la puerta y comenzó a rascar la pintura con la uña. Sin poder disimular su excitación, me pidió un libro y se puso a hojearlo. Yo sé que a Elena no le gusta leer. Después me hizo preguntas sobre una clase que, según me explicó, no había entendido. En realidad quería quedarse cerca de la puerta para que se fijaran en ella. Trato de ayudarla en lo que puedo, a pesar de las frases hirientes que me lanza. Guardo sus secretos como si fueran míos. Pero ella habla con la mayor ligereza de mis confidencias y no le importa criticar a las demás en voz alta. De ti dice horrores y menciona al doctor Kerr.

Se acercó nuevamente y me acarició la mejilla. Su voz se hizo grave.

—No creo nada de lo que dice —me aseguró tiernamente.

Yo no tenía ninguna intención de aparentar ingenuidad, pero su anterior exaltación me había dejado muda.

—Dice de ti las cosas que ella hace. Se deja acariciar demasiado y en el campo se ha desnudado por completo, delante de Mauricio. Sabe muy bien en qué punto debe detener su atrevimiento, pero muy pronto va a sufrir las consecuencias. Jamás calcula los pasos que ha de dar.

La mirada de Nadia volvió a hacerse inteligente, desapareciendo aquel terrible enojo que le había dibujado dos significativas arrugas en la frente. Volvió a ser la dulce Nadia que me convenía.

—No te enfades conmigo. No me gustan estas cosas, te lo aseguro.

Suspiré profundamente y me acerqué a ella, abrazándola. Sin decir nada, saqué un paquete de cartas y las coloqué encima de la cama. Estaban sujetas con una goma. Ninguna de ellas había sido leída dos veces. Nadia tomó mi mano y la acercó a su mejilla, después la besó repetidas veces. Casi en un murmullo repitió mi nombre. A punto de llorar me preguntó si estaba enamorada.

—Sebastián me importa mucho —dije.

Pero su prisa por leer las cartas no le permitió dedicarme más gestos de ternura. Se sentó en la cama y deshizo el paquete, volteando a mirarme sólo por hacer un movimiento protocolario; sus ojos ya no volvieron a ser tiernos en toda la noche. Hube de disfrazar mis ansias por comunicarme con ella, por llegar al pozo profundo de sus maquinaciones, por confiar en alguien más, por dominar una situación con todos los medios a mi alcance. La hermosa Nadia, cuya belleza me hubiera hecho sentir feliz, se buscó a sí misma en cada una de las frases escritas por Sebastián. Logró apoderarse de las palabras que iban dirigidas a mí.

Cuando al fin no pude soportar más el nuevo destello de sus ojos, me acerqué otra vez a la ventana, conteniendo mi frustración en la lentitud de mis pasos. Le dije:

—Cómo perdemos el tiempo, Nadia.

En ese momento, definitivamente tarde, escuché la voz de mi madre que nos llamaba a cenar.

II

—No quiero causar molestias —dije.

Nadia había dejado de cantar para preguntarme si quería ir con ellas en las vacaciones.

—¿Para eso me llamaste?

—No. Pero me gustaría que vinieras con nosotras.

Se veía contenta. En unas cuantas horas más iba a estar lejos de ese mundo que la aburría y que no la dejaba ser ella misma: su recámara, siempre en orden; su padre, un burócrata; su hermano, que apenas se atrevía a mirar a las amigas de Nadia. Todo esto le impedía entregarse a la despreocupada tarea de explotar su hermosura y su ligereza. Deseaba ardientemente, aunque aparentara no hacerlo, que alguien la amara sin contratiempos, sin críticas, sin decirle palabras que la pudieran herir. En la insensibilidad —¿debiera decir estupidez?— de Elena creía hallar esa alianza; cuando se daba cuenta de la realidad —aunque no estoy muy segura de esto— se conformaba tal vez dispuesta a reconocer que Elena actuaba por los mismos motivos que ella. Le ofrecía su perdón una y otra vez sin decirle lo que pensaba. Sé que sufría intensamente.

Elena había accedido a acompañarla durante esas vacaciones. Yo deseaba saber por qué me había invitado. La miré y me sonrió. En aquel momento terminaba de ponerse las medias. Se acercó.

—¿Por qué, Ana, por qué?

Me habría gustado hacerle la misma pregunta, pero su rostro estaba más alterado que de costumbre.

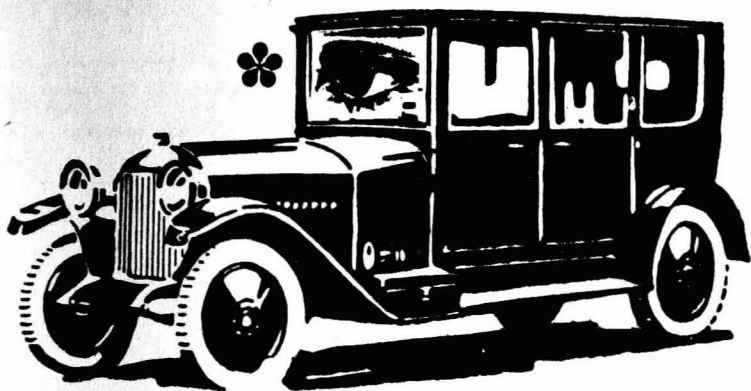
—Estaría encantada de ir, Nadia.

—No te creo.

—Son tantos los asuntos que tendría que arreglar para poder salir...

Me miró, dudando. Ni ella ni nadie podía convencerme de que no era importante trabajar con el doctor Kerr. Además,





el tiempo libre había de dedicarlo, por fuerza, a preparar mis clases. Agregué.

—¡Es un mes completo!

—Sí —exclamó, dichosa. Para ella era poco tiempo. —Imagínate: un mes sin imbéciles a tu alrededor.

—¿Cómo lograste convencer a Elena?

Creí notar tristeza en su rostro, pero pensé que estaba cansada.

—Al principio no le gustaba la idea. Iremos a casa de mi tía. Vive junto al mar: eso es lo importante. Mi tía es una anciana que no se mete con nadie. No se dará cuenta de nada. Se duerme a las seis de la tarde y jamás se ha interesado por saber quién me acompaña. A veces me platica cosas de mi madre; eso es todo.

La ropa de playa estaba extendida sobre la cama. Un veliz abierto indicaba que mi amiga no tenía prisa. La imaginé de pie, ante el ropero, escogiendo los vestidos adecuados para las vacaciones, relacionando los colores y las telas con la figura de Elena; y a ésta podía adivinarla a su lado, compartiendo, según ella, su dicha, en la playa o en los bosques cercanos, acompañándose la una a la otra, como dos hermanas, dispuestas a vivir cualquier aventura agradable la cual olvidarían al regresar a la ciudad, al instituto, a las horas de estudio que para ellas eran fatigosas e inútiles. Podía darme cuenta de toda aquella felicidad sin sentir envidia. Sólo me preocupaba que Nadia no descubriera aquel gozo que yo experimentaba por su causa. Al mirarla arreglar con tanto interés el equipaje, me pregunté si en el fondo realmente querría que las acompañara.

—¿Cómo puedes preferir quedarte? ¿Qué harás todo el tiempo?

—Trabajar, trabajar.

—¿Cómo van las cosas con el profesor Kerr?

—Bien.

—¿Te ha escrito Sebastián?

—Sí. Ahora está en París.

Me buscó con la mirada.

—¿Lo amarás igual cuando regrese?

Me gustaba que Nadia, aun sin desearlo, sin darse cuenta, pensara en mis cosas.

—¿Me escribirás desde la playa? —pregunté.

—Sería mejor si vinieras con nosotras.

Iba a ser muy difícil que dejara de entretener a Elena para escribirme. Estuve a punto de pedirle que no insistiera, pero no lo hice porque no hubiera podido evitar preguntarle qué cosas había en el fondo de su corazón.

—Ven un par de semanas.

—No puedo, Nadia.

Por la forma en que me miró comprendí que no era mi compañía la que deseaba, sino algo mucho más importante, tan importante como una tabla de salvación. ¿Qué la inquietaba? Detrás de sus súplicas había una extraña, incontenible angustia. Comencé a sentirme preocupada y molesta a la vez. Habría

dado cualquier cosa por permanecer al margen de sus problemas. Nadia apretaba la boca hasta desfigurarse el rostro; estaba a punto de contármelo todo. Me acerqué a la cama y aparentando naturalidad comencé a ayudarla a guardar la ropa en el veliz.

—No sabes cuánto bien me haría ir con ustedes, créeme, pero me interesa mucho lo que estoy haciendo. Estaré ocupada todo el tiempo. Ni siquiera sé a qué horas podré escribirle a Sebastián.

Se apoderó de mis últimas palabras para desprenderse de eso que llevaba dentro y que yo no lograba comprender por completo.

—No lo pierdas, Ana. No te das cuenta de lo que posees en él.

Con gusto le habría dicho, al mirarla en aquel estado, que ella misma le escribiese a Sebastián. No me hubiera importado. En lugar de ello exclamé, sin poderlo evitar:

—¡Algo te sucede, Nadia! Dímelo.

Pero dejó de arreglar su veliz y salió del cuarto apresuradamente. Su casa, a pesar de ser más grande que la mía, tenía un solo cuarto de baño, al final de un largo corredor. Hacia allá fue. Pude escuchar cómo cerraba la puerta y corría el pasador. Supuse que lloraba. Casi sin poner atención, terminé de acomodar la ropa en el veliz, suponiendo que regresaría en seguida, ya repuesta, pero transcurrieron diez minutos sin que nada sucediera. Estaba a punto de marcharme cuando llegó Elena. Había dejado su equipaje en la planta baja. Me preguntó por Nadia, sorprendida al verme allí.

—¡Lámala, avísale que has llegado —le dije—. Está en el baño.

Elena salió del cuarto y escuché sus pasos apresurados. Después oí sus voces y unos instantes más tarde llegaron las dos, cogidas de la mano. Nadia, complacida. Elena, indiferente, esperando que yo, de una u otra manera explicara mi visita.

—Puedo acompañarlas a la estación.

—Nos llevará mi padre en el automóvil —se apresuró a contestarme Nadia. Para entonces reunía su equipaje: dos velices, uno pequeño y el que yo había terminado de arreglar, el abrigo que llevaría puesto durante el trayecto y un pequeño bolso del cual salía a medias una mascada de seda blanca. Elena llevaba puesta una boina que la hacía más joven y atractiva.

Aún permanecimos algunos minutos hablando del instituto. Elena también me preguntó por mi trabajo con el doctor Kerr. Después, bajamos a la estancia, en donde el padre de Nadia nos esperaba. Me despedí deseándoles buen viaje, siempre con la sensación de que Nadia iba a revelarme las causas de su extraña conducta; pero no dijo nada. Sin mirar a Elena le pedí que me escribiera, temiendo que se creara una situación aún más tensa. Las dos tenían prisa. Esperé a que subieran en el automóvil. El padre de Nadia parecía molesto por verse obligado a llevarlas hasta la estación. El ferrocarril salía en media hora. Cuando se alejaban, Nadia sacó la cabeza por la ventanilla y me gritó que no dejara de escribirle a Sebastián.



Alegraos

Alegraos con las flores que embriagan,
las que están en nuestras manos.

Que sean puestos ya
los collares de flores.

Nuestras flores del tiempo de lluvia,
fragantes flores,
abren ya sus corolas.

Por allí anda el ave,
parlotea y canta,
viene a conocer la casa del dios.

Sólo con nuestras flores
nos alegramos.

Sólo con nuestros cantos
perece vuestra tristeza.

Oh señores, con esto,
vuestro disgusto se disipa.

Las inventa el Dador de la Vida,
las ha hecho descender
el inventor de sí mismo,
flores placenteras,
con esto vuestro disgusto se disipa.

Nezahualcóyotl de Texcoco

INTRODUCCION A SU POESIA Y SU PENSAMIENTO

por MIGUEL LEON-PORTILLA

No uno sino varios de los poetas que conocemos del mundo náhuatl, verdaderos maestros de la palabra, se hicieron acreedores al título de *tlamatiní*, "el que sabe algo", el que medita y discurre sobre los antiguos enigmas del hombre en la tierra, el más allá y la divinidad. Como algunos de los filósofos presocráticos, también estos sabios del México antiguo habían hecho de la poesía forma habitual de expresión. En ella habían encontrado el mejor de los caminos para transmitir el meollo de su pensamiento, y sobre todo, de su más honda intuición. "Flor y canto" llamaron a la metáfora y al símbolo, y como los primeros filósofos de Grecia o los sabios del Indostán, los pensadores poetas de Anáhuac, engarzando palabras verdaderas, forjando frases con ritmo, comunicaron también su mensaje.

Entre quienes además de poetas llegaron a ser sabios, *tlamatinime*, se encuentran Tecayehuatzin de Huexotzinco, Ayocuan de Tecamachalco, Nezahualpilli de Tezcoco, Cuacuauhtzin de Tepechpan y Tochiuhitzin de Tenochtitlan. Pero sobresaliendo por encima de éstos y de otros que podrían mencionarse, aparece sin duda el que más grande fama alcanzó, el tantas veces citado Nezahualcóyotl.

¿Se debe acaso su extraordinario renombre al hecho de que, además de sabio y poeta, haya sido gobernante supremo de Tezcoco y consejero por excelencia de Tenochtitlan? Como veremos, aunque su rango pudo contribuir originalmente a su fama, la justificación plena de ésta se encuentra en el valor intrínseco de su obra y pensamiento comprendidos integralmente. Otros *tlamatinime* hubo también que alcanzaron el rango de gobernantes supremos, y si se quiere tuvieron parecido poder que Nezahualcóyotl, sin lograr por ello el prestigio que conoció el señor de Tezcoco como maestro en las cosas divinas y humanas. De nadie más encontramos en las fuentes palabras y elogios como los que a continuación transcribimos acerca de Nezahualcóyotl. Exclama así un poeta de la religión culhuacana:

Sobre la estera de flores
pintas tu canto, tu palabra,
príncipe Nezahualcóyotl.
En la pintura está tu corazón
con flores de todos colores
pintas tu canto, tu palabra,
príncipe Nezahualcóyotl.¹

Mayor alabanza, quizás la máxima que pueda decirse de un poeta, la encontramos en otro breve canto concebido para descubrir la más honda raíz de esa sabiduría que llevaban consigo las palabras de Nezahualcóyotl:

Dentro de ti vive,
dentro de ti está pintando,
inventa, el Dador de la vida,
¡príncipe chichimeca, Nezahualcóyotl!²

Y así como fue celebrada y admirada la figura de Nezahualcóyotl en los tiempos prehispánicos, también atrajo sobre sí la

atención de cronistas e investigadores desde el mismo siglo xvi. Pero, a pesar de incontables referencias a su vida y pensamiento y aun de algunas biografías acerca de él, no existe, que sepamos, un estudio en que se hayan tomado en cuenta con sentido crítico los principales textos que fundadamente pueden atribuírsele y que permiten situar sus ideas dentro de la trayectoria del pensamiento prehispánico.³

El desconocimiento casi general, hasta época reciente, de muchas de las fuentes indígenas de la cultura náhuatl, ha sido el obstáculo principal para acercarse a las ideas del sabio señor de Tezcoco. Esto explica que hayan proliferado, más que en otros casos, las fantasías acerca de la figura de Nezahualcóyotl. Numerosas veces se ha dicho que fue él quien descubrió al "Dios único, causa de todas las cosas..." Se le ha pintado igualmente exponiendo otras varias ideas teológicas y filosóficas de manifiesto origen occidental y se le han atribuido composiciones poéticas que ni remotamente pueden tenerse como suyas. Un sólo caso concreto mencionaremos: el del célebre poema incluido por Granados y Gálvez en sus *Tardes americanas*, obra impresa en México en 1778. En ese poema, citado repetidas veces, aparece Nezahualcóyotl hablando de las "bóvedas de pestilentes polvos", de la "redondez de la tierra que es un sepulcro", de las "púrpuras" y de "las caducas pompas de este mundo..." Obviamente Nezahualcóyotl no pudo servirse de metáforas semejantes, por completo extrañas al pensamiento de los antiguos mexicanos.

Las ideas de Nezahualcóyotl conservadas en las colecciones de cantares de origen prehispánico son en realidad muy distintas y mucho más profundas que las de quienes forjaron en su honor tan burdas falsificaciones. Intentaremos aquí acercarnos a ellas sobre la base de las fuentes indígenas que se conservan. Podrá así comprenderse cómo en realidad el señor de Tezcoco, con plena conciencia de un legado intelectual milenario, pudo desarrollar formas de pensamiento que, si guardan obvia semejanza con las de otros *tlamatinime*, muestran también matices y enfoques distintos, consecuencia de su propia intuición.

Convergían de hecho en Nezahualcóyotl dos distintas corrientes de tradición, la de los antiguos grupos chichimecas venidos del norte y la que se derivaba de la cultura tolteca con las enseñanzas y doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl. Por obra de los ancestros de Nezahualcóyotl, algunas instituciones toltecas, entre ellas el arte de la escritura y las antiguas doctrinas y prácticas religiosas habían alcanzado nuevo florecimiento en Tezcoco. Desde los días de su infancia se vio influido Nezahualcóyotl por ese resurgimiento de la cultura tolteca ya que, según lo refiere Ixtlilxóchitl, tuvo entre los ayes "que convenían a su buena crianza y doctrina..." a uno llamado "Huitzilihuitzin, que era a su modo en aquel tiempo gran filósofo..."⁴

Y no es que hubieran desaparecido por completo los mitos, tradiciones y prácticas de origen chichimeca. Claras supervivencias de ello se descubren en los textos pero dando ya lugar a diversas maneras de sincretismo cultural y religioso. Así, los aztecas, que como los tezcocanos, estaban en proceso de asimilar las instituciones de origen tolteca, llegarían más tarde a transformarlas en función de sus propias ideas y ambiciones, hasta convertirse a sí mismos en el "Pueblo del Sol" con una nueva visión mística.

* El presente estudio forma parte del libro *Trece poetas del mundo azteca*, que será publicado próximamente por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y en el que por vez primera ofrece su autor las biografías y las obras de los más célebres "forjadores de cantos", sabios y maestros del México antiguo.

¹ Ms. *Romances de los Señores de la Nueva España*. f. 18 v.

² *Ibid.*, f. 34 r.

³ Entre las biografías de Nezahualcóyotl citaremos tan sólo dos: Vigil, José María, *Nezahualcóyotl, el Rey Poeta* (nueva edición), Biblioteca Mínima Mexicana, ediciones de Andrea, México, 1957.

Gillmor, Frances, *Flute of the Smoking Mirror*. (A portrait of Nezahualcóyotl), The University of New Mexico Press, 1949.

⁴ Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Op. cit.*, T. II, p. 82.

co-guerrera del mundo, raíz de su extraordinaria pujanza como conquistadores dentro del ámbito del México antiguo.

Distinto fue el sesgo que tuvo la fusión de elementos culturales toltecas y chichimecas en el pensamiento y en la acción de Nezahualcóyotl y de otros *tlamatinime*. Las doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl, como lo más elevado de la herencia tolteca, serían para ellos punto de partida de reflexiones de hondo sentido espiritualista acerca de los antiguos temas de *Tloque Nahuaque*, el "Dueño del cerca y del junto", los rostros y corazones humanos, la superación personal de la muerte y la posibilidad de decir palabras verdaderas en un mundo en que todo cambia y perece. Dentro de este contexto, el pensamiento de Nezahualcóyotl, mejor que el de otros contemporáneos suyos, habría de desarrollarse guiado por su intuición, hasta llegar a formular una de las más hondas versiones de lo que hemos llamado filosofía náhuatl.

En vez de detenernos aquí en relatar anécdotas acerca de la vida de Nezahualcóyotl, preferimos concentrar la atención en lo que parecen haber sido la trayectoria, los temas y problemas, de ese su pensar filosófico. Diremos sólo que para el estudio de su vida son fuentes principales los *Anales de Cuauhtitlan*, las obras de los historiadores texcocanos Ixtlilxóchitl y Pomar, así como, con carácter de secundarias, las relaciones e historias de Fray Juan de Torquemada y de Chimalpain Cuauhtlehuantzin. Lo que podemos conocer de su pensamiento y creación poética se conserva en las mismas colecciones de poemas prehispánicos de las cuales provienen los textos de los otros forjadores de cantos; los manuscritos de la Biblioteca Nacional y de la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas.

Mencionando únicamente los momentos más sobresalientes, recordaremos que nació en Tezcoco en el año 1-Conejo, 1402, teniendo por padres al señor Ixtlilxóchitl el Viejo y a Matlalcihuatzin, hija de Huitzilíhuít, segundo señor de Tenochtitlan.⁵ Como ya lo hemos dicho, desde los días de su infancia recibió Nezahualcóyotl esmerada educación, tanto de sus ayes en el palacio paterno, como de sus maestros en el principal *calmécac* de Tezcoco. Gracias a esto pudo adentrarse desde un principio en el conocimiento de las doctrinas y sabiduría heredada de los toltecas.

Según el historiador Chimalpain, en el año 4-Conejo, 1418, o sea cuando el joven príncipe contaba dieciséis años de edad, vio morir a su padre, asesinado por las gentes de Tezozómoc de Azcapotzalco y la ruina de Tezcoco sometida al poder de la nación tecpaneca. La muerte de su padre era el comienzo de una larga serie de desgracias, persecuciones y peligros referidos con detalle en la mayoría de las crónicas e historias. Rasgo sobresaliente de Nezahualcóyotl en tan difíciles circunstancias fue su sagacidad que, unida a su audacia, habría de llevarle al fin al triunfo sobre sus enemigos. Y seguramente que ya desde esta época tuvo ocasión de entrar en contacto con algunos poetas y sabios como es el caso de Tochihuitzin Coyolchiuhqui, "el forjador de cascabeles", uno de los hijos de Itzcóatl que le ayudó a escapar en el momento en que las gentes de Azcapotzalco perpetraban la muerte de su padre.

Ganándose el favor de los señores de varios estados vecinos, entre ellos de los de Huexotzinco y de Tlaxcala, y sobre todo el de sus parientes por línea materna, o sea de los aztecas que

también iniciaban entonces su lucha contra los de Azcapotzalco, Nezahualcóyotl pudo emprender la liberación de los dominios de su padre. Así, según el testimonio de los *Anales de Cuauhtitlan*, en el año 3-Conejo, 1430, logró conquistar el señorío de Coatlinchan.⁶ Al fin, después de numerosas batallas que trajeron consigo la derrota completa de los tecpanecas, Nezahualcóyotl pudo coronarse en 1431 y dos años más tarde establecerse de manera definitiva en Tezcoco con el apoyo y la alianza de México-Tenochtitlan.

Su largo reinado de más de cuarenta años aparece en los textos como una época en la cual florecen extraordinariamente las artes y la cultura. Nezahualcóyotl edificó palacios, templos, jardines botánicos y zoológicos. Fue consejero de los reyes aztecas y, como arquitecto extraordinario, dirigió la construcción de calzadas, las obras de introducción del agua a México, la edificación de los diques o albarradas para aislar las aguas saladas de los lagos e impedir futuras inundaciones. Su descendiente, el historiador Fernando de Alva Ixtlilxóchitl nos habla pormenorizadamente de las obras emprendidas por Nezahualcóyotl y describe con fruición lo que llegaron a ser sus palacios con salas dedicadas a la música y a la poesía, en donde se reunían los sabios, los conocedores de los astros, los sacerdotes, los jueces y todos cuantos se interesaban por lo más elevado de las creaciones dentro de ese nuevo florecimiento cultural hondamente cimentado en la tradición de los toltecas.⁷

Como legislador, promulgó Nezahualcóyotl una serie de leyes, muchas de las cuales se conservan en antiguas transcripciones que dejan entrever su sabiduría y profundo sentido de justicia.⁸ Es cierto que, por su alianza con México-Tenochtitlan hubo de participar en numerosas guerras y tuvo también que transigir en lo tocante a prácticas y ceremonias religiosas con las que en más de una ocasión manifestó su desacuerdo. Pero, según parece, en su vida personal se apartó del culto a los dioses de la religión oficial y se opuso, hasta donde le fue posible, al rito de los sacrificios de hombres. Como testimonio visible de su más íntima persuasión y del sesgo que había dado a su pensamiento, frente al templo del dios Huitzilopochtli que se levantaba en Tezcoco en reconocimiento del predominio azteca, edificó Nezahualcóyotl otro templo con una elevada torre compuesta de varios cuerpos que simbolizaban los travesaños o pisos celestes, sin imagen alguna, en honor de *Tloque Nahuaque*, "el dueño del cerca y del junto, el invisible como la noche e impalpable como el viento", el mismo al que hacía continua referencia en sus meditaciones y poemas.⁹

Otras muchas anécdotas y hechos importantes en la vida de Nezahualcóyotl podrían aducirse para dar mejor idea de lo que fue su rostro y corazón de hombre "con carne y color". Algunos episodios más habrán de ser consignados al tratar de otros poetas y sabios con quienes Nezahualcóyotl mantuvo diversas formas de relación. Así nos ocuparemos de la mayor y más lamentable de sus flaquezas, con ocasión de su encuentro con su vasallo, el también poeta Cuacuauhtzin de Tepechpan, de cuya mujer ha-

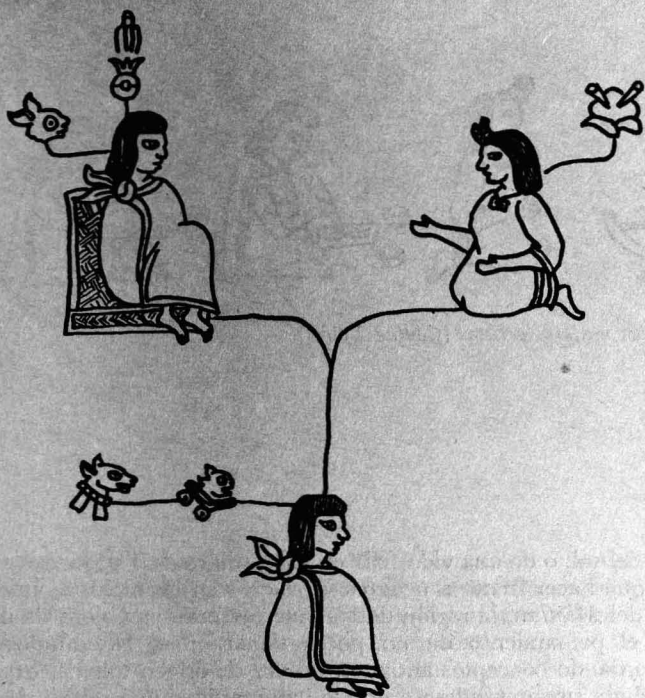
⁵ *Anales de Cuauhtitlan*, Op. cit., p. 165.

⁷ Véase: Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, Op. cit., T. II, pp. 173-181 y 212. El *Códice o Mapa Quinatzin*, manuscrito de origen tezcocano, ofrece asimismo una representación pictográfica de los palacios de Nezahualcóyotl. Véase, *Anales del Museo Nacional de Arqueología*, Epoca I, T. II, México 1885, pp. 345-368.

⁸ *Ibid.*, T. I, pp. 237-239 y T. II, pp. 187-193.

⁹ Véase lo dicho a este respecto por Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, Op. cit., 227.

⁶ Concuerdan respecto de esta información los *Anales de Chimalpain*, el propio Cronista Ixtlilxóchitl, Torquemada, los *Anales de Cuauhtitlan*, así como otras varias fuentes indígenas.



Nezahualcōyotl con sus padres [Códice Xólotl].

bía de quedar prendado con bien trágicas consecuencias. Igualmente al hablar de Axayácatl, el *tlatoani* o rey de Tenochtitlan, volverá a aparecer Nezahualcōyotl influyendo en su elección y actuando como consejero y aliado de la nación azteca. Finalmente en la biografía de su hijo Nezahualpilli, una vez más quedará manifiesta su extraordinaria previsión de hombre sabio que lo movió a escoger por sucesor a quien como él habría de acrecentar el ya bien cimentado prestigio de Tezcoco.

Setenta y un años vivió el sabio señor de Tezcoco, y fue precisamente al sentir ya cercana su muerte, cuando dio a conocer su determinación de ser sucedido por su hijo Nezahualpilli. Entre las últimas disposiciones que dictó, además de encomendar a Nezahualpilli a la tutela del prudente Acapioltzin, reconciliado ya Nezahualcōyotl con la idea de la muerte sobre la que tanto había meditado, pidió que al sobrevenirle ésta, no se diera puerta a la inquietud ni se causara pesar al pueblo. Su descendiente, el historiador Ixtlilxóchitl ha conservado las que parecen haber sido sus postreras palabras:

Ya me hallo muy cercano a la muerte, y fallecido que sea, en lugar de tristes lamentaciones cantaréis alegres cantos, mostrando en vuestros ánimos valor y esfuerzo para que las naciones que hemos sujetado y puesto debajo de nuestro imperio, por mi muerte no hallen flaqueza de ánimo en vuestras personas sino que entiendan que cualquiera de vosotros es solo bastante para tenerlos sujetos...¹⁰

Ocurrió la muerte de Nezahualcōyotl, como ya se ha dicho, en el año 11-Pedernal, según nuestra cuenta, en el de 1472. Al hacer recordación de ella cronistas e historiadores sin excepción se empeñan en lograr un postrer elogio de Nezahualcōyotl, queriendo sintetizar lo que fueron sus méritos y creaciones sobre todo como poeta y pensador. Aduciremos aquí tan sólo algo de lo que escribió el mismo Ixtlilxóchitl:

De esta manera acabó la vida de Nezahualcōyotl, que fue el más poderoso, valeroso, sabio y venturoso príncipe y capitán que ha habido en este Nuevo Mundo... porque fue muy sabio en las cosas morales y el que más vaciló, buscando de donde tomar lumbre para certificarse del verdadero Dios... como se ha visto en el discurso de su historia, y dan testimonio sus cantos que compuso... Y aunque no pudo de todo punto quitar el sacrificio de los hombres conforme a los ritos mexicanos, todavía alcanzó con ellos que tan solamente sacrificasen a los habidos en guerra, esclavos y cautivos y no a sus hijos y naturales que solían tener de costumbre...¹¹

Y para dar mayor apoyo a estas sus palabras y a todo lo dicho acerca de Nezahualcōyotl, señala luego el cronista tezcocano con particular énfasis cuáles han sido los testimonios y fuentes de que se ha valido:

Autores son del todo referido y de lo demás de su vida y hechos los infantes de México, Itzoatzin y Xiuhcozcatzin, y otros poetas e históricos en los anales de las tres cabezas

de esta Nueva España, y en particular en los anales que hizo el infante Quauhtlatzacuilotzin, primer señor del pueblo de Chiauhitla, que comienzan desde el año de su nacimiento hasta el tiempo del gobierno del rey Nezahualpitzintli. Y asimismo se halla en las relaciones que escribieron los infantes de la ciudad de Tezcoco, D. Pablo D. Toribio, D. Hernando Pimentel y Juan de Pomar, hijos y nietos del rey Nezahualpitzintli y Tetzcuco, y asimismo el infante D. Alonso Axayacatzin señor de Ixtapalapan, hijo del rey Cuicláhuac y sobrino del rey Motecuhzomatzin...¹²

Lamentablemente las obras de algunos de estos que Ixtlilxóchitl llama "poetas e históricos" están para nosotros perdidas en la actualidad. Sin embargo tanto las varias fuentes indígenas conocidas, a las que ya nos hemos referido antes, como las pocas biografías que de Nezahualcōyotl se han escrito en fecha más reciente, permiten a quien lo desee un acercamiento mucho más profundo a la vida azarosa, fecunda y extraordinaria del gran señor de Tezcoco.

Siendo nuestro propósito estudiar aquí sobre todo su poesía y su pensamiento, ensayaremos a continuación una primera forma de interpretación con base en el análisis de algunas de las composiciones que con sentido crítico pueden tenerse como suyas. Cerca de treinta son los poemas conservados en las colecciones de cantares prehispánicos como obra de Nezahualcōyotl. Aunque no conocemos las fechas en que cada uno fue compuesto, sí es posible descubrir en ellos varios temas centrales que se entrelazan espontáneamente y siguen la que en rigor puede llamarse una cierta forma de secuencia lógica. Entre los grandes temas sobre los que discurre el pensamiento de Nezahualcōyotl están el del tiempo o fugacidad de cuanto existe, la muerte inevitable, la posibilidad de decir palabras verdaderas, el más allá y la región de los descarnados, el sentido de "flor y canto", el enigma del hombre frente al Dador de la vida, la posibilidad de vislumbrar algo acerca del "inventor de sí mismo", y en resumen, los grandes problemas de un pensamiento metafísico por instinto que ha vivido la duda y la angustia como atributos de la propia existencia.

Es cierto, y también inevitable, que en esta presentación del pensamiento de Nezahualcōyotl a través de su poesía, se dejará sentir la interpretación subjetiva de quien esto escribe. Pero si es éste insalvable escollo en el estudio de la obra del sabio Tezcocano, no estamos ante un caso de excepción. También han sido numerosas y distintas las interpretaciones de las ideas asimismo sólo fragmentariamente conocidas de quienes, como los filósofos presocráticos o los primeros sabios del Indostán o de China, vivieron y pensaron en tiempos lejanos y en culturas tan diferentes. Así sin pretensiones ingenuas, aunque con cautela y sentido crítico, mostraremos algo de lo que nos parece haber sido la trayectoria del pensamiento de Nezahualcōyotl. Más allá de toda hipérbole, y a pesar de las limitaciones de interpretación, sus textos, fruto de auténtica intuición y de un meditar sin descanso, bien podrían parangonarse con otras composiciones, ejemplos clásicos de poesía filosófica de valor universal.

Punto de partida de Nezahualcōyotl parece haber sido su profunda experiencia del cambio y del tiempo, en lengua náhuatl, *cáhuatl*, "lo que nos va dejando". Todo en *tlalticpac*, "sobre la tierra", es transitorio, aparece un poco aquí, para luego desgarrarse y desvanecerse para siempre. Oigamos la expresión misma de Nezahualcōyotl:

¹⁰ *Ibid.*, T. II, p. 242.

¹¹ *Ibid.*, pp. 243-244.

¹² *Ibid.*, pp. 244-245.



Nezahualcōyōtl y varias mujeres artistas [Códice Xólotl].

Yo Nezahualcōyōtl lo pregunto:
¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí.
Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí.¹³

Si el jade y el oro se quiebran y rompen, los rostros y corazones, más frágiles aún, por muy nobles que hayan sido, como flores habrán de secarse y cual si fueran pinturas quedarán borrados:

Percibo lo secreto, lo oculto:
¡Oh vosotros señores!
Así somos,
somos mortales,
de cuatro en cuatro nosotros los hombres,
todos habremos de irnos,
todos habremos de morir en la tierra...

Como una pintura
nos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando
aquí sobre la tierra.
Como vestidura de plumajes de ave zacuán
de la preciosa ave de cuello de hule,
nos iremos acabando...
Meditadlo, señores,
águilas y tigres,
aunque fuerais de jade,
aunque fuerais de oro
también allá iréis,
al lugar de los descarnados.
Tendremos que desaparecer,
nadie habrá de quedar.¹⁴

La persuasión de que en la tierra sólo por breve tiempo dura la reunión de los rostros y corazones es raíz de la tristeza, pero también principio de nuevas formas de pensamiento en el ánimo de Nezahualcōyōtl:

Estoy embriagado, lloro, me aflijo,
pienso, digo,
en mi interior lo encuentro:
si yo nunca muriera,
si nunca desapareciera.
Allá donde no hay muerte,
allá donde ella es conquistada,
que allá vaya yo.
Si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera.¹⁵

Las doctrinas religiosas, aceptadas por el Estado y por el pueblo, acerca de la supervivencia de los guerreros como compañe-

ros del sol, o de una vida feliz en los jardines de Tláloc, o teniendo que hacer frente a peligros y pruebas en las moradas inferiores del Mictlan, la región de los muertos, eran ya objeto de duda en el pensamiento de no pocos *tlamatinime*. Nezahualcōyōtl, recordando conceptos antiguos, tal vez de origen tolteca, expresa su duda preguntándose a dónde hay que ir, o qué sabiduría hay que encontrar para llegar a *Quenonamican*, "donde de algún modo se vive", a *can on ayac micohua* a "donde la muerte no existe":

¿A dónde iremos
donde la muerte no exista?
Mas, ¿por esto viviré llorando?
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.
Aun los príncipes a morir vinieron,
hay incineramiento de gente.
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.¹⁶

Nezahualcōyōtl mismo enderezó su corazón, lo que equivale a decir, entendiendo la connotación náhuatl de *yóllotl*, (corazón), que dio un sentido a su *movilidad*, a su núcleo dinámico. Fortalecido el corazón, Nezahualcōyōtl, afirma haber descubierto el significado profundo de "flor y canto", expresión náhuatl del arte y el símbolo, para poder acercarse gracias a él, desde *tlalticpac* (desde la tierra), a la realidad de "lo que está sobre nosotros y la región de los dioses y de los muertos". Cuatro líneas magistrales dan testimonio de su descubrimiento:

Por fin lo comprende mi corazón:
escucho un canto,
contemplo una flor...
¡Ojalá no se marchiten!¹⁷

El corazón que ha comprendido al fin cuál ha de ser su camino, desea entonces hallar los cantos que nunca perecen. Nezahualcōyōtl no caerá de nuevo en la duda. Su corazón habrá de encontrar flores y cantos con vida y raíz. Probablemente, por esto, dejó dicho:

No acabarán mis flores,
no cesarán mis cantos.
Yo cantar los elevo,
se reparten, se esparcen.
Aun cuando las flores
se marchitan y amarillean,
serán llevadas allá,
al interior de la casa
del ave de plumas de oro.¹⁸

Y es que, como él mismo lo apunta, el corazón de quien ha descubierto flores y cantos ha nacido para cantar, tiene su casa en la primavera que nunca termina, puede en fin acercarse al misterio de los dioses y los muertos. El sabio señor de Tezcoco, conocedor de las doctrinas toltecas, hizo objeto de su meditación el tema de *Tloque Nahuaque*, "el Dueño de la cercanía y la proximidad", que es también *Moyocoyatzin*, el que se está inventando a sí mismo. Por los senderos de flor y canto expresó su

¹³ Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 17 r.

¹⁴ Ms. *Romances de los Señores de Nueva España*, fol. 36 r.

¹⁵ Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 17 v.

¹⁶ *Ibid.*, fol. 70 r.

¹⁷ Ms. *Romances de los Señores de la Nueva España*, fol. 19 v.

¹⁸ Ms. *Colección de cantares mexicanos*, fol. 16 v.

pensamiento acerca de "quien es como la noche y el viento", el Dador de la vida, que en su libro de pinturas ha hecho el boceto de nuestros rostros y corazones, el arbitrario inventor que también escribe y dibuja con flores y cantos:

Con flores escribes, Dador de la vida,
con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.
Después destruirás a águilas y tigres,
sólo en tu libro de pinturas vivimos,
aquí sobre la tierra.
Con tinta negra borrarás
lo que fue la hermandad,
la comunidad, la nobleza.
Tú sombreas a los que han de vivir en la
tierra.¹⁹

El rostro y el corazón del hombre en la tierra está cerca y lejos de *Moyocoyatzin*, el inventor de sí mismo. Es cierto que águilas y tigres, hermandad y nobleza existen en el libro de pinturas del Dueño del cerca y del junto. Mas, a pesar de esto, el supremo Dador de la vida, como noche y viento que es para el hombre, permanece oculto e inalcanzable. El pensamiento de Nezahualcōyōtl ahondando en el misterio, se dirige a *Tloque Nahuaque*, expresando precisamente esta imposibilidad de acercarse a él:

Sólo allá en el interior del cielo
Tú inventas tu palabra,
¡Dador de la vida!
¿Qué determinarás?
¿Tendrás fastidio aquí?
¿Ocultarás tu fama y tu gloria en la tierra?
¿Qué determinarás?
Nadie puede ser amigo
del Dador de la vida...
¿A dónde pues iremos...?
Enderezaos, que todos
tendremos que ir al lugar del misterio...²⁰

No obstante haber afirmado que "nadie puede decirse o ser amigo del Dador de la vida", Nezahualcōyōtl continuó tenazmente su búsqueda. Muchas son las flores y los cantos de sus textos acerca de la divinidad que podríamos aducir aquí. Ofrecemos sólo dos testimonios más. El primero es expresión de preguntas, casi diríamos dudas, sobre la realidad y raíz de quien en sí mismo inventa su palabra y da ser en su misterioso libro de pinturas:

¿Eres tú verdadero (tienes raíz)?
Sólo quien todas las cosas domina,
el Dador de la vida.
¿Es esto verdad?
¿Acaso no lo es, como dicen?
¡Que nuestros corazones
no tengan tormento!
Todo lo que es verdadero,

(lo que tiene raíz),
dicen que no es verdadero
(que no tiene raíz).
El Dador de la vida
sólo se muestra arbitrario.

¡Que nuestros corazones
no tengan tormento!
Porque él es el Dador de la vida.²¹

Por encima de las dudas y del misterio que circundan al Dador de la vida, es menester aceptar su realidad. Esto es lo único que da tranquilidad y raíz al corazón. Tal parece ser la conclusión a que llegó Nezahualcōyōtl en su esfuerzo por acercarse al misterio de lo divino. Si *Tloque Nahuaque* es arbitrario e incomprendible, es también el Dador de la vida en cuyo libro de pinturas existimos. Los rostros humanos deben aceptar el misterio; deben invocar y alabar a *Tloque Nahuaque*. Así se puede vivir en la tierra.

Las flores y los cantos, el arte, creación la más humana del hombre, son el camino para acercarse. Al parecer, el mismo Dador de la vida con sus propias flores y cantos quiso embriagar-nos aquí. El siguiente texto de Nezahualcōyōtl aparece, desde este punto de vista, como la síntesis final de su pensamiento:

No en parte alguna puede estar la casa del
inventor de sí mismo.
Dios, el señor nuestro, por todas partes es
invocado,
por todas partes es también venerado.
Se busca su gloria, su fama en la tierra.

Él es quien inventa las cosas,
él es quien se inventa a sí mismo: Dios.
Por todas partes es invocado,
por todas partes es también venerado.
Se busca su gloria, su fama en la tierra.

Nadie puede aquí,
nadie puede ser amigo
del Dador de la vida;
sólo es invocado,
a su lado,
junto a él,
se puede vivir en la tierra.

El que lo encuentra
tan sólo sabe bien esto: él es invocado,
a su lado, junto a él
se puede vivir en la tierra.

Nadie en verdad
es tu amigo,
¡Oh Dador de la vida!
Sólo como si entre las flores
buscáramos a alguien,
así te buscamos,
nosotros que vivimos en la tierra,

¹⁹ Ms. *Romances de los Señores de Nueva España*, fol. 35 r.

²⁰ Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 13 v.

²¹ *Romances de los Señores de la Nueva España*, fol. 19 v. 20 r.

mientras estamos a tu lado.
Se haviará tu corazón,
sólo por poco tiempo
estaremos junto a ti y a tu lado.

Nos enloquece el Dador de la vida,
nos embriaga aquí.

Nadie puede estar acaso a su lado,
tener éxito, reinar en la tierra.

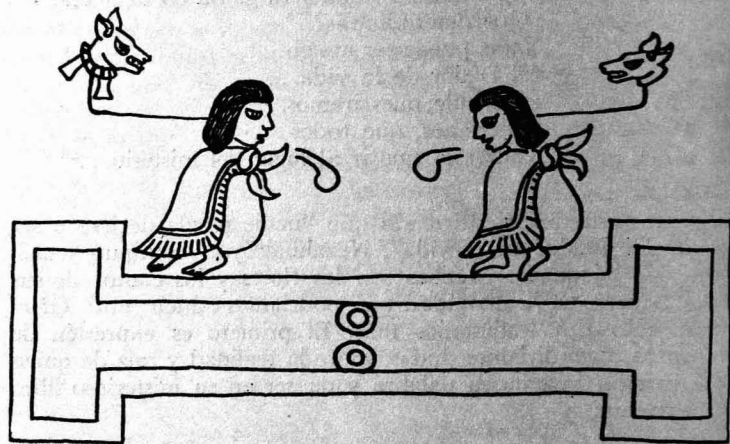
Sólo tú alteras las cosas
como lo sabe nuestro corazón:
nadie puede estar acaso a su lado,
tener éxito, reinar en la tierra.²²

Quien tenga por pesimista la conclusión a que llegó Nezhualcóyotl, debe tener presente la que podría describirse como dialéctica interna de su pensamiento: afirma que nadie puede ser amigo del Dador de la vida, que nadie puede estar acaso a su lado en la tierra, pero al mismo tiempo sostiene que es destino humano buscarlo, como quien entre las flores va en pos de alguien. El que lo invoca, el que lo busca, podrá vivir en la tierra. Podrá incluso decir que se encuentra a su lado, junto a él, precisamente porque él es Dueño de la cercanía y la proximidad. El pensamiento puro lleva probablemente a la duda: "¿eres tú verdadero, tienes raíz?" Porque, "todo lo que es verdadero, dicen que no es verdadero..."

Mas esta idea, la imposibilidad de comprender la raíz del que sólo se muestra arbitrario, hace sufrir al corazón. Invocar, en cambio, a *Tloque Nahuaque*, parece ya haberlo encontrado, da descanso y hace posible existir en la tierra. Persuadido Nezhualcóyotl de que no acabarán sus flores y cantos, confía y reposa en esta postrer conclusión: el Dador de la vida tal vez nos embriaga; nosotros lo seguimos buscando "como si entre las flores buscáramos a alguien".

Las ideas expuestas, con base en estos poemas atribuidos fundamentalmente al príncipe sabio Nezhualcóyotl, constituyen un primer intento de comprensión de su pensamiento. Amerita éste un estudio mucho más amplio, literario y filosófico a la vez, en que se incluyan todas aquellas composiciones y discursos que, después de cuidadosa crítica documental, puedan tenerse por suyos. Acabará de verse así que si en su obra hay elementos, ideas y metáforas, que fueron patrimonio en común de quienes cultivaran la poesía en los tiempos prehispánicos, hay también enfoques y sobre todo una trayectoria de pensamiento que son reflejo inconfundible de su propia persona. Otros poemas suyos, que en seguida ofrecemos en la versión castellana que hemos preparado, contribuirán mejor que cualquier ponderación, al acercamiento a lo que parece haber sido el alma del pensamiento y la belleza de expresión del celeberrimo Nezhualcóyotl.

²² *Ibid.*, fol. 4 v. 5 v.



Nezhualcóyotl juega a la pelota con el Señor Coyohua [Códice Xólotl].



*El joven Nezahualcóyotl contempla la muerte de su padre, Ixtlixóchtli
[Códice Xólotl].*

Canto de la huida

[De Nezahualcóyotl cuando andaba huyendo del señor de Azcapotzalco]

En vano he nacido,
en vano he venido a salir
de la casa del dios a la tierra,
¡yo soy menesteroso!
Ojalá en verdad no hubiera salido,
que de verdad no hubiera venido a la tierra.
No lo digo, pero...
¿qué es lo que haré?
¡oh príncipe que aquí habéis venido!
¿Cómo vivo frente al rostro de la gente?
¿qué podrá ser?
¡reflexiona!

¿Habré de erguirme sobre la tierra?
¿Cuál es mi destino?
yo soy menesteroso,
mi corazón padece,
tú eres apenas mi amigo
en la tierra, aquí.

¿Cómo hay que vivir al lado de la gente?
¿Obra desconsideradamente,
vive, el que sostiene y eleva a los hombres?

¡Vive en paz,
pasa la vida en calma!
Me he doblegado,
sólo vivo con la cabeza inclinada
al lado de la gente.
Por esto me aflijo,
¡soy desdichado!
he quedado abandonado
al lado de la gente en la tierra.

¿Cómo lo determina tu corazón,
Dador de la Vida?
¡Salga ya tu disgusto!
Extiende tu compasión,

estoy a tu lado, tú eres dios.
¿Acaso quieres darme la muerte?
¿Es verdad que nos alegramos,
que vivimos sobre la tierra?
No es cierto que vivimos
y hemos venido a alegrarnos en la tierra.
Todos así somos menesterosos.
La amargura predice el destino
aquí, al lado de la gente.

Que no se angustie mi corazón.
No reflexiones ya más.
Verdaderamente apenas
de mí mismo tengo compasión en la tierra.

Ha venido a crecer la amargura,
junto a ti y a tu lado, Dador de la Vida.
Solamente yo busco,
¿Acaso vendrán una vez más,
acaso volverán a vivir?
Sólo una vez perecemos,
sólo una vez aquí en la tierra.
¡Qué no sufran sus corazones!
junto y al lado del Dador de la Vida.

[Ms. *Romances de los Señores de la Nueva España*. Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas, fol. 21 r - 22 v.]

Canto de Primavera

En la casa de las pinturas
comienza a cantar,
ensaya el canto,
derrama flores,
alegra el canto.

Resuena el canto,
los cascabeles se hacen oír,
a ellos responden
nuestras sonajas floridas.
Derrama flores,
alegra el canto.

Sobre las flores canta
el hermoso faisán,
su canto despliega
en el interior de las aguas.
A él responden
varios pájaros rojos,
el hermoso pájaro rojo
bellamente canta.

Libro de pinturas es tu corazón,
has venido a cantar,
haces resonar tus tambores,
tú eres el cantor.

En el interior de la casa de la primavera,
alegras a las gentes.
Tú sólo repartes
flores que embriagan,
flores preciosas.
Tú eres el cantor.
En el interior de la casa de la primavera,
alegras a las gentes.

[Ms. *Romances de los Señores de la Nueva España*, Colección Latinoamericana, Universidad de Texas, fols. 38 v - 39 r.]

Solamente él

Solamente él,
el Dador de la Vida.
el Dador de la Vida.
Vana sabiduría tenía yo,
¿acaso alguien no lo sabía?
¿acaso alguien no?
No tenía yo contento al lado de la gente.

Realidades preciosas hace llover,
de ti proviene tu felicidad,
¡Dador de la Vida!
Olorosas flores, flores preciosas,

con ansia yo las deseaba
vana sabiduría tenía yo...

[Ms. *Romances de los Señores de la Nueva España*, Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas, fol. 20 r.]

Poneos de pie

¡Amigos míos, poneos de pie!
Desamparados están los príncipes,
yo soy Nezahualcóyotl
soy el cantor
soy papagayo.
Toma ya tus flores y tu abanico.
¡Con ellos ponte a bailar!
Tú eres mi hijo,
tú eres Yoyontzin.
Toma ya tu cacao,
¡qué sea ya bebida!
¡Hágase el baile,
comience el dialogar de los cantos!
No es aquí nuestra casa,
no viviremos aquí,
tú de igual modo tendrás que marcharte.

[Ms. *Romances de los Señores de la Nueva España*, fols. 3 v. - 4 r.]

Soy rico

Soy rico,
yo, el señor Nezahualcóyotl.
Reúno el collar,
los anchos plumajes de quetzal,
por experiencia conozco los jades,
¡son los príncipes amigos!
Me fijo en sus rostros,
por todas partes águilas y tigres,
por experiencia conozco los jades,
las ajorcas preciosas...

[Ms. *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional, fol. 16 v.]



Manuel Andújar*

Cartas son cartas

La meditación sobre España —destino social; concepto del hombre, ser terrenal y trascendente— ha experimentado, a partir de 1936, decisiva e insólita revulsión: el traumatismo, aún en proceso, de la guerra que fue, al par, civil e internacional, religiosa y nihilista. Afecta a los que allí permanecieron y en ella tomaron parte, a las nuevas generaciones por reflejo mimético o de oculta vía. Y determina, más agudamente, el ideal y sentir de los expatriados.

Si, el exilio y sus retazos giran en torno de la circunstancia indigesta, de la perspectiva parcial, como bajo el peso de una fatalidad. A través de polémicas —plausibles o inválidas— y de ensayos o estudios formales, amén de las visiones poemáticas, la emigración ha intentado explicarse el reciente derrotero de las Españas. He aquí su aportación pública, a la que convendría se sumaran, en este concreto orden de cosas, para los historiadores del mañana, aquellas impresiones personales, espontáneas, privadas y directas, que en su verdad viva y con sus grumos anecdóticos puedan constituir los entresijos de todo un ciclo de conciencia.

Creo, pues, que a la serie en circulación de juicios y tes-

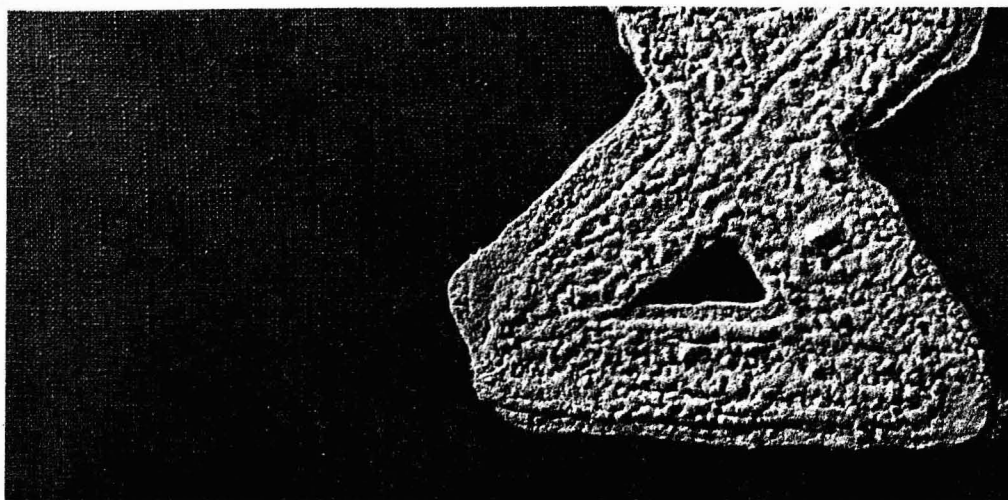
fimonios deben incorporarse ciertos “juegos de cartas”, la particularísima relación y las no menos peculiares reacciones epistolares donde se manifiestan, sin alifafes o efectismos, las actitudes.

Los fragmentos que hoy agrupo, por elástica pauta cronológica, aspiran a que otras pláticas escritas, de mayor entidad y autoridad, superiores en cuerpo, estilo y doctrina, compongan un patrimonio común.

Asumo, con mis iniciales, la responsabilidad de las opiniones que se me ocurrieron, de su candidez, ofuscación y balbuceo, en esta criba abrumadora de lejanías. Lo que no es propio a nadie identificable se atribuye y queda diferenciado por letras-clave. Los “corresponsales” su derecho ejercerían al reclamar paternidad y acudir al expediente que utilizo: con explicaciones, rildes rectificatorias y humores autocríticos, que yo mismo opté por silenciar.

“Juego de cartas” éste que en su selección, casualidad y casualidades, parece ya, salvo la doble nota de la rúbrica, muestrario de recuerdos, mapa de cicatrices —que de ellas también transcribo lo que caracteriza y ambienta— y, a pesar de los pesares, haz de ensueños.

* y varios corresponsales que, dadas las circunstancias, no se citan con nombres propios.



Sr. Paul Mayer
Ciudad

México, D. F., a 5 de abril de 1944

Estimado amigo:

Su carta del 31 de marzo ha significado para mí una confortadora, intensísima alegría. Y, al propio tiempo, poderoso incentivo. Hablar sobre Antonio Machado, en un diálogo que arrambla con reparos liliputienses de idioma, casillero nacional y edad, a raíz del noble entusiasmo que su lectura ha despertado en usted, me somete a varios riesgos esquinados. En correspondencia española a su gentileza, no puedo ni debo formular cuatro cumplidos de rutina, siempre maloliente. Dar libre rienda a mi fervor sería notorio abuso de su cortesía. Acometer un análisis profundo y substancioso, empresa superior a mi pobre facultad crítica. En semejante encrucijada de dilemas no elijo un camino cerrado, sino que me lanzo... a la expresión, con agudos remordimientos de conciencia por estas líneas de exordio.

"La educación es tan necesaria como la naturalidad" reza una máxima de Confucio. Tal enunciado define, en mi criterio, un rasgo psicológico central en la vida y en la obra de Antonio Machado. El poeta siente extrema avidez de saber, busca afanosamente los derroteros intelectuales de su época, gusta de confrontar los patrimonios ideológicos europeos, polemiza para sí con las diversas teorías filosóficas "que en el mundo son", tendiendo a superar, a fructificar el dualismo que forma la naturaleza íntima del hombre, intenta aprehender el meollo de las doctrinas sociales en lucha, no desdeña las manifestaciones políticas válidas, quiere desentrañar el dinámico mensaje de las costumbres. Pero, a fin de cuentas, las inquietudes esbozadas no generan una mente compleja en "efectos" y atributos, un retraimiento morboso a la soledad. Producen un cariño, consciente y heroico, por lo sencillo, ya encarnado en criatura, árbol, río o muchedumbre. Cuando él, ser antidemagógico por antonomasia, se "asoma" a la opinión pública no lo hace con el frívolo desembarazo del profesional. Su presencia adquiere, entonces, la gravedad emocionante de lo insólito y maravilloso, del gesto moral solemne, porque —al igual que todo lo auténtico— no se prodiga, no es "el pan nuestro de cada día", no es rutina y manoseo y retórica chabacana.

En un escritor cabal, de espíritu riguroso, no están divorciadas la vida y la obra, si ahondamos en sus circulatorios contactos, que la piel sólo acierta a traslucir. De ahí el que se requiera penetrar —con la discreción alerta que el sujeto merece— en su fluida biografía, que el mismo protagonista nos revela, de modo indirecto y modesto, en ciertos motivos insistentes de sus versos, en estados anímicos que se musicalizan, en frases sueltas de dolor, en palabras crujientes de angustia, en aquellas ironías

donde sobrenada el amargo dejo. Hubo en su novela la breve estampa de una capital castellana, el sonoro y dulce ámbito de una mujer y el primer encuentro con la Muerte. Sí, para los retorcidos se trata de una futesa, de una serie banal de hechos, mas para el varón que todo lo engrandece, a compás de su talla, son acaeceres notables. Después de la experiencia que lo reduce a la desnudez, viajar, contemplar, sufrir, representan creaciones que ya cambian su estructura privada y se convierten en singulares incógnitas de general dominio. Más vigoroso el brazo, más acerada la flecha, más lejano y amplio el blanco. Por lo tanto, cura radical del menor vestigio narcisista.

Entre los fenómenos de que Machado se conduce, el fracaso *in partibus* de la revolución democrática. La sangría, parcialmente estéril, de las guerras domésticas del ochocientos aleja de la fuente de su fuerza —el pueblo— a los españoles más ilustres. Adoptan una posición negativa, al predicar se dirigen al desierto. En ellos, la patria es un efugio: el paisaje. No perciben que el sistema dominante pugna con el sino geográfico, histórico y ético de la Península, que exige normas de tipo federal y, a la larga, de completa transformación.

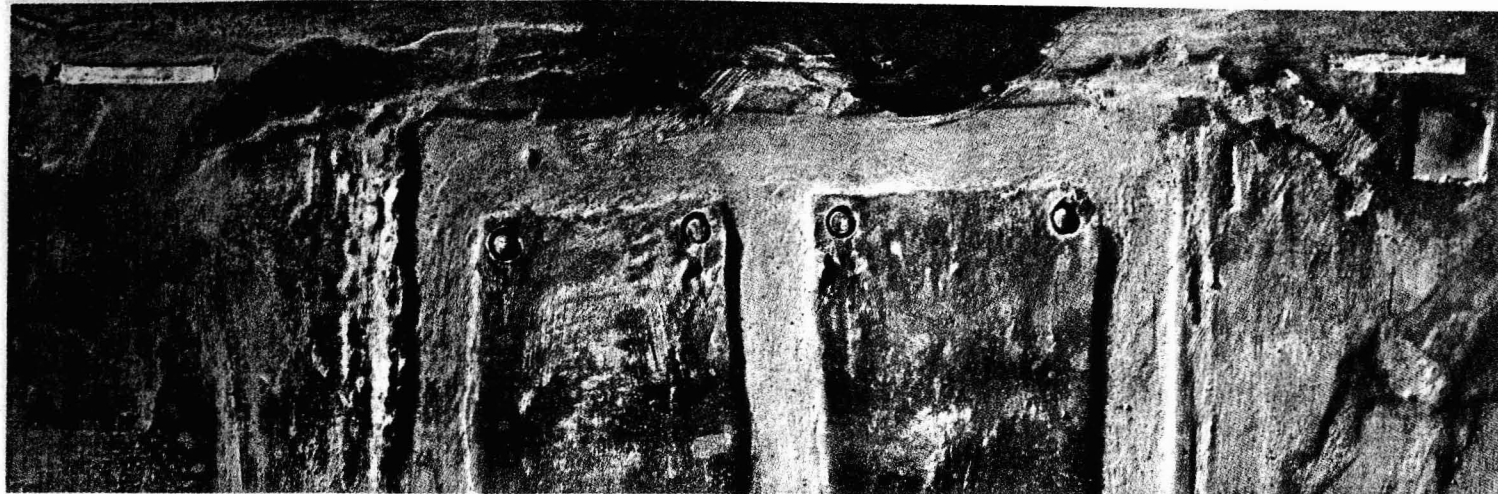
¿El patriotismo hispano es un patriotismo de paisaje, ajeno al Estado y a las instituciones? Patriotismo impresionista, en que el color avasalla, en que las nociones interpretativas revisten cualidad "atmosférica", en que por alzar la mano al cielo... del pretérito, pisoteamos, ignorándolos, raíces y terruño. Al cifrar prácticamente la totalidad de las causas en el paisaje, éste degenera en decoración, en miembro amputado. La virtud eminente de Antonio Machado estriba en utilizar campo y montaña para descubrir el sumo valor energético: el hombre humilde. Mientras Azorín rastrea el polvo de las ruinas, nuestro poeta asciende a los ventisqueros, exalta al labriego, muestra la musculatura moral de otras centurias, nos reintegra a las bases de la aportación ecuménica.

—M.A.

13 de mayo, 1951

"Me han impresionado profundamente noticias relativas a suicidios habidos en esa. ¿Querría usted contarme algo respecto a esta realidad? Para evitar cosas tan definitivas busco yo el diálogo, la amistad, el posible acercamiento. Porque nos encontramos caídos en una soledad abismática. Y sólo a veces la levedad de una carta, la llegada de una noticia, la posibilidad más remota, nos saca de una tristeza que usted conoce tan bien como yo. Aquí no hay altiplanicie, pero también tenemos lo nuestro. La gente inteligente anda disgregada, hecha añicos, no sabiendo en realidad qué hacer. Hasta hace muy poco nos habíamos refugiado en una difícil, circunstancial convivencia. Esto también se está pudriendo, y quizá por eso más que por nada, la necesidad de salir. Muchas veces he dicho a amigos comu-





nes lo importante que, para mí al menos, resultan las cartas de los españoles-americanos. Pero siempre tienen algún pretexto para abandonarnos a nuestra natural desolación...

Comprendo también que las epístolas, cuando se tiene tanto que hablar, y tanta necesidad de entrañar a lo vivo, resultan un poco pueriles. Pero por ahí comienza ese desmadejamiento de 'los separados' de nuestro país. Yo lo venzo, sin dejar de pensar que de las cartas, no importan al destinatario otras cosas que las elementales. Yo quisiera tener una correspondencia infinita, para sentirme más firme que lo que me siento hoy. No es vicio, no grafomanía, ni una especie de epistolarismo descompuesto. Es sencillamente necesidad."

—E.

30 de mayo, 1950

"Es para vosotros absolutamente desconocida la tragedia de los desterrados en su propia patria: marginados, espiados de continuo, sintiendo el asco físico de tantas pupilas vigilantes... etc. Comprenderás que la vida así, adquiere unos bordes cárdenos, y es tan difícil que el amanecer de cada día es un problema angustioso que ha de resolverse a contrapelo del común de vecinos. Si a estas dificultades de tipo físico y económico se añade el ostracismo intelectual a que estamos condenados los 'manchados', advertirás todo lo que de heroico tiene nuestro vivir."

—V.

5 de noviembre, 1954

"Es éste el primer comentario que recibo —usted sabe que los 'está muy bien' ni pueden ni deben tomarse en cuenta— y es también el primer espolazo que me obliga a pensar sobre mi todavía menguada producción. Lo primero, que ya usted anotaba en su carta, es la 'necesidad de diálogo', de diálogo verdadero, de verdadero intercambio de sinceridades, que desgraciadamente no tengo ni con los de mi generación ni con los de anteriores. Nosotros vivimos recelosos de todos y de nosotros mismos; estamos, como usted dice, en un dilema constante, españoles por voluntad de arraigo en recuerdos de recuerdos, esto es no españoles sino españolizantes, dados a las imágenes literarias que de nuestra patria circulan, y envanecidos de una tradición y un pasado que no creo que nos pertenezcan a nosotros más de lo que puedan pertenecerles a todos los hombres. Luego, esta realidad —ésta sí viva— que nos rodea y a la que no nos dejamos entrar en pleno, como temerosos de no encajar en ella, de perder, si lo intentamos, hasta la imaginación de una patria lejana aunque presentida.

Quizá somos una generación original, quizá tengamos en nuestras manos, apresado sin saberlo, el secreto de la humani-

dad sin fronteras, sin restricciones de patria o de credos; pero es el caso, como le decía, que nos recelamos, que en vez de procurarnos y de procurar nuestro destino nos aislamos, creyéndose cada uno suficiente en sí propio."

—B.

7 de septiembre, 1960

"Mis primeros recuerdos ¡ay! no son de un patio donde florece el limonero, como don Antonio Machado —detrás de cuyos cansados huesos se anda en estos días— sino de refugios donde florecía el hedor humano del miedo, de roncar de aviones, de estallidos violentos, llantos, ayes y piltrafas humanas colgando de los árboles como frutos. Errores tuvo la República —muchos menos de los que se papagayean en España— pero yo nací predestinado a quererla. Tres años cumplía a su nacimiento, y dicen las crónicas paternas que yo andaba a gritos por el balcón de mi casa gritando ya 'viva la República' con gran escándalo de los vecinos, pues abogado de cierto postín mi padre, vivíamos en un piso de vecindad repolluda y carca, en X, donde nací. Otro síntoma fue el ser zurdo, y también cuentan que, preguntándome una vez una oronda y rica vecina por qué escribía con la izquierda, respondí: 'Porque no quiero nada con las derechas'. Niñerías, si usted quiere, pero ya sabe que los niños dicen las verdades de a puño, y aquello me hace ahora pensar lo hermosas que debieron ser aquellas primaveras, cuando la Niña bonita andaba floreciendo en las bocas de los niños. Luego la guerra, y mi padre siempre ausente, en la brecha, tapando los agujeros de tantos desertores, volviendo a casa desesperado por las noches, el mapa de España sobre la mesa, cada vez más chico, y por fin el silencio largo; parece ser que mi padre renunció a salir en un barco, el último, por dejar a otros que él creía en peor postura. La puerta cerrada, y mi madre angustiada siempre a la mirilla, temiendo lo que al fin llegó: un par de sujetos que se llevaron a mi padre en un coche. No faltó un vecino que me enseñase en el periódico el nombre de mi padre escarnecido: no consiguió lo que quería; que con mis nueve años apenas, le dije: '¡Y a mucha honra!', lo que aún le escuece, y eso que es dermatólogo. Contigo pan y cebolla, decía mi padre en broma la primera vez que fuimos a verlo entre rejas: eso y sal es lo único que comió en seis meses, estando enfermo de albúmina. Juzgado al fin, defendióse él mismo y libró de peores con destitución de su cargo, y destierro, a seguir comiendo cebolla. Los puños se royó, con las lágrimas y allá murió de asco —aunque el médico diga que de otras cosas— en su rincón. Mi madre salió de allí tan desesperada que a los dos años ya estaba ella entre rejas: las de un sanatorio para locos. Y de ahí a la tierra."

—C.

21 de septiembre, 1960

"Aquí las cosas están cambiando mucho. Razón: la presencia de una generación nueva que ya está operando sobre el país, con sus propias ideas y al margen de la guerra civil, que, por cierto, es un capítulo histórico concluido, aunque los supervivientes la conserven como experiencia personal. A mí me han ocurrido cosas curiosas en este sentido. Algunas veces, hablando desde la plataforma 36-39, me han escuchado con gran curiosidad histórica, pero lo importante es que estos jóvenes nos contemplan objetivamente, quizá idealizando a los vencidos, a los que parece quieren reivindicar estos admirables jóvenes de 20-30 años que se apasionan por la actual España. Fíjate bien: por la actual España, no por la del pasado, ni siquiera por ésta que pudiera parecer inmediata: la del 36-39. Todos los planteamientos que parecen apasionar tanto en el exilio, están caducos, sustancialmente caducos. Estos chicos los escuchan con la misma curiosidad con que yo escuchaba a mi abuelo hablar de la guerra carlista y a mi padre de la guerra de África: con afecto personal y a título informativo, pero casi nada más. A mí no me interesaba el pasado político de mis padres; me interesaba el presente político que yo mismo estaba en condiciones de vivir, precisamente porque era el problema en el que yo podía intervenir. La situación no ha cambiado. Estos jóvenes, que son los que harán las cosas, piensan modernamente y están preocupados por el Congo, por Cuba, por los Estados Unidos, por Alemania, etc., por lo que está latente ahora en el mundo, pero de la guerra civil española sólo ven un período histórico más al que habrá que estudiar para comprender, en parte, el presente, puesto que muchos de los problemas de la guerra civil tienen su antecedente socio-político un poco más atrás, quizá muy atrás. Los balances históricos necesitan perspectiva. Por otra parte, a ningún joven de éstos le agrada que el exilio se mantenga exiliado. Opinan que empieza a ser una deserción, especialmente en los casos en que no hay objeciones gubernamentales a la venida. Todo lo que haya que arreglar se arreglará aquí en España. Desde fuera, no vendrá nada. Ésta es la situación con toda franqueza."

—F.

28 de diciembre, 1965

"No ha sido por pereza ni por desinterés el largo tiempo mío de silencio. Ha sido, simplemente, porque no quería haceros llegar, demasiado viva y descarnadamente, mi dolor de las primeras semanas. Yo no estaba aquí de vacaciones ni de turista y el reencuentro con lo que ya sabía, aunque mi corazón y ánimo venían preparados, ha sido terrible. Hubiera tomado el avión de regreso sin dudarle."

He visto a los amigos y, en las primeras semanas, he oído a

los más distintos y adversos sectores, día y noche. Todos son grupitos minúsculos y de una desinformación desalentadora, sobre todo para un animal informado como es, en ocasiones, mi caso personal.

El dolor ha pasado. Se han desprendido, eso sí, amigos y amistades que creían que regresaba conformista y que, rápidamente, han huido a su guarida. El camino es largo y largo el horizonte. Sin embargo, otras gentes más enérgicas y rotundas han mostrado un perfil más dinámico y alerta. Lo insolidario es, en tiempos como éstos, lo habitual y los bienestares que han llovido en los tres últimos años, como no tienen espíritu de comparación ninguno, les parecen algo que merece cerrar los ojos a todo. Bien. Las cosas son así y eso no constituye novedad alguna. El ánimo, pasado el primer instante de dolor, está sosegado y fluye, enérgico, hacia constantes de trabajo, método y orden. Estoy en la mesa dedicado a la tarea."

—G.

17 de mayo, 1965

Independientemente de una hospitalidad extraordinaria, que te gana el ánimo, y que no sólo determina la adaptación al turismo sino que manifiesta una característica psicológica y un concepto humano consubstanciales al español, a pesar de que en la superficie se nota menos el "régimen", de que la gente viaje mucho, entable charla pronto, sea jovial, etc., *uno percibe que se trata de una relación en superficie y de que el "sistema" ha creado una profunda incomunicación espiritual, y la cultiva, entre seres, grupos y clases.*

Este moldeamiento, casi científico, del pensar y me atrevería a decir, en términos generales, que del sentir, origina una especie de "parálisis infantil" del verdadero y constructivo sentido crítico, que no hay que confundir con la propensión a la diatriba visceral, al chiste y al chisme. El reflejo de la bonanza del Occidente europeo, unido a estos factores, crean un mimetismo multilateral, una actitud en que prepondera el apetito voraz de los valores y bienes materiales, quizá como compensación irracional de las muchas privaciones sufridas, un fatalismo y conformismo, una cultura sin vitalidad, que se aferra a las especialidades y no ha renovado su contenido y proyección humanístico-social a tono con nuestro tiempo. La picaresca castiza adopta formas "modernas". Y, lo que me parece más digno de reflexión; se ha perdido, ante una "martilleada" versión parcial, la memoria histórica sin la cual ningún pueblo puede desarrollarse. En consecuencia, creo que otro totalitarismo, en reemplazo del sinuoso que hoy se brinda a pasto, sería funesto para España, pese a cualquier logro económico y distributivo.

Es evidente que la "prosperidad" y el "milagro" españoles se apoyan en bases falsas. Una desproporción entre el consumo a la europea y la productividad, en "vías de desarrollo". La ba-





lanza de pagos, alimentada por el turismo y las divisas que proporcionan los obreros españoles que trabajan en el Occidente europeo, acusa un renglón astronómico de importaciones de artículos de uso y disfrute. Un campo pavorosamente despoblado, que me estremeció en Cuenca y en Andalucía, la saturación de las grandes ciudades, nutridas por la masiva emigración interna, son el trasfondo crudo de la realidad.

Desde estas premisas y en tanto que factor integrador, activo y responsable, el papel futuro de la clase obrera española, su mentalidad y móviles, que nadie conoce a ciencia cierta, constituye una incógnita completa.

Citemos los elementos alentadores. No se puede tapar el sol con un dedo. Es absurdo volver a métodos y concepciones fenecidos. La emigración republicana pertenece al pasado, como conjunto. Pero "allí" los jóvenes de cierto nivel intelectual y un sector de trabajadores, en los que opera en sensible porción la democracia cristiana, más la tradición socialista, quieren "enterarse", buscar fórmulas propias. Otro fenómeno digno de mención es que en Cataluña y Valencia (lo de Vasconia y Galicia es incuestionable) a pesar de que su composición ha cambiado por la fuerte incorporación andaluza, el problema federal y confederal es más agudo que nunca y el hecho del éxito de las

ediciones en catalán, a pesar de un sinnúmero de cortapisas, lo patentiza.

Hay algo que el "régimen" no ha podido quebrantar y es la solidez y solidaridad de la familia, en España. Ni el régimen ni las corrientes de esta era maquinista.

Notable, asimismo, considero el modo con que las mujeres jóvenes —más inteligentes, por lo común, que los chicos— saben aliar lo femenino y hogareño con una seria inquietud y conmovedora curiosidad por los problemas colectivos.

Y seguiría hablando, pero tareas pendientes me lo impiden.

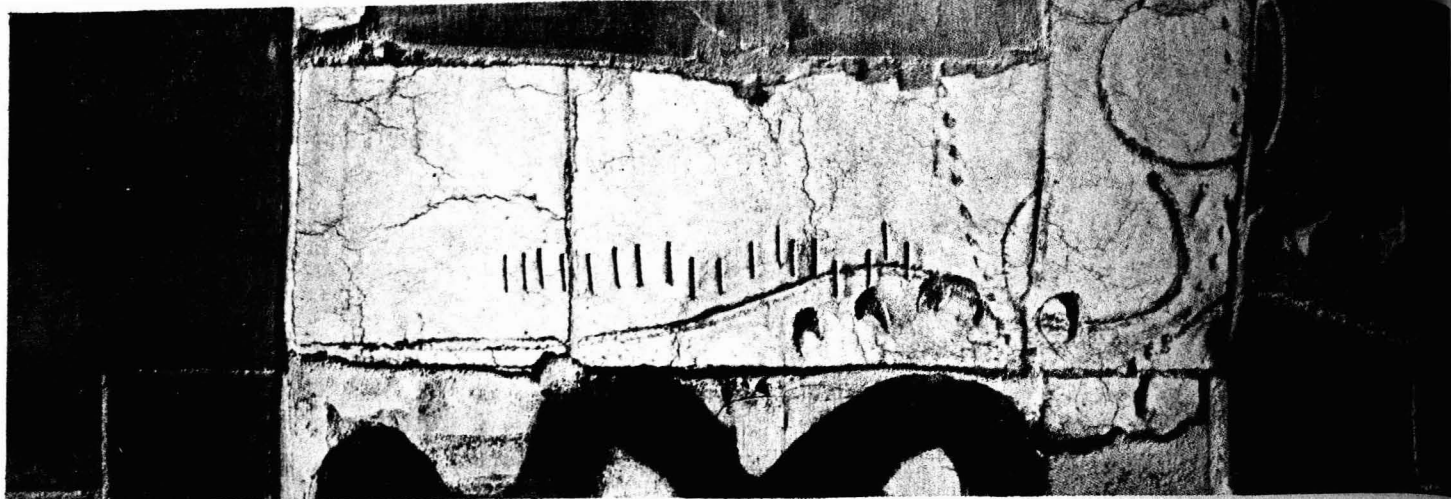
Ojalá que estas "ráfagas" te interesen. Pretenden ser objetivas. Hablé con gentes de todas las edades, credos, clases sociales y niveles intelectuales, oposicionistas y de la situación, indiferentes, perseguidos, boyantes y cínicos... Me esforcé, ante todo y sobre todo, en *escuchar*.

—M. A.

18 de febrero, 1966

"Por aquí seguimos igual que siempre, ya lo sabe usted. La semana pasada estuve en Badajoz a conocer a uno de los ver-





lugos del garrote. Aquella ciudad, con su gente miserable y prostituida, cercada por una tierra riquísima pero ajena, me depri-
mió mucho más que la figura de este personaje; en un lugar en que la gente miserable le ofrece a usted por la calle niñas de 12 a 16 años, no es extraño que haya un hombre que elige como prostitución el camino del garrote.”

—D.

27 de febrero, 1966

Noto en tus líneas una cierta melancolía, que es signo de nuestra edad y situación, ésta no tan difícil a pesar de la distancia. Más españolizado, tú; más “mexicanizado”, yo. Indudable, pero ambos pertenecemos a una época, al propio cogollo de la transición cultural y social, de la “reconsideración nacional de nuestro país”. Es lo que, aparte de la vieja y probada amistad, nos une. Ahí radican nuestra debilidad y nuestra fuerza de testigos “serenos, revisores”. Mucha tela hay que cortar de este tema, aún. La salvación, modesta, posible, es el trabajo que nos encuadre y nos exprese.

...Acababa yo de releer una breve pero muy certera antología —de la Reclam Verlag, Stuttgart— de Rainer Maria Rilke, y en buena parte de ella y en estas voces finales de Emilio Prados hay un signo común y, al propio tiempo, diferencial. Ambos giran en torno al misterio de la existencia; origen laberíntico, agudo sentir del instante y del lugar, proyección temblorosa de nuestra palabra cuarteada y de nuestro posible símbolo. Rilke y Emilio se sitúan en la misma coordenada. Sin embargo, ¡lo que uno y otro experimentaron fue tan distinto, en lo personal, en lo colectivo, eludido o afrontado! El avatar del desarraigo dotó a Emilio de un clima temático más hondo. “Terminaste de un golpe — Sentiste que tú no estabas dicho, — no estabas hecho aquí con tu lugar... — Comenzó tu aventura — Se te fue destruyendo el idioma — No estabas dentro — No estabas fuera — Mitad no había — Y algo viajaba como entero — no extraño — en ti continuo quieto y renovado.”

—M. A.

México, D. F., 19 de julio de 1966

Mi querido amigo:

Recibí, poco antes de un viaje a Veracruz, tu carta del 5 de julio. No sabes cómo aprecio el que, a despecho de profundas discrepancias, mantengas, en lo que a mí se refiere, el noble tono de cordialidad que te caracteriza y que, también en esta tesitura, hospitalariamente —otra de tus magníficas cualidades humanas y sello castizo— te esfuerces en acudir a un diálogo que, por desgracia, en lo español de allá y de aquí, de los que en la patria viven y de los desterrados (pertinaz y torpe división que

aún imponen entre vencedores y vencidos), sólo en ámbito privado puede efectuarse. ¡Al cabo de tantos años! Ello te duele, me consta, y es quizá uno de los encomiables motivos de que te hayas apresurado a escribirme, a incluir comprobantes fotográficos y estadísticos, con los que intentas apaciguarte...

No aspiro, con las presentes líneas, más que a exponer unas razones, para que tú las sopeses. Y lo hago con la actitud de falibilidad, total o parcial, que indefectiblemente adopto al contrastar el criterio de los que estimo y el propio, nada egocéntrico.

Ni tú ni yo somos —o ambicionamos ser— políticos profesionales. ¡Vade retro! No pretendemos tampoco erigirnos en teóricos a la violeta, o en arbitristas. Nos importan España y sus pueblos; en los adentros del quehacer típico deseamos cooperar a que el país —y sus gentes— encuentren el “camino real”, en la doble acepción del término; anhelamos la creación de una concorde y matizada conciencia que sea el pan espiritual de cada día; nos satisfaría que se hallasen formas lícitas y activas de convivir, de una relación sin cuquerías, ni desplantes, ni engreimientos, con el mundo.

Para nosotros, lo económico —producción valiosa, distribución justa, equilibrio del campo y la ciudad— es un instrumento de expresión y de sustentación de España y de los españoles, jamás finalidad absorbente y corruptora, por mucho que se la disfrace con retóricas viejas y tecnicismos que, de no atemperarlos, desustancian. Rechazamos la violencia, pero convendría en que nos repugnan las mistificaciones, los remedios de orden.

¿Que estamos, lcs de esta ribera, al margen de los hechos morentencos? ¿Que empleamos un lenguaje que en España no se estilaba, por ser ahí físicamente imposible? De doctrinarios nos tildas y de hiperbólicos nos calificas. ¿No se trata de materia opinable, que requeriría morosas puntualizaciones?

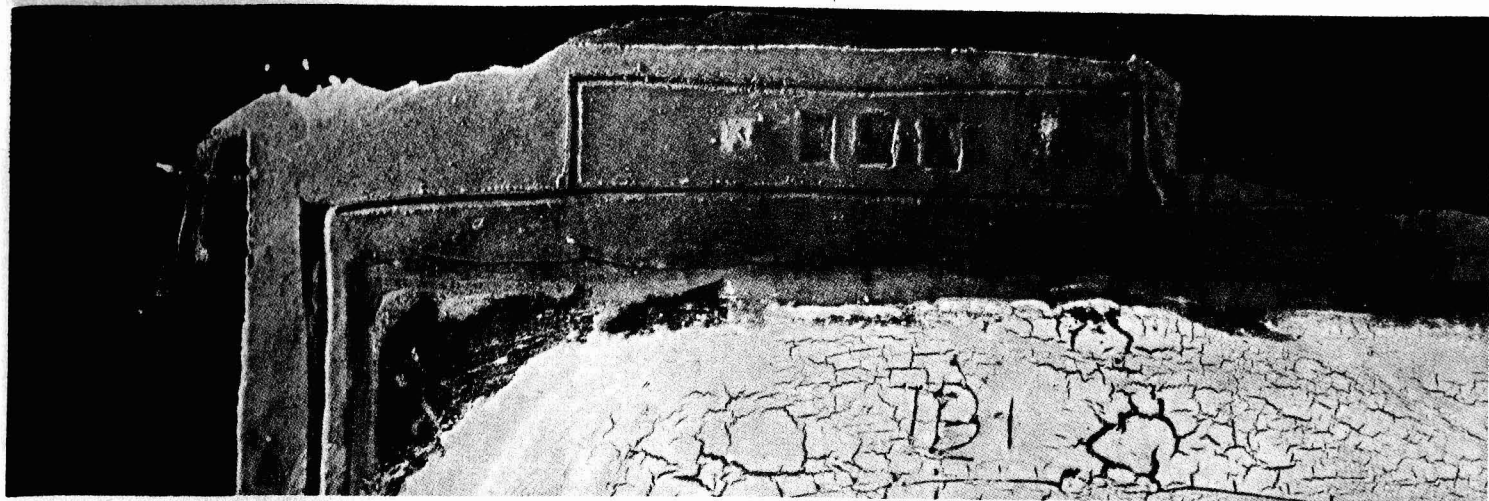
Ahora bien, opino que la pervivencia de un régimen, de un Poder, es fenómeno independiente de su legitimidad moral y de su eficacia en dimensión histórica. (De “poco grato” lo calificas.) La “prosperidad”, que por cierto vacía extensas porciones de nuestro solar, puede ser pírrica, y a la larga, en repercusión más allá de nuestra edad, gravosa. Y si me apuras, funesta.

Evidentemente que, no obstante ello, hay determinadas zonas de progreso, aportaciones notables, de la industria a la cultura. Pero si examinas esos signos alentadores, y que me complacen, responden, por lo común, al vigor de nuestros pueblos y de sus hombres y mujeres, que desbordan y cuarteán los moldes oficiales.

No pretendo —y la afirmación es enteramente personal— “hacer una labor política en España”. No es de mi afición, ni de mi devoción, ni de mi aptitud. A los desterrados —tal mi criterio, añejo ya— sólo nos incumbe coadyuvar a la tarea democratizadora —e integradora, de cabo a rabo— que los españoles afincados en España desarrollen.

Y que esa labor “democratizante” es algo imperativo salta a la vista, en tus mismas afirmaciones. En cuanto a libertades ciudadanas —indisolubles del respeto a la personalidad, a la





dignidad humana que es tradición, meollo y mensaje de las mejores expresiones españolas—, por lo que atañe a los sindicatos, cuyo exacto remoquete de “verticales” no admite efugios; en lo que afecta a la intolerancia religiosa, que urge descartar de hábitos y mentes, importa permeabilizar la costra de jerarquías y núcleos colectivos harto conocidos. He aquí, con la turbia voracidad financiera y localizables complicidades, a extinguir, del Ejército y que no contradicen su validez institucional, los pilares negativos de un sistema de intereses antinacionales, y de prejuicios, que por separarnos de Europa vedan el acceso a una superestructura y dinámica modernas que resulta imposible desconocer y dejar de desear, sin que por ello la estime milagreramente.

Estas observaciones no significan una reivindicación del pasado próximo, de los graves errores cometidos, de las culpas que todos debemos asumir y asimilar, para que no se repitan los disparates y las tropelías que aún nos abochornan. Y ahora me siento obligado a poner un dedo en la enorme llaga. Ocurrió una guerra civil, mezclada con una pugna exterior: asimismo el triunfo de un bando y la derrota de la República. ¿Acaso queda ahí la oportunidad de inquirir la verdad, de examinar lúcida y generosamente lo sucedido? El régimen privativo en España ha fabricado, implantado y propagado su versión delirante y beligerante. El exilio interpreta aquellos acontecimientos, en respingo defensivo, con músicas, cada vez más mortecinas, de nostalgias y glorias. Unos y otros, al empeñarnos, causamos un serio quebranto a la reconstrucción de España, que no debe fundarse en odios ni en restauraciones, en deleznable vanidades. No propiciamos las bases de una mutua comprensión.

Tal escamoteo origina el que no se haya facilitado, incluso a largo plazo, en profundidad, en virtualidad para el porvenir, la solución de ninguno de los grandes problemas nacionales. Rasas en la superficie —dorada o almidonada— y resurgen los avisperos. La misma evidencia de que no existe el juego de fuerzas sociales capaz —sin fulanismos ilustres o hipnóticos— de proseguir la misión colectiva (ahí está, piedra de toque, la incógnita de la “sucesión”) destaca la irresponsabilidad que tipifica al régimen. “Se ha despertado (¿hallábase dormida, la alertaron?) la inquietud política acerca del mañana”, dices.

Y, por último, la cuestión, a estas alturas más en carne viva que nunca, de lo que llamas “autodeterminación”, “autonomías”, “particularismos”. Me remito al libro de Anselmo Carretero, *Las nacionalidades españolas*, y a otros estudios que, con doctrina más autorizada que la mía y espacio amplio, ofrecen apreciable argumentación sobre el tema.

No es del caso, pues, repetir lo justamente dicho, ni impugnar la existencia previa y maquina de una comunidad a la que una de sus “porciones” está fundida, ya que sin el consentimiento de las restantes, etc. . . ¿Y el libre albedrío no “es”, sin considerar su magnitud, derecho colectivo? ¿O nos alucinamos para imponer y coaccionar, en cualquier medida?

Cuando hablo de catalanes incluyo a los allí nacidos y a los allí incorporados (“els altres catalans” que ha relievado Candel en su admirable obra). Lo que desvanece la imputación de “racismo diferencial”. Y basta una nómina de apellidos de los más exaltados defensores de la personalidad cultural y política de Cataluña, en corroboración de lo contrario.

Me parece que la actitud irritada, ante estos brotes de una realidad contradicha y contrahecha, responde a los resabios de una enseñanza amañada, falaz y ortopédica, de la Historia de España, que se ha enquistado en nuestro subconsciente y que produce veredictos y desplantes temperamentales. Sí, muestras de cerrilismo. Pero distingamos: hay un abismo entre el “nosaltres sols” y el amor al idioma vernáculo y el afán de instituciones directas.

Examinemos el “registro” de Salvador Esprú, cuya “obra poética” leía al llegarme, vehemente, casi con presencia corporal tu carta. Estaba impresionado. Después de Maragall y Antonio Machado, ¿hay lírica, al par íntima y representativa, de mayor calado, de comparable don comunicativo, en las dos últimas décadas ibéricas? ¿Habría alcanzado a forjarla, y penarla, de no expresarse Esprú en la lengua de herencia, que le descubrió el mundo de niño, que estremeció su adolescencia, y lo moldeó (¡oh, Sinerla!) en juventud y madurez? Exageración y humor agrio excluidos, ¿por qué en lugar de propiciar las manifestaciones hondas y veraces, propúgnanse torsión y distorsión, como una especie de sacrificio al pie del altar del Estado centralista?

No caigamos, por lo tanto, unos y otros, en lo peyorativo. La declaración de Esprú —que no conozco sino por tu referencia— es algo circunstancial y epidérmico. Predominan y subsistirán sus poemas, que en temática se entroncan, precisamente, bajo luz mediterránea y vibración marina que a tierra y paisajes catalanes nos vinculan, con escritores en castellano, lo que Joan Fusté subraya en su prólogo. ¿Motivos preponderantes, a captar en su sonido y coordinación genuinas, natales? La meditación de la muerte, la condena ética de opresores y corruptores, la sátira ácida de los conformistas, de los sensuales de vía estrecha, el deliquio adolorido de libertad.

Me extendí más de la cuenta en Esprú, que exige espacio de su pertenencia y en distinto lugar. Desmesura con la que a ti me igualo; quizá atribuyas excesiva importancia a esas manifestaciones multitudinarias, de dudosa franqueza, y que en su intrínseca cuantía me inspiran melancólica rumia, al par que inducen a severa reflexión, para que apliquemos incesantemente la terapéutica del diálogo, inconcebible sin un régimen vigorosamente democrático. Diálogo consigo mismo, diálogo con los semejantes y con los próximos y lejanos, con las generaciones de este tiempo y con aquellas que nos pautaron.

Los mejores deseos para los tuyos. Abrazos amistosos de

—M. A.

U

artes plásticas

los *naïfs*: el mundo de la inocencia

por Jorge
Hernández Campos

Seres aislados o, quizás, un sí es no es misántropos, ancianos o maduros o, como quiera que sea, de vocación tardía u orientada por los cuchicheos de alguien ya nostálgico de la inocencia; poco idóneos a la vida masificada de nuestra época, casi siempre campeones de un individualismo cerril, muy a menudo defensores obsesivos de ideales tan elevados que no son de este mundo, o en todo caso sensibles a las imperfecciones del vivir cotidiano y dados, por ello, a la indignación o a la ironía; o bien, si de espíritu franciscano, del todo indiferentes al fragor contemporáneo para vivir absortos en el caleidoscopio de otros mundos percibidos con ojos más nuevos, bajo cielos y entre personajes o bestias casi indescifrables por lo mismo que son lo que pretenden ser, y que a fuerza de ser planos, pura superficie, en el afán de ofrecerse, íntegramente, a los ojos que les ven, nos tiñen de sinceridad. Y ahí van todos a desembocar, en el mundo de la inocencia, una inocencia a veces infantil, a veces como de adulto en delirio, a veces como de anciano cuya



malicia se ha mudado en desinterés, pero siempre expresada intensamente, con una riqueza exasperante de particulares, en una atmósfera sin perspectiva porque todo es igual e importante y tiene que estar al alcance de la mano. Así en la narración ritualista del niño, en la evocación del adulto enamorado, en el recuerdo circular del viejo.

Tales, a grandes rasgos, las características generales de esa internacional de eremitas del arte, los *naïfs*, regalo paradójico de una revolución industrial que, por una parte destruyó el gremio de los pintores artesanos de los medios

rurales y provincianos, para darnos, por la otra, a estos solitarios que persisten aferrados a la objetividad, al flanco de la pintura moderna, tan hostil a la figuración o, al menos en estos últimos tiempos, tan hostilmente figurativa. En cierto modo, los *naïfs* encarnan el drama del individuo en nuestro siglo. Hombres sin escuela ni generación, productos de una soledad reforzada por el surgimiento tardío de su vocación, héroes marginales, anónimos, quijotes mínimos de paraísos retrospectivos, conmueven por la unanimidad con que van a desembocar en un mismo estilo tanto más sorprendente

cuanto que llegan a él por propio descubrimiento, por vías rigurosamente originales. Se antoja pensar en la vocación del agua que por tan infinitas rutas va a parar en la misma mar. De ahí también que este arte nos comunique con su vocabulario sencillo un estremecimiento, ¿cómo llamarle?, ¿fantástico?, ¿metafísico? La eternidad en un puñado de arena. De ahí que entre *naïfs*, fantásticos y superrealistas haya como un aire de familia, o un entrecruzarse de mensajes cifrados.

Pero más que definirlos por lo que son, tratemos de dibujar sus contornos diciendo a grandes rasgos lo que no son: no son el producto de un adiestramiento iniciado en temprana edad; no forman una escuela, en el sentido de que haya talleres o academias para formar *naïfs*; no son artistas populares, como lo demuestra la ausencia de recetas o reglas tradicionales en sus obras, no obstante su parentesco con la pintura llamada "popular"; no son "pintores dominicales", como lo prueba el profesionalismo (quizás anticuado, nunca banal) a que llegan en su íntima Tebaida, así como los refinamientos expresivos a que suelen llegar al margen de escuelas y modas; tampoco son niños, ni artistas pueriles, por virtud de la mirada sapiente, mirada que posan en el mundo y la insistencia obsesiva, la intensidad mágica que ponen en la reproducción de las cosas; pero por sobre todas las cosas, a despecho de la inocencia, no son *naïfs*.

Concluamos estas breves notas con una referencia histórica que sitúe el arte *naïf*. Por así decirlo, su acta de bautismo, mencionando los artistas, poetas y escritores que reconocieron, los primeros, su existencia: Apollinaire, Jarry, Picasso, Robert Delaunay, y el alemán Wilhelm Uhde. Y mencionemos los nombres del "douanier" Rousseau, Seraphine, Bombrs, Peyronet, Ociepka, Nikifor, Metelli, Ringelnatz, Vivanos, Grandma Moses, Hirshfield, y Joseph Pickett, para que presidan idealmente esta exposición. [Galería Universitaria Aristos.]



Juventino Ocampo:
De orgullo a orgullo

Luis Jaso:
La Familia



sakai: conjunción de oriente y occidente

por
Jorge Olvera

Las últimas obras de Kazuya Sakai [Galería de la Casa del Lago] nos muestran ahora una pintura realizada dentro de un clima de expresión más lírico; más intuitivo y alejado, por lo tanto, de las preocupaciones técnicas y formales que vimos en la excelente exposición de este artista presentada el año pasado en la Galería de Juan Martín.

Sus elementos plásticos, ritmos y masas direccionales; las imágenes que integran el mundo sugerente de su pintura, elevados a una categoría poética de gran libertad, gracias a un nuevo y renovado sentido del *collage*, en el que predomina un material del *pin-up* o del *ready-made*



impreso, surgen ahora dotados de un ímpetu inicial que los hace, en un caso, fluir serena pero poderosamente como la inevitable corriente de un río o, en otro, lanzarse como una flecha al espacio, atravesando zonas neutras o finas caligrafías; o sutiles embrollos de sepías, negros y grises dramáticos.

En lo esencial, sin embargo, trabaja con la misma idea, expresada de una u otra manera: estructuras dinámicas que actúan dentro de un contexto de tiempo y espacio fluidos, las que pese a su aparente facilidad o independencia, obedecen, sin embargo, a una organización taxonómica, a un orden preestablecido.

Este orden estructural de su pintura, ceñido y riguroso —que en esta última serie no es tan manifiesto— ha sido, sin embargo, dominado por el artista, de tal suerte que le permite ya superar sus implicaciones técnicas y organizativas y lanzarse con increíble desenvoltura, a la conformación de un mundo de imágenes, en donde lo trivial de las múltiples percepciones visuales que se experimentan cotidianamente en el inquietante mundo urbano, dominado por el sino de la publicidad, pasa a ocupar una nueva y depurada dimensión, en la que sólo pueden sobrevivir aquellos elementos que han sido previamente sublimados por el artista, en virtud de una selección, de un reordenamiento de sus vivencias frente a ese mundo complejo y heterogéneo, múltiple y obsesivo de la gran urbe.

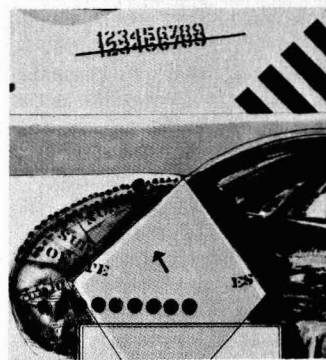
Por otro lado, advertimos —ahora más que en la anterior exposición— que la pintura de Sakai es de tal ma-

en donde el artista suele transformar algunos de los signos mismos de la comunicación propios de nuestro tiempo en elementos plásticos pictóricamente válidos, nunca resulta por ello enigmática o esotérica. Por el contrario, siempre tiende a ser objetiva, diáfana y luminosa.

Cuando hace uso del símbolo como vehículo de contacto entre la realidad y el espectador, como en algunas obras anteriores o como en *Now*, en donde incluso llega por ese medio a plantear pictóricamente un problema social: como es el de la segregación racial en Norteamérica, lógralo, sin embargo, a base de asociaciones proporcionadas por el *collage*, en las que la subjetividad del espectador juega un papel importante. Pero la mayoría de las veces esos signos o símbolos —según venga al caso— no operan subjetivamente del todo, sino que actúan como equivalencias concretas de imágenes cotidianas, rescatadas a la multiforme e inaprensible corriente de lo fragmentario, de lo fugaz de ese mundo que vive, a ritmo acelerado, la vida de cualquier gran urbe de nuestro tiempo.

Esas formas —ya sea transfiguradas o presentadas en su intrínseca realidad— viven así su propia vida dentro de una expresión de arte y experiencia visual, poéticamente significativa, ya que ha hecho posible la asimilación pictórica de esa realidad inmediata pero fascinante que se encuentra en la vertiginosa y caleidoscópica vida urbana, en donde Sakai ha encontrado un potencial plástico revelador.

Reminiscencias del *Pop art* hacen su aparición en *Tilt*, como en algunas otras pinturas, pero los recursos de aquella corriente los incorpora el artista —al contrario de los prosélitos de esa escuela— con refinado buen gusto, mediante el empleo de hermosos contrastes de color y tonalidades que pertenecen más bien a la tónica de lo que podría llamarse un sentido latino de la pintura. Las formas encuéntrase aquí bien manejadas, dentro de una dinámica de ritmos amplios y libres que las incorpora, inte-



nera vital que lo que vemos en sus cuadros no es ya la impronta de las formas, ritmos y colores que ha extendido o estampado sobre la tela o el papel. No es ya el objeto plástico en sí, sino más bien las consecuencias dinámicas del acto mismo de pintar; la acción misma transformada en huella indeleble. Sakai nos enseña así —al través del contenido gestual de su obra— que es en realidad en el acto y goce mismo de pintar donde reside el verdadero sentido de este arte.

Todo gran arte es a la vez acto catártico y espectáculo.

Aunque la pintura de Sakai emplea un lenguaje que se basa en el mecanismo de las asociaciones y sugerencias,

grándolas sin brusquedad, a secuencias visuales de carácter kinético logradas mediante el *collage* de figuras impresas en color.

En casi todas sus obras Sakai aplica este recurso con gran finura. Un buen ejemplo es *Homenaje a Juan Gris*, en donde su empleo resulta en una combinación felizmente lograda que pertenece, por un lado, al mundo de la nitidez y precisión formal del grabado o de la tipografía y por otro, al complementario de una pintura que se traduce en formas libres y flotantes, de una fina coloración, semejantes a las que caracterizaron el mejor momento del cubismo lírico de Braque o de Gris.

En *La franja rota*, la composición es menos rigurosa que en otras pinturas. Hay mayor lirismo; mayor fluidez de la forma. Una gran franja bermellón, extendida con liberalidad a través de todo el papel, rompe la simetría vertical establecida por unos trazos de aspecto caligráfico. Bajo esos elementos, se aloja una forma de tonos contrastados de negro profundo y fino gris, subrayado por una serie de círculos en fila, a manera de remaches.

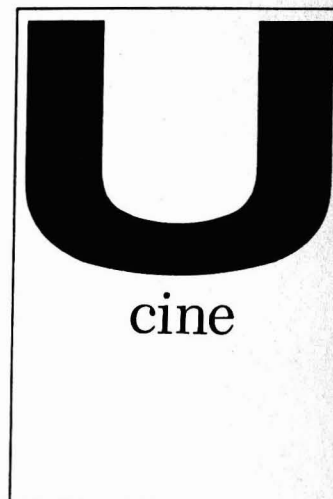
En otras obras vuelve a incorporar —como en la anterior exposición— ciertos matices propios de la pintura japonesa: malvas o dorados, o los bermellones o negros de la laca. Y como una nota o toque nostálgico, agrega de vez en vez algún enigmático glifo, evocador de ese arte. Creo que su pintura es una feliz conjunción del espíritu inquieto e indagador del arte contemporáneo de Occidente y del refinado gusto de la estética oriental. Profundizando más, veo que en ciertas obras la clave de toda la estructura formal y colorística parece ser el blanco total y puro en torno del cual, como en torno de una potente lámpara, se agrupa un mundo de elementos visibles.

El contenido y sentido de su obra se acerca, creo yo, en buen número de ejemplos, a ese género del arte japonés que tanto influyó en la moderna pintura europea, sobre todo en la de la etapa impresionista: me refiero a la estampa cuyo carácter y fun-

ción han quedado bien definidos en la propia designación japonesa de *Ukiyo-e*, cuya traducción más o menos literal sería: "el arte de las formas del mundo flotante"; o sea la representación del mundo en movimiento. El arte de la vida mundana; de lo banal y pasajero, en contraposición al arte de lo permanente e inmutable. Es decir, el arte precisamente del ambiente sofisticado de la gran ciudad. La representación de lo teatral; de lo espectacular pero transitorio. Y la temática del *Ukiyo-e* o sea de la estampa japonesa a color —surgida en la época feudal de los shogunes Tokugawa— era precisamente la del gran teatro popular; con sus escenarios cambiantes, con el carácter mutable de sus personajes, o la vida suntuosa y espectacular pero inestable y finita de la cortesana y del noble; o la inquieta y aventurera del vagabundo, del guerrero o del héroe.

Todo ese mundo cambiante y fugaz tiene, a mi modo de ver, su moderno equivalente, su contrapartida, en la visión alucinada y fragmentaria que Sakai nos presenta de la vida contemporánea de la gran urbe; flotante y pasajera también —sólo que ahora a ritmo vertiginoso— con sus sensuales heroínas del *billboard* y del *pin-up*; su extensa mitografía, con sus héroes, sus ídolos de papel y de vinilo, y su visión de un mundo material y pragmático, en colores rutilantes o explosivos; unas veces pegado a los ojos como un microcosmos, otras cercano o inminente pero siempre ubicuo siempre avasallador, a dimensión de cajetilla de cerillos o a escala gigante de pantalla panorámica.

Sakai se manifiesta pues, al lograr esa admirable transposición, un artista de su tiempo, agudo y analítico; consciente por un lado de un pasado que todavía corre por sus venas y, por otro, de un presente innegable y perturbador que a cada momento se transforma en futuro.



fritz lang: los films: son mi vida

por
Juan Guerrero

Este año ha sido particularmente afortunado para los aficionados al buen cine, ya que últimamente hemos tenido la suerte de ver, entre otras joyas de la cinematografía y en una sola temporada, una buena parte de la obra de Fritz Lang. Gracias a los esfuerzos de la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM a través de los cine-clubes de la Casa del Lago y de la Universidad, se han exhibido en los últimos meses once de las más características obras de Lang: *Metrópolis*, *Sólo vivimos una vez*, *El tigre de Bengala*, *La tumba india*, *Tempestad de pasiones*, *Mientras la ciudad duerme*, *A capa y espada*, *Más allá de la duda*, *Los sobornados*, *El diabólico doctor Mabuse* y *La venganza de Krimilda* (en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos). La exhibición de estas obras permite, a los amantes del cine, tener una visión más completa de las diferentes etapas de la obra de Lang.

Fritz Lang nació en Viena, Austria, en 1890; proveniente de una acomodada familia

burguesa, se aficiona desde muy joven a la pintura y al dibujo. En 1905, cediendo a la presión paterna, ingresa a la Escuela Técnica de Viena. Su padre, arquitecto, deseaba que su hijo estudiara la misma profesión. A pesar de todo, su vocación se inclinaba por otras disciplinas y dos o tres años después abandona la carrera para unirse a un circo ambulante, que satisfacía más cercanamente sus inquietudes. En 1909, en Bélgica, toma contacto por primera vez con el cine, invento que lo fascina desde el primer instante. Sin embargo, sus ambiciones cinematográficas se ven truncadas con el advenimiento de la primera Guerra Mundial. Fritz Lang tiene que regresar a su patria para incorporarse a la armada de su país. Casi al final de la guerra, el teniente Lang es herido seriamente en campaña y enviado al hospital. En esa época conflictiva decide hacerse guionista de cine: sus inquietudes habían fecundado.

Fritz Lang conoce en 1917, a Joë May y a Thea von Harbou (posteriormente su esposa), con quienes escribe su primer guión. Con ese trabajo logra ser contratado como argumentista por la DECLA, y el inquieto vienés parte para Berlín. En esa ciudad dirige en 1919 su primer film: *Halbblut*, una película producida por la entonces poderosa DECLA, compañía que le había ofrecido con anterioridad la realización de *El gabinete del doctor Caligari*, pero que, a causa de las dudosas opiniones del novel director sobre el expresionismo, fue finalmente encomendada a Robert Wiene. De todas formas Lang se había influenciado grandemente por ese estilo. De su etapa expresionista resultan: *Las tres luces* (1922), *El doctor Mabuse espía* (1922), y *Los nibelungos* (1923-1924, compuesta por *Sigfrido* y *La venganza de Krimilda*). Poco más tarde Lang dirige, en un estilo más personal aunque todavía no completamente liberado del expresionismo: *Metrópolis* (1926), *Espías* (1927), *La mujer en la luna* (1928), y *M. el maldito* (1931). Todas ellas obras fundamentales. El cine alemán nunca había co-

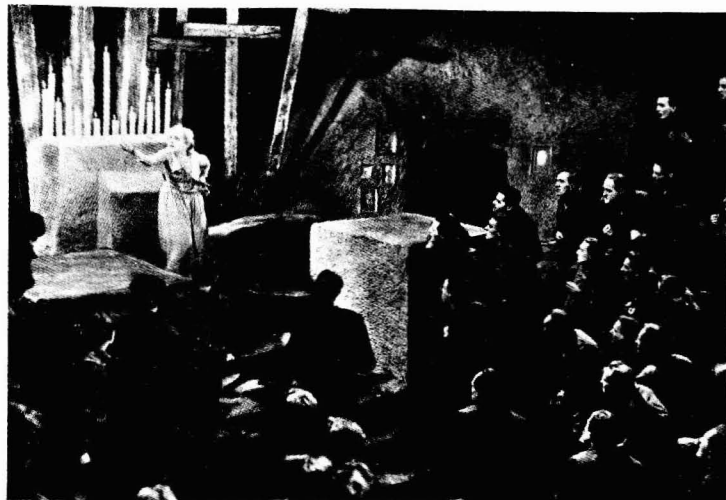


nocido, ni conoció después épocas de tanto esplendor. El trío formado por Friedrich Wilhelm Murnau, George Wilhelm Pabst y Fritz Lang, creó en Alemania una de las etapas más importantes de toda la historia del cine. Los tres directores realizaron durante la década de 1920 a 1930, una serie de films que siguen, aún actualmente, resistiendo el paso del tiempo hasta el grado de poder considerarlas, todavía, películas modernas.

De esa primera época de Lang sobresalen: *Los nibelungos* y *Metrópolis*. *Los nibelungos*, considerada como la película más expresionista del director austriaco, es un canto a la mitología germana. Los personajes de Sigfrido, Brunilda y Krimilda, serán, posteriormente, los cánones de Alemania. Superhombres predestinados a la derrota, pero superhombres al fin.

Metrópolis es quizá su obra más conocida. Es un fantás-

tico fresco del hombre sometido al poder absoluto: un film de anticipación. Para la realización de *Metrópolis*, Lang contó con la imponente producción de seis millones de marcos y una filmación que duró seis meses. El tema no era para menos: la ciudad del futuro imaginada por Lang, con sus rascacielos, sus vías abarrotadas de vehículos fantásticos, oficinas, fábricas; y sobre todo, la posibilidad de realización de un robot, (el hombre-máquina). Todo eso en contraste con el hombre esclavizado, inerte, apisionado, que sostenía a la ciudad. *Metrópolis* presentaba dos posibilidades humanas: la del dirigente poderoso y la del hombre sometido. Una película premonitrice y terrible, y quizá por esto, comprometida. Kracahuer en su libro *De Caligari a Hitler*, la considera una obra débil y de compromiso. De todas formas, *Metrópolis*, sigue siendo una película fundamental en sí



misma, y por lo que representa.

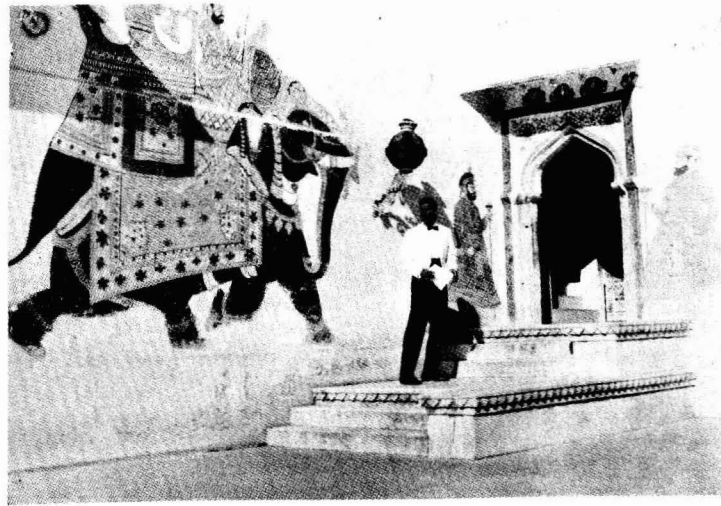
En 1932, Fritz Lang filma una segunda versión de *El doctor Mabuse*, ahora con sonido, puesto que el director se había adaptado pronto a los nuevos hallazgos del cinematógrafo. Pocos días antes de su estreno, en Berlín, el nuevo gobierno alemán prohibió su exhibición con el pretexto de que la película ponía en peligro el orden y la seguridad pública. El fascismo empezaba a mostrarse y un artista como Lang era insostenible con la naciente política de terror. Pocos meses después, Fritz Lang fue citado para una entrevista con Goebbels, en el Ministerio de Información. El propio Lang relató, humorísticamente, la entrevista: "Me vestí muy elegante, con jaqué, pantalón a rayas y cuello duro; entré al Ministerio y caminé a través de corredores llenos de hombres armados. Finalmente una puerta se

abrió delante de mí: era una elegante oficina dentro de la cual se encontraba Goebbels, quien me dijo que el Führer había visto *Metrópolis* y había pensado que yo podría hacer un film nazi. Y agregó: '*El doctor Mabuse*, lo hemos prohibido porque no nos gusta el final; de todos modos, usted podrá colaborar con nosotros'... ya para entonces yo tenía un miedo mortal, sin saber cómo, le respondí: 'Sí señor Ministro, pero, ¿sabe usted que tengo abuelos judíos?' Goebbels, me respondió con una débil sonrisa: 'Nosotros decidimos aquí quién es judío'... Al salir de aquella oficina descubrí por qué yo tenía que abandonar Alemania." Fritz Lang huyó de Berlín a París a mediados de 1933; unas semanas después, el gobierno del III Reich había prohibido sus películas y confiscado sus bienes.

El realizador vienés fue inmediatamente contratado pa-



↑
Fritz Lang
La mujer del cuadro



↑
Metrópolis
El tigre de Bengala

ra filmar una versión francesa de *El testamento del doctor Mabuse* y *Liliom*, ambas con un reparto impresionante. Poco después David O'Selznick habló con él para llevarlo a Hollywood, pero no fue hasta 1936, cuando Lang dirigió su primera película en América: *Furia*, una obra valiente que pedía la suspensión de la pena de muerte. Fritz Lang estaba impresionado con el cine norteamericano e inició, a partir de *Furia*, una fructífera estancia que duró casi un cuarto de siglo. La funcionalidad de los americanos le impresionaba profundamente, a él que era producto de la cultura alemana y del rigor formal. Después de *Furia* realiza: *Sólo vivimos una vez*, y *Tú y yo*, (*You and me*), películas policíacas de gran éxito. Dos años más tarde, en 1940, su primer *western*: *La venganza de Frank James*. Fritz Lang habría de abordar, durante su larga estancia en Norteamérica, casi todos los géneros cinematográficos, aunque muy especialmente el llamado cine negro y el cine épico. De su etapa americana destacan: *Furia*, *Sólo vivimos una vez*, *La venganza de Frank James*, *Western Union*, *Cacería humana*, *La mujer del cuadro*, *Aguas que regresan*, *Rancho Notorius*, *Tempestad de pasiones*, *La gardenia azul*, *Los sobornados*, *La bestia humana*, *El tesoro de Barbarroja*, *Cuando la ciudad duerme* y *Más allá de la duda*. Todas ellas obras de diversos géneros en las que la actitud crítica y humana de Lang seguía siendo la misma. Así, *Los sobornados* resulta ser una valiente crítica en contra de la corrupción policíaca, y *Mientras la ciudad duerme* un análisis y una denuncia en contra de la prensa establecida. Sin embargo, el realizador no permanece en la crítica, pretende llegar más lejos, de modo que ya se trate de un *western*, una comedia o un drama, Lang nos habla del hombre, del amor, del sufrimiento, y más que todo del destino y la fatalidad. Él mismo declaró en esa época: "Los temas profundos de una historia son internacionales, aunque la manera de tratarlos dependa del estilo de cada

país. Yo creo que el tema central de mi obra es la lucha que contrae el individuo en contra de aquello que los griegos y romanos llamaban el destino, y que toma aquí la apariencia de una fuerza real, dictadura, ley o sindicato del crimen. Significa la voluntad de salvaguardar la individualidad del hombre por la que es importante luchar."

En 1957, Fritz Lang fue visitado en los Estados Unidos por dos productores alemanes, quienes venían a proponerle un ambicioso proyecto: realizar una superproducción europea al estilo de las norteamericanas. Lang, que había permanecido en América largo tiempo sucumbió a la idea, que significaba para él algo así como el retorno del hijo pródigo, y propuso a los inversionistas la filmación de *La tumba india*. *La tumba india* es una novela de Thea von Harbou, que Lang había adaptado con ella en 1919. En 1937, Eichberg realizó una nueva adaptación de la historia, de tal modo que *La tumba india*, resultaba un título fundamental dentro de la historia del cine alemán. La tercera versión, es decir, la que finalmente realizó Lang en 1958, es una de las películas más bellas del realizador. La crítica mundial expresó que esta obra representaba la cima de todo el conjunto de los films languianos.

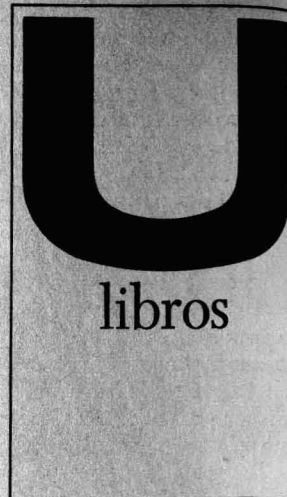
La tumba india y *El tigre de Bengala* forman de hecho una sola película de dos partes que relata, aparentemente, una historia de aventuras. En realidad, Lang nos habla de sus inquietudes: el amor y el destino. Esta película es, más que un ensayo sobre el amor, un monumento al amor y al destino del hombre. Es una obra barroca y emocionante que contiene las mejores actitudes del realizador: eficacia en el empleo de los elementos cinematográficos, agilidad narrativa, y, desde luego, contenido trascendente.

En 1960, Fritz Lang realizó *El diabólico doctor Mabuse*, sobre el tema que ya había dirigido en 1922 y en 1932. Una especie de *leit-motiv* dentro de su obra, y que en

esta ocasión se adapta a las circunstancias de la época actual. El resultado fue una obra discutida por la crítica y elogiada por los cineastas. *El diabólico doctor Mabuse*, representa, una vez más, la lucha del bien en contra del mal, en un ambiente que si bien los créditos advierten que es ficticio, representa una verdad contemporánea.

Fritz Lang ha realizado en el cine lo que otros artistas han logrado en otros campos del arte. Formalmente, el realizador vienés se inició en el expresionismo, y dirigió algunas de las obras más importantes de ese estilo. Para Lang, el expresionismo se adecuaba perfectamente con su personalidad y con su gusto por lo fantástico y lo demoníaco, hasta que un día se dio cuenta de que ese estilo no tenía más posibilidades. Una nueva dimensión expresiva se abrió para él en la América de los treinta. De esta forma, se dirigió a los Estados Unidos, y cambió de estilo. Así, las 22 películas realizadas por él en Hollywood, son tan americanas como las que más. Son el resultado de la inteligencia y la sensibilidad de un hombre que se podía adaptar. Parecería que Lang ha sido sensible a todas las influencias: la corriente prenazi antes de 1930, el antifascismo a partir de 1933, y posteriormente, el cine norteamericano eficaz, simple y funcional.

Actualmente, el viejo Lang vive en París. Recibe periódicamente los homenajes de las nuevas generaciones; ahora que todo el mundo reconoce su obra como una sola unidad, hecho que él mismo ratificó en una entrevista reciente: "No puedo hablar de períodos, los films son mi vida. Recibí una cultura alemana y me apasioné por el cine. Mi vida ha continuado y mis películas son la expresión más directa de lo que he visto, de lo que he aprendido, de lo que he sentido. Para mí, es como una línea ininterrumpida." Palabras de Lang que adquieren, ahora que su existencia está a punto de cerrarse, una significación profunda. Ahora que él habla de esa línea recta y clara que no es otra que la del arte verdadero.



libros

américa latina: una iglesia en transición

por
Carlos Fuentes

Religion, revolution, and reform (Religión, revolución y reforma): Nuevas fuerzas de cambio en América Latina. Editado por William V. D'Antonio y Frederick B. Pike, Praeger. 276 pp.

The conflict between church and state in Latin America (El conflicto entre Iglesia y Estado en América Latina). Editado por Frederick B. Pike. Knopf. 239 pp.

The church and the Latin American revolution (La Iglesia y la revolución latinoamericana), por François Houtart y Emile Pin. Traducción de Gilbert Barth. Sheed and Ward. 264 pp.

La verdad inevitable sobre América Latina se expone con énfasis en estos tres libros escritos por intelectuales, políticos, hombres de Iglesia, y líderes obreros, sobre quienes el Departamento de Estado aún no ha lanzado la horrenda sospecha de la negación de una visa. El factor predo-

minante en América Latina es un proceso interno de revolución. Este proceso no depende de guerras calientes o tibias y persistiría aún en la ausencia de una lucha por el poder mundial. El cambio en América Latina no puede asegurarse por la simplicidad de elecciones honradas. Tan sólo puede provocarlo una reestructuración radical. El anticomunismo es una postura ficticia en América Latina, donde no existe el temor al marxismo, sino al hambre, a la enfermedad y a la oligarquía. La verdadera confrontación en América Latina es entre revolución y contrarrevolución.

Revolución, para la mayoría de los norteamericanos, significa la repetición de un patrón subversivo que ha atemorizado recientemente a los Estados Unidos. Cuarenta años atrás, fue el patrón mexicano. Hoy es el cubano. "Si se hace difícil conocer el corazón humano o la experiencia de un hombre", dice el entonces senador, ahora presidente Eduardo Frei, de Chile, en *Religión, Revolución y Reforma*, "es aún más arriesgado actuar en las complejidades de una nación." Este riesgo fue tomado por la administración de Johnson el año pasado cuando, sugestionado por el temor de "otra Cuba", sacrificó los tratados existentes, la buena voluntad de la era de Kennedy y el potencial de una compleja revolución nacional en la República Dominicana.

Si bien el hecho revolucionario es inevitable en América Latina, los caminos son varios. Ninguna fórmula específica puede ser sacralizada; esto significaría, en cualquier caso, esperar por Godot, sea que se presente en la fatiga verde de Sierra Maestra o en la gris mortaja de franela de la Alianza para el Progreso. Siempre existirán situaciones en las que sólo la violencia podrá asegurar un cambio (un millón de personas murió en la Revolución Mexicana; dos veces ese número hubiera muerto, a no ser por la revolución, en las "haciendas", en las minas y en los campamentos de trabajo "forzado" del régimen de Porfirio Díaz), y habrá situaciones en que el frente de combate será

en las organizaciones obreras, la acción social diversificada y el cambio cultural.

Estos tres libros cubren buen terreno en su esfuerzo de plantear el problema con un enfoque inteligente. Todos ellos parten de una rica y amplia presentación del problema general de América Latina hacia un debate concreto y detallado del rol de la Iglesia en nuestras sociedades. En esta forma, la misma presentación de los libros se convierte en un brillante comentario, puesto que el problema de la Iglesia en América Latina consiste en reconocerse a sí misma como parte del todo y en renunciar a las antiguas pretensiones de dominio de la sociedad.

La selección de escritos so-

bre los conflictos entre la Iglesia y el Estado de Frederick Pike es una valiosa fuente de exposición directa y de comentario interpretativo. El análisis de los padres Houtart y Pin tiene el mérito de discutir la posición de la Iglesia desde adentro, y de hacerlo con esa claridad de espíritu que no rehuye ni la dureza de las estadísticas ni la autocritica. Pero es el volumen editado por los profesores D'Antonio y Pike, el que mejor plantea el rol del pensamiento y la acción religiosa en el proceso revolucionario. También es de particular relevancia *Religión, Revolución y Reforma*, en cuanto confronta las conjeturas norteamericanas con las profundas convicciones de los dirigentes

cristianos latinoamericanos, los cuales no pueden descartarse simplemente como torpes propagandistas. El abismo entre las soluciones apriorísticas de América del Norte para América Latina y los puntos de vista, casi heréticos, de los dirigentes católicos latinoamericanos, es mucho más profundo que lo que el público norteamericano sospecha. Porque cambio dentro de la Iglesia latinoamericana ha venido a significar, como insisten los padres Houtart y Pin, no sólo un rompimiento con el sistema feudal, sino también con el capitalismo doméstico e internacional.

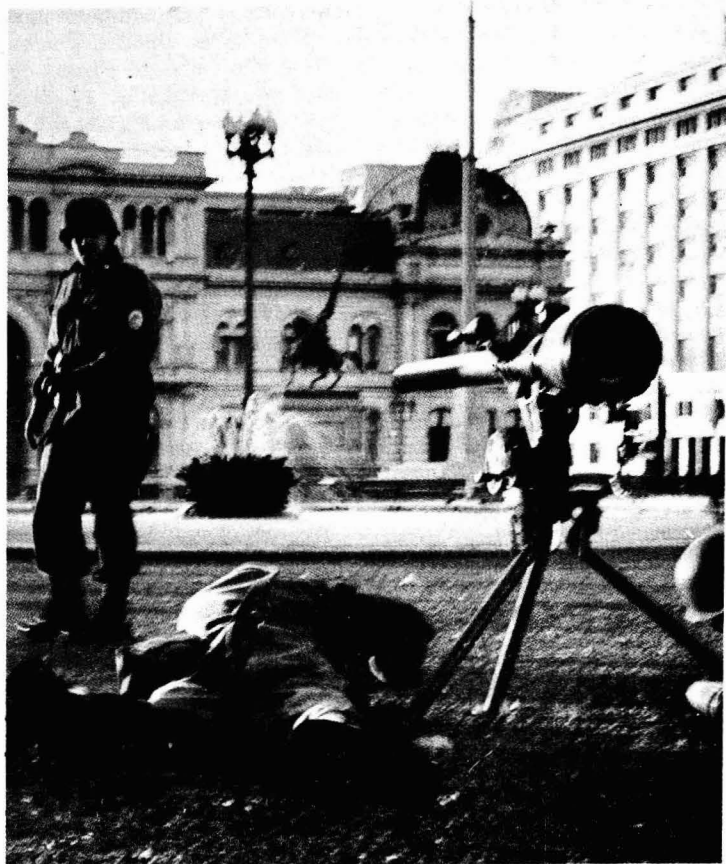
El padre Roger E. Vekemans, en lo que ciertamente es el más brillante trabajo en *Religión, Revolución y Reforma*, sostiene que aun un sistema capitalista eficiente sería tan sólo un "mecanismo histórico moderno" superimpuesto en las realidades de América Latina y destinado al choque con las mismas. Los patrones de conducta latinoamericanos, dice, brotan de una "profanación" original: las categorías religiosas se salen de órbita y afectan el mundo profano. Gratuidad, expectación y esperanza son transferidos de su contexto religioso al contexto profano. Se tiende a hacer de la opinión y la ideología, absolutos teológicos, y la apatía se convierte en donaire dentro de un mundo providencial. De ahí se sigue la búsqueda de una protección paternal o sea *paternalismo*.

El padre Vekemans se acerca al corazón del problema cuando afirma que no puede darse ni desarrollo económico, ni cambio social sin una transformación cultural. Desde un punto de vista idealista, en la transformación de nuestras estructuras semif feudales y pseudocapitalistas, el proceso externo e interno de la revolución deberían recíprocamente contrapesarse, iluminarse, reforzarse y aun contradecirse. No siempre ha sido éste el caso. En México, por ejemplo, la revolución externa no tuvo su equivalente interno hasta tiempos muy recientes. Sólo después de lograrse relativamente los objetivos de la revolución externa, entre el 1917 y el 1940, comenzó el cambio cultural de México a

un juicio de octavio paz sobre la antología de carlos monsiváis

Acabo de leer su prólogo a la antología de la *Poesía mexicana del siglo xx* y no resisto a la tentación de escribirle unas líneas. Si olvido lo que usted dice de mí (pero ¿cómo olvidarlo?), me parece que desde aquel ensayo de Cuesta sobre el "clasicismo" mexicano, no había aparecido nada comparable. Su texto, además, es una respuesta a la idea de Cuesta: la tradición moderna de nuestra poesía no es el dudoso clasicismo de González Martínez y sus descendientes sino la tradición heterodoxa —la tradición de la ruptura— de Tablada, López Velarde, Pellicer, Novo, Owen, Villaurrutia, Huerta, Sabines, Montes de Oca, Aridjis... Los puntos suspensivos aluden a los jóvenes que usted ya no podía incluir sin romper el equilibrio y los límites cronológicos de su libro. En esta apresurada enumeración no cito a Gorostiza porque su obra, como usted lo insinúa, se inserta en la otra corriente. Se inserta pero no la continúa: la agota en su más alto monumento y su crítica. *Muerte sin fin* es una "descarnada lección de poesía" que consume al simbolismo y desnuda al "clasicismo" mexicano: lo convierte en un esqueleto. Después de ese poema no se puede escribir en español poesía simbolista... Un reparo: ¿por qué no incluyó a los hispanoamericanos? Pienso sobre todo en Tomás Segovia.

[Fragmento de la carta de Paz —Delhi, 31 de agosto— al autor de la *Poesía mexicana del siglo xx*. Empresas Editoriales, S. A. México, 1966]



Los latinoamericanos han de aprender a ejercer el poder de ciudadanos.

afectar las costumbres, la sensibilidad y la inteligencia de la nación. En Chile, por el contrario, la revolución interna se ha venido desarrollando desde el siglo XIX, creando una clase obrera muy consciente y una clase media con mentalidad moderna y alto nivel cultural, sin afectar sustancialmente la estructura nacional esencialmente anacrónica.

Sin embargo, el padre Verkemans está en lo correcto, puesto que cualquiera que hayan sido los casos del pasado, o precisamente por las lecciones de ellos derivadas, es obvio que la mística reductible del desarrollo económico por sí misma, y la mística expansiva del cambio social por medio de decretos, están destinados al fracaso sin un despertar de la conciencia cultural que pueda cambiar al hombre para que el hombre pueda cambiar las cosas. Sólo un cambio cultural puede asegurar que las soluciones surgirán de adentro hacia afuera en vez de ser aplicadas desde el exterior a base de tal o cual fórmula prestigiosa. Sólo un cambio cultural

podrá afectar la postura vertical del poder que hoy reduce la participación social de los individuos, de los grupos y de las masas, a meros gestos. Y sólo un cambio cultural podrá salvarnos de la tentación del chauvinismo y cosmopolitanismo (actitudes ambas provincialistas) y ayudarnos a lograr, sencillamente, conciencia de nosotros mismos y del mundo.

Aparte de las sorpresas que nos pueda ofrecer una revolución nacional exitosa, yo creo que América Latina se enfrenta a un doble reto. El primero, y el más notable, es la apertura de los vastos interiores de América del Sur. Mientras continúen en estado de subdesarrollo todo proyecto de mejoramiento está destinado a desaparecer o a ser prontamente absorbido por la explosión demográfica. Así como la expansión hacia el Pacífico y la expansión hacia el Asia, permitieron a los Estados Unidos y a la Unión Soviética, no sólo el desarrollo económico, sino también completa renovación espiritual y estructural, el desarrollo interior de América del

Sur le ofrece la oportunidad de crecer desde adentro y de cambiar su desvenecado capitalismo de las ciudades costañeras y el feudalismo de las mesetas andinas. América Latina aún tiene la oportunidad de construir de abajo hacia arriba, con manos limpias, en vez de buscar remedios para una agonía desesperante. En tal proyecto central, los latinoamericanos encontrarán, no sólo una fuente de riqueza vasta y virgen, sino también, un empeño común.

El segundo reto, un cometido mucho más modesto, pero más inmediato, es llenar el vacío de poder existente en América Latina con organizaciones sociales, culturales y económicas. Los latinoamericanos han de aprender a ejercer el poder de ciudadanos, libres de las relaciones verticales de siervo a señor, y de cliente a sátrapa. Si las condiciones no les obligan a convertirse en barbudos y huir a las montañas, el establecimiento de instituciones democráticas debe ser el objetivo primordial de los dirigentes del trabajo, la cultura, las profesiones y la agricultura. América Latina necesita urgentemente escalones intermedios entre las masas impotentes y el ejército, el gobierno, la burguesía superior, los latifundistas y los inversionistas extranjeros que acaparan todo el poder.

Es en este nivel fundamental que la Iglesia Católica, una vez más, se torna primordial. En estos libros, la Iglesia nos habla por medio de una *élite* intelectual, de hombres que pertenecen a nuestros tiempos. Sería tonto el soslayarlos como voces minoritarias dentro de un panorama dominado aún por dirigentes eclesiásticos que, en las palabras del profesor Pike, "básicamente desean mantener intacta una estructura jerárquica cerrada, no democrática". Se faltaría de generosidad si se hiciera burla de sus posturas con una actitud de "por qué no lo dijiste antes". Sería irresponsable lanzarles a los clichés del jacobinismo del siglo XIX. Por otra parte, resultaría peligroso aceptar su buena fe, incondicionalmente, en la premisa de que los que men-

digan revolución, no se pueden gastar el lujo de escoger.

Tradicionalmente, la Iglesia Católica ha sido la amiga, buena y generosa, de la oligarquía local y de la intervención extranjera. El profesor D'Antonio tiene la razón cuando dice: "Una imagen concreta, no importa cuán distorsionada, puede esgrimirse contra el clero, como no puede esgrimirse contra los marxistas." Si, como en México, la Iglesia continúa su oposición a un sinnúmero de proyectos sociales y educacionales de valor innegable, uno no puede menos que sospechar que ella no ha abandonado su intención de dominar, en vez de participar, en la sociedad mexicana.

Si, del otro lado, la Iglesia usara su influencia para facilitar las relaciones humanas, en vez de ritualizarlas, se colocaría a la vanguardia de una positiva función social, sin ser acusada de intromisión. América Latina carece de un grupo de intelectuales católicos en el sentido creador, moderno, de Emmanuel Mourier, Albert Beguin, François Mauriac y Georges Bernanos a la vez que se enfrenta en su vida cultural a la crisis universal del racionalismo y del positivismo. Si nuestro cambio cultural ha de ser realmente efectivo y saludable, debe contar con la participación de pensadores católicos, capaces de desviar el pensamiento religioso de su actual intromisión profanadora en el campo de lo político y reinstalarlo en su órbita verdadera: integridad y aspiración humanas.

A fin de cuentas, uno de los verdaderos barómetros de cambio en América Latina lo serán las transformaciones que habrán de operarse en la Iglesia a fin de conservar su influencia. Pero el hecho de que la *élite* liberal católica las patrocine, es prueba de que el cambio en América Latina es enérgicamente real y contempla nuevas estructuras y no viejos remedios. La *élite* de la Iglesia debe jugar aún otro papel dinámico: el de hacer que la revolución en América Latina sea comprendida por la opinión mundial y estadounidense.

[Cidoc. Vol. III, n° 12]

Pedro Henríquez Ureña, *Los cuentos de la nana Lupe*, Universidad Nacional Autónoma de México, México 1966, 163 pp.

Hasta antes de la publicación de estos cuentos, Pedro Henríquez Ureña sólo era conocido como historiador de la cultura latinoamericana y como crítico literario. *Los cuentos de la nana Lupe* fueron escritos en 1923; a veinte años de la muerte de su autor, la Universidad los publica en una edición conmemorativa. El libro está dirigido a los niños, el lenguaje empleado es sencillo, directo, de fácil comprensión para ellos. En él se recopilan muchos de los personajes y lugares de los cuentos clásicos que han llegado a convertirse en mitos y símbolos universales.

Sin embargo, no constituyen estos cuentos sólo una recopilación; está introducido un elemento nuevo; la presencia de dos niños que como testigos o participantes activos, dan a estos mitos una nueva vigencia.

A través de los pequeños protagonistas, se dejan oír los deseos infantiles de una mayor libertad e independencia de los mayores y de una enseñanza escolar menos rígida.

Jauja, con todos sus atractivos representa también problemas que los niños deben resolver cuando se dan cuenta de que no se puede comer dulces indefinidamente.

Las brujas, esos personajes tradicionalmente siniestros y temidos, aparecen aquí como ancianas decrepitas a quienes se puede vencer fácilmente.

Las fábulas, en las que los animales son protagonistas, están despojadas casi por completo de su sentido moralista. Los atributos negativos de pereza o crueldad están explicados en función del papel que cada animal juega respecto a los demás, a su lucha por sobrevivir. Los desenlaces tradicionales se modifican por la acción generosa de los niños.

Esta intervención constante de los pequeños protagonistas en el mundo fantástico hace que estos cuentos tengan un atractivo más para los niños, para quienes Henríquez Ureña los escribió.

Sin embargo, la edición no está hecha para ellos, su portada gris es difícil que les llame la atención.

—Rebeca Lozada

Juan Comas, *Manual de antropología física*, No. 10 de la Serie Antropológica del Instituto de Investigación Históricas; 710 págs., 101 cuadros y 122 figuras; 2a. Ed. (renovada); UNAM, México, D. F., julio de 1966.

Sólo unos meses después de su sexagésimo quinto aniversario, en la plenitud de su producción científica y pedagógica, Juan Comas nos ofrece la segunda edición, renovada, de su *Manual*; la primera la publicó el Fondo de Cultura Económica en 1957 y, cuando se publicaba la traducción inglesa en 1960, aquélla ya estaba agotada.

El *Manual* no es una obra exclusiva para el antropólogo o para el estudiante de antropología, biología o medicina, aunque en especial está dedicada a éstos; se halla al alcance de cualquier bachiller y tiene algo que enseñarle a cualquier lector sobre el estudio físico del hombre como ser social. Evidentemente, como se señala con acierto en la solapa del libro, esta obra, notablemente aumentada y puesta al día, vuelve a llenar un gran vacío tanto para la enseñanza universitaria como para la consulta del curioso,

hoy en día tan afecto a tener "la universidad en el hogar". Es ésta la única guía para el conocimiento de la antropología física y sus alcances que hay en español, y una de las mejores que existen.

La obra, como lo señalara el autor en el prólogo de la primera edición reproducido en ésta, se elaboró pensando en la introducción de los conocimientos de la especialidad entre los estudiantes de habla hispánica, especialmente los latinoamericanos, recién ingresados al nivel universitario; fue, además, el producto de muchos años de experimentación y tentativas que, desde la cátedra, hiciera el autor para encontrar la mejor didáctica de una materia que, en manos inexpertas o poco entusiastas, sería por demás árida. La segunda edición amplía y depura lo que, en un principio, fuera el fruto del ensayo y del experimento pedagógico.

La mano del maestro se hace presente a lo largo de toda la obra, empezando por el orden jerárquico de los temas que abarca: Generalidades, origen y evolución del hombre, herencia, crecimiento, somatología y tipos constitucionales, craneología y osteología, paleoantropología, sistemática racial y grupos humanos, utilización y enseñanza de la antropología física. A la mano del maestro, se une la del recopilador, la del historiador de su especialidad y la del constante estudioso que conoce los avances de su ciencia; lo que día con día se publica, se discute, se establece y se descubre. La historia de cada idea y de cada descubrimiento, la trayectoria de las diferentes orientaciones, unidas a la numerosísima y bien seleccionada bibliografía que incluye cada tema, hacen desfilan ante el lector del *Manual* a las ideas antropológicas y a los personajes que las sustentaron y las sustentan, desde Hannon en su famoso *Periplo*, realizado hacia el año 470 antes de la era actual, hasta los especialistas contemporáneos.

Antropólogo físico en toda la amplitud de la palabra, Comas no pudo olvidarse de

las aplicaciones de sus conocimientos en el desarrollo inducido de las poblaciones, en otras ramas de las ciencias, de la criminología, de la medicina y la asistencia pública, de las ciencias sociales, de la educación, de la administración pública, de la industria, del ejército, etc.

Antirracista militante e infatigable, Juan Comas establece la única posición científica posible ante la cuestión racial, e incluye entre sus apéndices la "Declaración sobre raza y diferencias raciales", emitida y firmada por 22 de los más notables especialistas de los cinco continentes, en Moscú, el 18 de agosto de 1964, cuya conclusión dice: *Los datos biológicos... constituyen una contradicción absoluta de las tesis racistas. Estas no pueden en modo alguno, reivindicar una justificación científica y constituye un deber para los antropólogos hacer lo posible para impedir que los resultados de sus investigaciones sean deformados por la utilización que podría hacerse de los mismos con fines no científicos.*

Comas, uno de los guías académicos que nos hicieron comprender con su propia posición y con sus obras, que el estudio del hombre no tiene razón de ser si no es para servir al hombre, muestra a lo largo de todo su libro su preocupación por la didáctica y por la aplicación de los conocimientos de su ciencia, tanto en favor del desarrollo de la especie humana como en contra de los seudocientificismos que amparan políticas discriminatorias contra las que tanto ha luchado.

—Daniel Cazés



Dirección General de Difusión Cultural / UNAM

Actividades para noviembre

ARTES PLASTICAS

Galería Universitaria Aristos
Insurgentes Sur 421

NUEVE PINTORES "NAIF"

Museo Universitario de Ciencias y Arte

EL MUNDO MARAVILLOSO DEL MICROSCOPIO

CINE

CINE CLUB INFANTIL DE LA UNIVERSIDAD

Séptimo ciclo: cuarta temporada, 1966
• Sábados a las 16:30 hs.

Día 5: *Sadko*
Día 12: *Safari*
Día 19: *Caricaturas de Mister Magoo*
Día 26: *Sammy, la foca loca*

- Abono para niños: \$5.00
- Adultos acompañando niños (exclusivamente) boleto: \$3.00
- Auditorio Justo Sierra, Humanidades, C. U.

CINE DEBATE POPULAR

Séptimo ciclo
Domingos a las 16 hs.

Día 6: *Los ojos sin cara*
Día 13: *El proscrito*
Día 27: *Como fiera acorralada*
• Auditorio Justo Sierra, Humanidades, C. U.

MUSICA

CONTINUACION DE LA XXX SERIE DE CONCIERTOS DE DIFUSION CULTURAL

Día 6: Auditorio de Medicina C. U.
a las 17:00 hs.
Programa Varèse
Director: Eduardo Mata
Día 13: Auditorio de Medicina a las 17:00 hs.
Director: Carlos Chávez
Día 20: Auditorio de Medicina a las 17:00 hs.
Director: Leopoldo de la Rosa

CONTINUACION DE LA TEMPORADA DE SIETE PARES DE CONCIERTOS DE LA UNAM

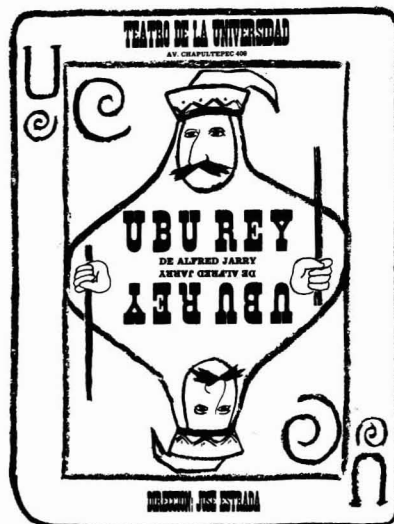
Día 3: a las 19:00 hs.
(Teatro de Arquitectura)
Día 5: a las 12:00 hs.
(Auditorio Justo Sierra, Humanidades)

Día 10: a las 19:00 hs.
(Teatro de Arquitectura)
Día 12: a las 12:00 hs.
(Auditorio Justo Sierra, Humanidades)
Día 17: a las 19:00 hs.
(Teatro de Arquitectura)
Día 19: a las 12:00 hs.
(Auditorio Justo Sierra, Humanidades)
Día 24: a las 19:00 hs.
(Teatro de Arquitectura)
Día 26: a las 12:00 hs.
(Auditorio Justo Sierra, Humanidades)
Director: Armando Zayas

- Abono para los jueves: \$25.00
- Estudiantes con credencial: \$10.00

- Abono para los sábados: \$20.00
- Estudiantes con credencial: \$8.00

- Boleto por concierto: \$5.00
- Estudiantes con credencial: \$2.00



TEATRO

TEATRO UNIVERSITARIO (Av. Chapultepec No. 409)

Primera semana del mes:
Ubu Rey
Dirección: José Estrada

Segunda semana del mes:
Tripas de oro
Dirección: Ignacio Sotelo

- Funciones:
- De martes a viernes 20:30 hs.
- Sábados y domingos 20:00 hs.

La trágica historia del Doctor Fausto,
de Christopher Marlowe
Dirección: Ludwik Margules



- Funciones: sábados a las 18:00 hs.
domingos a las 17:00 hs.
- Frontón Cerrado C. U.
[Servicio de camiones de la terminal de C. U.
al Frontón Cerrado y viceversa]

CASA DEL LAGO

CONCIERTOS DE LOS SABADOS

- 17:30 hs.
- Día 5: Estreno en México de la *Oda a Napoleón* de Arnold Schoenberg;
Estreno mundial de *Sonata para flauta y piano* de Joaquín Gutiérrez Heras.
Solista: Margarita González.
Conjunto instrumental.
Director: Carlos Chávez.
A partir del día 19:
Cuarta serie de conciertos.

CINE CLUB

- Domingos a las 13 y 17 hs.

CINE CLUB INFANTIL

- Domingos a las 11 hs.

EXPOSICION

Obras de dos pintores cubanos:
Antonia Eiriz y Raúl Martínez.

TEATRO

Teatro de Cámara de la Casa del Lago:
• Viernes a las 17:30 hs.
• Domingos a las 11 hs.

La mujer del abanico
Sotoba Komachi

Intérpretes: Marta Verduzco, Silvia Caos,
Alicia Quintos y Fernando Bernau
Director: Roberto Dumont
Escenografía y vestuario: Miguel Cervantes
Música: Alicia Urreta.

TEATRO ESTUDIANTIL UNIVERSITARIO

- Domingos a las 17:00 hs.

Punchometro, de José Estrada
Grupo de teatro de la Facultad de Comercio
Dirección: José González Márquez

Los locos, de Luis Guillermo Piazza
Grupo de teatro de la Facultad de Medicina
Dirección: Bertha Navarro

Don Juan, ¿durmió solo alguna noche?,
de V. S. Pritchett-Kanffer
Grupo de teatro de la Facultad de Ingeniería
Dirección: Raúl Kanffer

Pablo Damián (corrido), de Héctor Azar
Grupo de teatro de la Escuela Nacional de
Medicina Veterinaria
Dirección: Jorge Fons

RADIODIFUSION

La nueva psicología de la Iglesia,
por el R. P. Gerardo Allaz.
• Los jueves a las 22 hs., desde el 17 de
noviembre.

Información sobre la IX Reseña de los
Festivales Cinematográficos de Acapulco.
• del 15 al 27 de noviembre.
• Lunes a sábado a las 17:30 hs.
• Domingos a las 16:30 hs.

*Los grandes reportajes: El mercado de las
profesiones en México.*
• Los martes y jueves a las 22:45 hs.
• Desde el 1o. de noviembre.

Dirección General de Difusión Cultural: Gastón García Cantú, Director General
Departamentos y jefes: Artes plásticas: Helen Escobedo / Cine: Manuel González Casanova /
Literatura: Juan José Arreola / Música: Eduardo Mata, Armando Zayas /
Teatro: Juan Ibáñez / Secciones y coordinadores: Casa del Lago, Juan Vicente Melo /
Curso Vivo de Arte: Alberto Híjar / Grabaciones: Milena Esguerra / Radiodifusión:
Joaquín Gutiérrez Heras, Raúl Cosío.



Imprenta Madero, S. A.
Aniceto Ortega 1358
México 12, D. F.

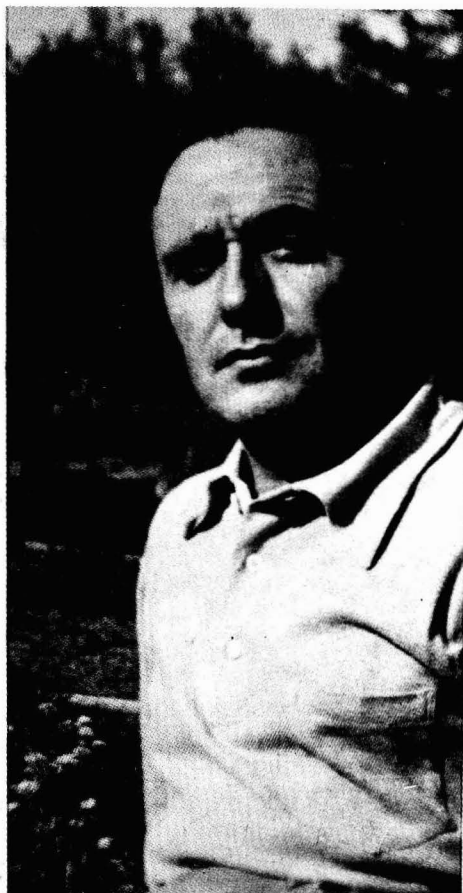
Hace diez años nos dejó para siempre Miguel Prieto: nos dijo adiós con su fértil mano de artista que aún parecía levantarse en el aire trazando signos luminosos. Nunca me abandona su sombra. Con ella converso en silencio algunas noches, como he dicho más de una vez. Con ella recubro, momentáneamente, algo de lo que fue aquel amigo querido, en compañía del cual tanto años, tantos afanes laboriosos del espíritu viví. Difícilmente puede uno consolarse de la pérdida de un camarada como Miguel. A su lado, hasta lo más nebuloso e incierto adquiría forma. Infundía ánimo, entusiasmo, resolución. Era, esencialmente, un creador, un corazón iluminado por la esperanza, un espíritu afirmativo. Creía en el hombre y en sus ilimitadas posibilidades. Había nacido para cultivar la belleza, pero él procuró siempre unir a la belleza el bien.

Español radical, pintor de intensa vida anímica, Miguel trajo a México, bajo la agonía del desterrado que se le resolvía en apasionados destellos de juventud, unas ganas indecibles de crear, de sembrar en esta tierra los sueños que en la suya no pudieron cuajar. Y, en buena parte, logró su empeño. Aquí, en los primeros años, orientó su pintura por los caminos que la nostalgia le abría, hasta ir domeñando poco a poco los vientos de la pasión y entrar en una etapa de madurez.

Realmente, fue en México donde Miguel precisó su estética de pintor y compuso sus mejores y más abundantes obras. Algunas de ellas, las de su último período, empezaban ya incluso a adentrarse en la realidad mexicana y a captar ciertas imágenes características de la misma. Pero su inquietud artística y su afán de conocimiento no se saciaban con la pintura y, al margen de ella o desde ella misma, se entregó a otras disciplinas que —antes en España y, después, en México— iban desde la escenografía y el teatro de marionetas hasta las artes decorativas y publicitarias, el periodismo artístico, la tipografía, la escultura, en cada una de las cuales supo poner, además del esfuerzo laborioso, un soplo de autenticidad personal. Especialmente, en las artes gráficas, realizó una labor profunda y renovadora, que comenzó a dejarse sentir en la revista *Romance* y tuvo espléndida continuidad en los trabajos de Miguel en el Instituto Nacional de Bellas Artes, durante años, y en la dirección artística del suplemento dominical de un diario de esta ciudad, sin mencionar otras múltiples revistas y publicaciones a las que dio vida e infundió un estilo nuevo y brillante. Nunca se insistirá lo suficiente en este aspecto de las actividades creadoras de Miguel Prieto, que dejó en México un estela de vivo fulgor. Ni en el de su influencia en las revistas donde trabajaba, ya que Miguel no era un mero confeccionador de ellas, sino una auténtica voluntad rectora. Y lo mismo puede decirse de sus realizaciones escenográficas, que todavía se recuerdan por sus bien logradas síntesis

U

página
33



Miguel Prieto

de tradición y audacia, de belleza y sentido funcional.

Miguel Prieto fue un pintor de apasionada vocación. La pintura era su vida misma, su razón de ser. La había cultivado desde niño. Hablaba de ella como un iluminado y, a la vez, como un maestro de gran sabiduría práctica. Por la pintura, por entregarse plenamente a ella y dominar sus dificultades, tuvo que padecer en la juventud infortunios y estrecheces. Por la pintura, también, alcanzó tal vez las horas de mayor gozo interior. Yo conozco su obra pictórica como si fuera mía, como si la hubiera creado con mis manos. La vi nacer y desarrollarse en México, día a día. De muchos de los óleos y dibujos que la componen podría contar su historia íntima, su génesis. Algu-

nos los conocí antes de nacer: el artista, en nuestras conversaciones, me los había anunciado. Pero esa obra, cuyos momentos sustanciales pueden precisarse en la pérdida de España y en el hallazgo de México —en la nostalgia y en la sorpresa lentamente asimilada—, no logró alcanzar la plenitud. Miguel se llevó a la tierra, como pintor, mucho más de lo que nos legó. ¿La causa? Para mí, no fue sólo la muerte: fue, sobre todo, la dispersión de su talento artístico. Entre los pintores jóvenes que salieron de España en 1939, tras la guerra civil, Miguel era uno de los mejor dotados, de los que más prometían. Sus cuadros de esa época y de la inmediatamente posterior revelaban un mundo todavía no integrado, una nebulosa radiante que pugnaba por cobrar forma definitiva. ¿Por qué ese mundo no llegó a concretarse del todo? La inquietud multifacética de Miguel —repito— podría ser la explicación más congruente. De todos modos, un innegable valor estético se desprende de la totalidad de esa obra, y lo que en ella hay de infatigable búsqueda, de conmovedoras aspiraciones, guarda el más profundo interés.

Yo tuve una amistad fraternal con Miguel Prieto. Digo mal: fue algo más que amistad, algo más, que sólo puede definirse por ciertas afinidades profundas y duraderas que a veces unen a los hombres. Conmigo compartió Miguel las tareas de *Romance*, de *Ultramar*, de no sé cuántas otras revistas y publicaciones. Algunos de mis libros los ilustró su pluma —tan fina, tan exigente, tan llena de gracia expresiva. Vivimos tan compenetrados, que muchas veces nos asombraban nuestras propias coincidencias, el ajuste de nuestros propios sentimientos. Ahora—a tres décadas de su ausencia—lo veo con un resplandor más íntimo, como si se transparentara en la muerte y me dejase, en puro temblor emocional, lo más recatado de su naturaleza. Tenía, como los ojos, el alma: infantil y llena de fuego, y aquellos aletazos que en el carácter se le oían crujir a veces, no eran sino los brazos de la ternura que no podía detener. Se quemaba en la palabra y en la obra. Se quemaba con sólo pensar. Amó a España con pasión aniquiladora: sus piedras y sus gentes, su erizada geografía y su carácter contradictorio. Pero amó también al hombre, al hombre de cualquier latitud—precioso caudal sobre el que se acumulan las asechanzas. Algunas vez quisimos ambos perpetuar lo que mutuamente habíamos logrado conocer de cada uno: él me llevó al lienzo, yo lo llevé a la página, y en los dos retratos, el pictórico y el literario, se hizo más patente, con el sentimiento artístico, nuestro fraternal destino. En mi memoria vivirá siempre aquel manchego de ojos de niño y corazón entero, aquel artista de inagotables manantiales, aquel amigo reconcentrado y expansivo a un tiempo, que, donde ponía la mano, brotaba vida, emoción...

JUAN REJANO

junta de sombras



Wassily Kandinsky, Paul Klee y Nina Kandinsky. 1932

WASSILY KANDINSKY

Nacido el 4 de diciembre de 1866, Wassily Kandinsky es sólo dos años menor que Toulouse-Lautrec. Pero mientras éste muere a principios del siglo xx y su obra se inscribe por completo en el xix, la vida y la obra de Kandinsky, como un raro juego que parece contradecir la realidad del tiempo y sugerir el triunfo de lo puramente espiritual que él buscó en su arte, parecen extenderse como un río sin riberas no sólo por el vasto número de fechas significativas que cubre, sino porque su proyección no se ha detenido y es tan actual hoy como en el momento de su desaparición física en 1944, cerca ya de los ochenta años de edad. Por otra parte, su biografía se extiende en el espacio del mismo modo que parece haberlo en el tiempo. Su infancia transcurre alternativamente en Moscú y en Odesa. Estos años se proyectarán con un papel muy importante en los principios de su carrera como pintor, pero cuando la voluntad de dedicarse a la pintura se le impone tardíamente, cerca ya de los treinta años, después de haber estudiado música, leyes y economía, y de haber viajado con amplitud por el interior de Rusia, abandona su país natal y se establece en Munich. Desde entonces, Alemania se convierte en su patria espiritual. Ahí realiza sus primeros estudios como pintor profesional y funda esos grupos de pintores cuyo nombre resuena tan claramente ahora en la historia del arte contemporáneo, Phalanx, Blaue Reiter. En alemán publicará originalmente su tratado fundamental, *De lo espiritual en el arte* y aunque las leyendas, el ambiente popular y las obras primitivas rusas ejercerán un papel importante en su arte, lo mismo puede decirse del ambiente que lo rodea en Munich y de las obras primitivas bávaras. Hasta el fin de la Primera Guerra Mundial viaja por casi toda Europa, buscando diferentes estímulos, pero regresando siempre al círculo de Munich. Después de la Revolución regresa a Rusia y colabora activamente en la organización de nuevos museos, pero la abandona definitivamente en 1921 para establecerse en Berlín. Permanecerá en Alemania durante los doce años siguientes, hasta el advenimiento del nazismo. Son los años de fructífera colaboración en el Bauhaus y de estrecha amistad con Paul Klee. Después se refugia en Francia donde vive y trabaja en soledad hasta su muerte. A partir de ese momento, con el fin de la segunda Guerra Mundial,

la importancia de su obra y sus teorías, que liberaron a la pintura del servicio a la representación y la copia de la naturaleza, se agranda hasta cubrir casi por completo el arte contemporáneo. En este sentido, Kandinsky es uno de los pintores más significativos de nuestro tiempo. La revolución formal que él inició alrededor de 1910 ha cambiado definitivamente la fisonomía de la pintura; pero su obra puede verse también de otro modo, como una realización particular, independiente de las consecuencias culturales que provocó, y quizás es en este terreno donde mejor puede revelársenos, porque ahora puede verse que más que un revolucionario y un teórico personal y cuidadoso, Kandinsky era antes que nada un gran pintor, un extraordinario poeta, cuya obra busca una última verdad espiritual a través de un lento desarrollo interior, que culmina en el encuentro de la serenidad, la paz y la armonía en la realidad de la forma.

Para llegar a esa obra no es inútil repasar los datos exteriores de su biografía. Kandinsky siente que se renueva en el su pasión infantil por la pintura a través del reconocimiento de Rembrandt en el Hermitage de San Petersburgo y el súbito encuentro de Monet en una exposición de pintores impresionistas realizada en Moscú. Es entonces cuando decide trasladarse a Munich y trata de tomar clases con algunos de los maestros más conocidos de la época. Desde sus primeras obras, su interés fundamental es el color, pero en esas obras se desarrollan motivos en los que aparecen por igual recuerdos de su infancia y su juventud en Rusia e impresiones del ambiente que lo rodeaba en Bavaria. El pintor se sentía fundamentalmente atraído por el pasado y por la presencia de un pasado similar en las pequeñas ciudades alemanas. Sus composiciones encierran siempre referencias directas. Sabemos que algunos de sus maestros trataron de frenar su inclinación hacia el color por encima del poder de representación de las formas obligándolo a trabajar largamente sólo en blanco y negro. Sin embargo, para Kandinsky la verdad de la pintura no se encontraba en el poder de representar, sino en el de evocar una verdad interior, puramente espiritual, que estaba más allá de la realidad inmediata. Todas sus meditaciones sobre la pintura y el arte en general están atravesadas por un peculiar misticis-

mo, una abierta inclinación hacia el lado oculto de la realidad y una búsqueda de la supremacía de lo espiritual sobre lo real, que no vacila en acercarse a la teosofía y el espiritismo, pero que finalmente se muestra de una manera distinta en el propósito de llegar a la expresión pura de esa realidad oculta a través del arte. El mismo Kandinsky nos cuenta que la forma de representar esas fuerzas ocultas se le presentó de una manera casual. Al regresar de una larga jornada de trabajo en el campo, a la luz incierta del atardecer, lo hirió la fuerza, el poder de representación de una obra colgada en la pared de su casa en la que no era posible reconocer ninguna forma y que, sin embargo, parecía hablar el puro lenguaje secreto del color. Al acercarse a ella, reconoció uno de sus cuadros que había sido colgado al revés. Entonces —nos dice— comprendió que lo que se interponía entre él y el mundo que buscaba era la representación de formas naturales. De ahí en adelante, su búsqueda se dirigió al encuentro de la manera que le permitiría eliminar ese obstáculo para llegar a las esencias. Esta negación de la realidad sería una forma de entrar a otra realidad, puramente espiritual.

No es difícil ver, así, que su pintura nace de una determinada posición ante el mundo. En ella hay una voluntad de negación que debe convertirse en afirmación. Sin embargo, el camino hacia esa afirmación es lento y doloroso. El artista no busca hacer de su arte una mera expresión subjetiva cerrada a la comunicación. Este descansa sobre todo un sistema de valores que tratan de afirmar la supremacía del espíritu en un sentido místico y religioso, pero su representación es el encuentro de un lenguaje coherente que haga posible la manifestación de esos valores. Kandinsky inicia entonces un nuevo y lento período de búsqueda en el que pasa de la representación de formas naturales a su sugestión a través de puros colores y formas encerradas en una estricta composición. Poco a poco, los valores de referencia irán desapareciendo devorados por la pureza abstracta de la misma composición, pero ésta deberá estar encaminada siempre a crear un orden dentro del que cada forma revelada por el color dentro será una replica, una respuesta a la naturaleza a través de la cual el espíritu encuentre acomodo naturalmente. Así, el caso se manifestará en la armonía nueva creada por el artista al liberar sus fuerzas. Este es para el arte de Kandinsky el difícil período de las *Composiciones*, las *Impresiones* y las *Improvisaciones*, vastas series de cuadros en los que todavía aparecen referencias al modelo natural, pero en los que éste apenas se sugiere devorado por el ritmo, los valores independientes del color y la forma. Finalmente, éstos se liberan por completo. Las obras se convierten en composiciones puras. El ideal plástico anunciado en *De lo espiritual en el arte* se hace realidad en una larga serie de cuadros en los que formas y colores encuentran acomodo de acuerdo con sus propias exigencias en la totalidad de la composición. El mundo de Kandinsky ya no es el mundo, sino otro mundo, puro e independiente. Es una representación ideal. Pero la pintura no se ha liberado, sino que se ha entregado voluntariamente a una nueva servidumbre: la del espíritu puro. Niega una realidad para afirmar la supremacía de otra, oculta e independiente. Durante cerca de treinta años, Kandinsky sirve voluntariamente a esa realidad obligándola a manifestarse en sus obras. Así puede decir en su lecho de muerte que le ha entregado al mundo un mensaje de paz y serenidad. Hoy, a cien años de distancia de su nacimiento, la naturaleza de ese mensaje brilla intocable en sus obras. En ellas, desde las primeras creaciones abstractas, románticas y barrocas, difíciles y recargadas, hasta la clásica geometría de los últimos cuadros, se encierra la capacidad del artista para crear un orden que encierre una respuesta al problema de la realidad y nos acerque a la verdad del espíritu. Y en esas obras la presencia de Kandinsky seguirá extendiéndose en el tiempo.